
MILLS BELLENDEN
EL SECRETO DE LADY ADLER
Un enigma envuelto en la bruma de la Londres victoriana, la Reina de Diamantes desafía a Scotland Yard en un duelo de ingenio en el que la verdad es tan valiosa como un diamante robado.
VESTALES

Bellenden, Mills
El secreto de lady Adler, 1.a ed., San Martín: Vestales, 2025.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8944-85-2

1. Novelas Románticas. 2. Novelas de Aventuras. I. Título.
CDD A863

© Editorial Vestales, 2025.
© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar
www.vestales.com.ar
ISBN 978-987-8944-85-2
Primera edición en libro electrónico (epub): Junio de 2025

Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

Prólogo

Londres, 1839.

La noche se extendía sobre los tejados de pizarra y las cúpulas de la ciudad, solo los tenues destellos de las lámparas de gas rompían la oscuridad. La luna se erigía redonda y plateada en mitad de un cielo despejado de nubes a excepción de diversos puntos luminosos: estrellas que, como diamantes, relampagueaban junto a la dueña y señora de esa parte del día. El viento se había calmado y la temperatura era agradable a esa hora de la madrugada. En las calles del acomodado barrio del West End, los vecinos se habían refugiado en sus respectivas casas hacía ya algunas horas. Tan solo un par de agentes de la policía patrullaban calle arriba, calle abajo silbando una tonada a modo de distracción, y de hacerse notar.

Sin embargo, no todo el mundo descansaba a esas horas: una sombra se deslizaba de manera rápida y sigilosa. Controlaba el lugar en el que se apostaban los agentes al hacer la ronda, contaba en voz baja sus pasos cuando se alejaban y, justo en el momento oportuno, cruzaba una calle o doblaba en una esquina. Su silueta se recortaba a la luz de una lámpara; parecía ser alguien acostumbrado a moverse en ese ambiente, dadas su agilidad y su seguridad. Todo indicaba que conocía el terreno que pisaba y hacia dónde debía dirigirse.

La oscuridad impedía distinguirle los rasgos del rostro. Permanecía con la espalda pegada a la pared en un intento por controlar la respiración agitada por las continuas y veloces carreras

para cruzar calles o doblar esquinas. Uno de los agentes pareció dirigir la mirada en la dirección en la que se hallaba el misterioso personaje.

—¿Qué sucede, Mark? —preguntó el otro agente al verlo detenerse en su paseo y mirar de manera fija e interesada en dirección al callejón.

—Me pareció escuchar un ruido en aquella dirección —le respondió señalando hacia el lugar.

—Seguramente sea un gato. A estas horas… —lo convenció el compañero al tiempo que se encogía de hombros sin darle mayor importancia al tema.

Mark permaneció pensativo varios segundos hasta que desechó la absurda idea de que alguien los estuviera vigilando. "Sí, eso es. Un gato", pensó mientras volvía a hacer la ronda.

El misterioso personaje respiró aliviado cuando se dio cuenta de que el peligro había pasado. Se movió con velocidad antes de que los agentes tuvieran ocasión de volver sobre sus pasos a echar otro vistazo. De manera que esperó pacientemente mientras contaba en voz baja.

—Uno, dos, tres, cuatro…

Al llegar a diez, se asomó para ver dónde se encontraban. Asintió con confianza al comprobar que ya habían cruzado la calle y se alejaban. "Es el momento", se dijo mentalmente para infundirse valor. Avanzó de manera sigilosa hasta la pequeña reja de la entrada a la casa. Allí se detuvo el tiempo exacto que le llevó abrirla con la ayuda de algunas herramientas. La cerradura cedió, y abrió lo justo para poder pasar. No quería correr ningún riesgo, todo estaba calculado hasta el más mínimo detalle desde la noche en la que había acudido a la velada que dieron los anfitriones de la casa. De repente, sintió que no podía moverse. Volvió la cabeza para comprobar si el abrigo había quedado enganchado en la reja. Escuchó el eco de voces no muy lejanas. Sus esfuerzos por liberarse cedieron mientras el sudor comenzaba a empaparle la frente. Pero al fin logró escapar y ocultarse tras un seto mientras recuperaba la

respiración. Un haz de luz de luna le iluminó el rostro y reveló un par de ojos brillantes como los de un gato. Un pañuelo le ocultaba el rostro; un sombrero de copa, el pelo. Avanzó con paso firme; dio la vuelta a la casa y pasó por la hilera de ventanas de la planta baja. Echó un rápido vistazo al interior y reconoció la biblioteca. Sin duda, allí encontraría lo que había ido a buscar. Centró toda su atención en la ventana de guillotina. Solo tendría que forzar un poco los cierres y tirar hacia arriba para conseguir un hueco por el que poder deslizarse. Volvió a extraer las herramientas del bolsillo y, tras usarlas con gran destreza, se escuchó un leve clic. Un suave chirrido obligó a que se detuviera y aguzara el oído. Corrió el riesgo de dejarla apenas abierta. Si alguien hubiera entrado a la biblioteca, se habría dado cuenta debido a la ligera corriente que penetraba, que hacía oscilar las finas cortinas de hilo. Pegó la espalda a la fachada de la casa una vez más y esperó unos minutos antes de poner manos a la obra. Trató de controlar la agitación y de refrenar su pecho alborotado por la tensión. Inclinó el rostro hacia la ventana para cerciorarse de que nada extraño sucedía. Respiró con alivio, volvió a concentrarse en su tarea. Se maldijo porque estaba tardando más tiempo del que había calculado.

Apartó la cortina para entrar en la habitación iluminada por la tenue luz que se filtraba por la ventana. Se agachó sobre la mullida alfombra y, durante unos instantes, se mantuvo inmóvil mientras adaptaba los ojos a la oscuridad. No debía entretenerse mucho, sabía lo que había ido a buscar y dónde encontrarlo. Recordaba con exactitud en qué lugar tenían guardado el gran diamante Athenea. La velada de la noche anterior, había sido para exhibirlo ante unos amigos cercanos; se había sentido orgullosa por tenerlo en sus manos; conocía a aquella gente desde hacía tiempo y sabía cuál era su poder adquisitivo. Claro que el suyo tampoco distaba demasiado, pero no se jactaba de eso delante de los demás. Había memorizado todos sus movimientos y costumbres, sabía cuándo se levantaban y

cuándo se acostaban, cuándo almorzaban o salían de la casa, el número de criados, así como el de las personas que la habitaban. Todo. Absolutamente.

Se centró en el objetivo. Había una estantería que se levantaba del suelo al techo, y que se extendía a lo largo de toda una pared repleta de libros. Detrás de la colección de poesía del romanticismo, se ocultaba la caja fuerte que buscaba.

En menos de cinco minutos, el gran diamante estaba en la palma de su mano. Deslizó el pañuelo que le cubría el rostro y respiró. Una pérfida sonrisa bailó en sus labios mientras sopesaba el tamaño de la joya. Extrajo un saquito del bolsillo interior del abrigo y lo depositó dentro. Luego, colocó algo en el interior de la caja fuerte. Tras cubrirse el rostro de nuevo, se precipitó por la ventana hacia el jardín. No advirtió la pequeña herida que se le había producido al pasar hasta que comenzó a caminar hacia la verja de entrada. Se deslizó por la abertura y echó a correr como si el mismo diablo hubiera querido su alma. No se preocupó por los agentes, mucho menos por los inquilinos de la mansión.

Un carruaje esperaba a varias calles. Abrió la puerta y se arrojó en su interior. Se desprendió el pañuelo y volvió a sonreír mientras contemplaba la joya una vez más. Las carcajadas inundaron el carruaje cuando se puso en marcha.

Capítulo 1

El agente Jack Ambrose llegó a las oficinas de Scotland Yard en el número cuatro de Whitehall Place como cada mañana. Saludó a los demás agentes de camino al escritorio, pero el desconcierto que había en el despacho del comisario captó su atención. Hizo un gesto con la cabeza a su compañero, Jeremy O'Rourke, para ver si conocía el origen del revuelo.

El irlandés le devolvió la mirada, levantó las cejas y apretó los labios con expresión que quería decir: "problemas".

—No tengo idea. Solo sé que un hombre vino a primera hora para hablar con él.

Jack frunció el ceño y abrió la boca para decir algo, pero la voz del comisario le quitó la idea.

—Agente Ambrose, pase a mi despacho. Y usted también, agente O'Rourke.

Los dos se miraron y asintieron.

El comisario Thibault no parecía de buen humor esa mañana. Ambos policías presentían que tenía que ver con el alboroto que segundos antes había habido en el despacho. Algo grande debía de haber sucedido.

—Señores, no andaré con rodeos porque la cuestión no los merece. Esta madrugada se produjo un robo en una casa del West End —expuso mientras los miraba con una expresión de completo fastidio. Era como si de un momento a otro los ojos se le fueran a salir de las cuencas o fuera a sufrir un colapso—. El conocido diamante Athenea, de incalculable valor, ha sido robado. El mismo que iba a ser expuesto al público en el museo nacional.

—¿Hay alguna pista de…? —Jack no terminó la pregunta porque algo captó su atención. El comisario arrojó sobre la mesa el objeto con el cual el ladrón había firmado el trabajo. Jack tomó el naipe de la baraja francesa y se quedó mudo, con la carta en la mano, al tiempo que la examinaba. Se sintió sobrecogido.

—¿Ha regresado a la escena?

—Eso parece.

—Creímos que, después del último golpe, abandonaría la profesión —aseguró con un gesto hacia Jeremy O'Rourke.

—Así es, señor. Después de lo del cuadro…

—¡Pues no! Al parecer no lo ha hecho. Debió de estar tomándose un descanso. Ahí tienen la prueba de lo que digo —exclamó señalando el naipe.

—Podría tratarse de un imitador. Alguien que admire a nuestra *querida* Reina de Diamantes.

—¿Sugiere que tiene fanáticos? —El comisario fijó la mirada con sorpresa y perplejidad en el agente Jack Ambrose.

—Solo era una idea, señor.

—Bueno… Ya pueden ponerse en marcha. Solo faltaba que este personaje regresara a la escena en el preciso momento en el que la popularidad de la joven reina decae, y el primer ministro presenta la dimisión.

—¿Lord Melbourne? —Jack se sintió extrañado por la noticia. No esperaba que sucediera, dado que el lord había sido un fiel apoyo para la reina Victoria, una vez que ella ascendió al trono. Tal vez demasiado, según las malas lenguas.

—El mismo. ¿Acaso conoce a otro? —El tono sarcástico del comisario no flaqueó—. Vayan a ver qué ha sucedido con el robo. Aquí, la dirección.

—Está bien, señor —asintió Jack Ambrosse al tiempo que tomaba el papel en el que estaba apuntada—. ¿Le importa que me quede con esto? —Levantó el naipe, sujeto entre sus dos dedos.

—Téngalo. Quiero resultados, ¿me escuchan? Si es verdad que ha regresado, no voy a aceptar que vuelva a desaparecer. Y, si lo hace, que sea porque lo tenemos encerrado, no porque se esté tomando unas vacaciones o planeando otro robo. ¿Queda claro?

Los agentes asintieron sin decir nada mientras abandonaban el despacho. Durante unos segundos se quedaron en silencio, tal vez impresionados por la reacción de comisario. O, quizás, porque el ladrón bautizado por la prensa como "Reina de Diamantes", por el naipe que dejaba al terminar sus trabajos, había vuelto a escena.

Fue Jeremy el primero en reaccionar, soltó de golpe el aire que tenía acumulado desde que había entrado en el despacho del comisario.

—Las aguas bajan turbias, amigo.

—Desconocía lo de la renuncia de lord Melbourne.

—Si a eso le sumamos que la popularidad de la reina ha caído un poco después del incidente con lady Flora…

—Sí, lo de su falso embarazo. Chismes que no vienen a cuento.

—Todo junto hace que la situación política se enmarañe un poco. ¿Qué opinas? —Jeremy señaló el naipe y aguardó a que Jack se manifestara. Lo vio pensativo y no apartó la mirada a la espera de una respuesta.

—No sé qué pensar. Ya me has escuchado ahí dentro, creía que se había retirado tras el robo del cuadro de los condes de Sussex, pero… —Apretó los labios y se dio unos golpecitos con el naipe en la otra mano.

—¿En serio piensas que se trata de un imitador?

Jack sacudió la cabeza.

—No lo sé. Solo sé que no esperaba volver a tener noticias de nuestro ladrón.

—O ladrona.

—¿En serio? ¿Supones que podría tratarse de una mujer? ¿Qué la impulsaría a hacerlo?

—Lo desconozco.

—¿Qué podría motivar a una dama al robo de objetos preciados, joyas, cuadros? ¿Aburrimiento? ¿Ganas de llamar la atención? ¿Aventura? Las señoras de la sociedad tienen entretenimiento de sobra con las compras, con las reuniones para tomar el té y las veladas…

—No sabría decirte. Entonces, según tu opinión, sería un hombre que pretende despistarnos.

—No entra en mi lógica que pueda tratarse de una mujer, Jeremy. No es más que una manera de desviar nuestra atención. De confundirnos más bien. Será mejor que vayamos a ver qué pueden contarnos los dueños de la casa, aunque temo que no sea mucho —aseguró a la vez que guardaba el naipe en el bolsillo del abrigo. Buscó el sombrero y la bufanda de encima del escritorio y se dirigió hacia la salida de la comisaría. ¡Una mujer, la ladrona más escurridiza de Londres!, se dijo al evocar el comentario de su colega con una sonrisa incrédula. Con qué facilidad se dejaba confundir el irlandés, pensó. Hizo señas para detener un coche en la calle; le indicó al conductor la dirección a la que debían dirigirse.

—Siempre me he preguntado dónde almacena lo que roba o qué hace con su botín. ¿Lo regala? ¿Lo vende? —Jack Ambrose murmuraba para sí mismo, como si se encontrara solo en el carruaje.

—Es curioso, Jack. Me he llegado a cuestionar si no se tratarán de robos por encargo.

—¿Un cliente? —Frunció los labios y asintió al tiempo que entrecerraba los ojos—. Todo es posible.

—Podría haber alguien que se encaprichara con una pieza de arte al punto de estar dispuesto a pagar una exorbitante cantidad de dinero.

—Pero sería complicado averiguar quién patrocinaría esos robos; nadie estaría dispuesto a abrir la boca. En fin, hemos llegado. A ver qué pueden decirnos los dueños de casa, aunque temo que será poco —dijo a la vez que el carruaje se detenía frente a la entrada.

Los dos agentes empujaron la verja de la entrada, que emitió un suave chirrido. Se adentraron en un pequeño pero coqueto jardín muy bien cuidado. Un camino de baldosas conducía hasta la puerta principal. Echaron un vistazo a su alrededor para cerciorarse de que no hubiera testigos.

Jack tomó la iniciativa, golpeó la puerta. Elevó la mirada; fijó la vista en la casa de dos plantas. La puerta hizo un chirrido, y un hombre con prominentes entradas y unos anteojos redondos se presentó ante ellos.

—Buenos días, caballeros, ¿qué desean?

—Buenos días. Somos los agentes Ambrose y O'Rourke de Scotland Yard. —Para presentarse, mostraron las credenciales—. Venimos por el robo que tuvo lugar en la madrugada.

—Hagan el favor de pasar.

—Gracias. —Jack asintió y se adentró en el recibidor del que salía una escalera que conducía a la planta superior. Los peldaños estaban cubiertos por una alfombra de colores llamativos.

Jeremy permaneció en el lugar sin perder detalle de lo que sucedía a su alrededor.

—Si son tan amables de esperar aquí.

—Claro.

Jack recorrió con la vista la decoración del recibidor. Había un espejo con un marco de bronce, un jarrón ¿chino? Él no tenía ni idea de arte, no podía evaluar si era valioso o no.

—Buenos días, caballeros, soy Rupert Brunswick, y ella es mi esposa, Claire.

—Buenos días, señores —saludaron los agentes al unísono, como si estuviesen coordinados.

—Si son tan amables, los invito a pasar a la biblioteca donde tuvo lugar el robo —les indicó el dueño de casa, un hombre de aspecto regio, con una expresión seria e incluso fría.

El espacio destinado a la biblioteca era inmenso, se atrevió a jurar Jack al ver las imponentes estanterías repletas de libros, que se elevaban desde el suelo hasta casi rozar el techo. Tenía una escalera

con ruedas que servía para desplazarse y alzarse para tomar un libro de alguna de las baldas más elevadas sin peligro de caerse. La habitación estaba repleta de sabiduría y conocimiento.

—Si me acompañan… Esta es la caja fuerte de la que se llevaron la joya.

Los agentes se acercaron para examinarla con detenimiento.

—Por lo que veo, no la forzaron.

—No. Estaba abierta esta mañana. La he dejado tal cual para que la vieran —le aseguró Rupert Brunswick.

—¿Cuántos conocen la ubicación y la combinación?

—Solo mi esposa y yo.

Jack se apartó de la caja fuerte: estaba abierta como si alguno de sus dueños lo hubiera hecho. No había huellas: en ninguno de los anteriores robos de la Reina de Diamantes se habían encontrado. Siempre eran trabajos limpios, metódicos, sin nada que llamara la atención. Se dirigió a la ventana y observó los pestillos. Le llamó la atención un ligero desgarro en la cortina, que le sugería que probablemente se le hubiera enganchado al ladrón en la huida. Abrió la ventana y fijó la atención en el alféizar.

—Entró y salió por aquí. La cortina está algo rasgada, lo que me hace suponer que se le enredó en la huida. Y hay restos de tierra del jardín en el alféizar y en el canal en el que encastra la ventana. También los hay en este lugar, junto a la pared. Saltó y pisó aquí. Supongo que hizo lo mismo con la reja de la entrada. Una persona ágil, según veo yo. Díganme, ¿quién sabía que guardaba el diamante Athenea en la biblioteca?

El dueño de casa pareció dudar, incluso titubeó en un primer momento.

—Bueno… Gente conocida. A ver, la noticia de que exhibiría el diamante fue publicada en la prensa hace unos días. Ayer mismo, lo mostramos a unos cuantos conocidos antes de llevarlo al museo para que todos pudieran contemplarlo.

—Entiendo. Sin duda, el hecho de que haya salido en el periódico llamó la atención de muchos curiosos.

—Entre ellos la de la Reina de Diamantes: el ladrón más afamado estos días en Londres —ironizó Rupert Brunswick con malestar—. Casi se habla más del robo que de la dimisión de lord Melbourne como primer ministro o del escándalo de la propia reina.

—Sin lugar a duda, los actos de este ladrón son el cotilleo predilecto de la sociedad estos días. Bien, ¿hay algo que quieran añadir? ¿Alguien anoche mostró alguna actitud extraña cuando mostraron la joya?

—Nadie. De hecho, todos los invitados eran gente conocida y cercana. No pretenderá que sospechemos de ellos, ¿verdad? —preguntó lady Brunswick sorprendida.

—¿O sugiere que el ladrón podría estar entre nuestras amistades? —intervino Rupert Brunswick.

Jack se limitó a sonreír.

—Permítanme decirles que no sería la primera vez que el delincuente se encuentra en el círculo de amistades. Díganme, ¿hubo alguien a solas con la joya en algún momento?

El matrimonio se miró entre sí en busca de una respuesta. Ambos negaron en un primer momento, aunque, luego, ella levantó un dedo para llamar la atención de los agentes.

—¿Sí?

—Acabo de recordar que lady Adler la sostuvo cuando me ausenté.

—¿Se refiere a Violet Adler? ¿La viuda? —inquirió Jack, a la vez que elevó las cejas con curiosidad. Tal vez la acotación sobre el estado civil había estado fuera de lugar; se arrepintió luego.

—La misma.

—No creo que sea nada. En fin, si no tienen más que añadir…

—No van a recuperarlo, ¿verdad? Nada de lo que roba ese personaje es devuelto a sus legítimos dueños —sentenció Rupert mientras observaba a los dos agentes.

—Nuestro trabajo es hacer todo lo posible por encontrarlo.

—Ya…

—Si no tienen algo más que añadir, seguiremos recabando información. Cualquier detalle que recuerden, estaremos encantados en escucharlo. Buenos días.

—Buenos días —respondió con educación lord Brunswick.

Jack y Jeremy abandonaron la mansión y se subieron al coche que los aguardaba. El primero tenía el ceño fruncido y la mirada baja, fija en el suelo.

—¿En qué estás pensando? —Jeremy se apuró a preguntarle una vez que se hallaron a solas.

—En el hecho de que fue un poco presuntuoso querer mostrar la joya antes de tiempo. Eso lo ha llevado a perderla a manos de nuestra querida Reina.

—¿Piensas que podría haber estado entre los invitados de la noche?

—¿Tú no?

—Considerándolo, podría ser, pero significaría que se trataría de alguien de la clase alta. No lo olvides. Claro que ya nada me sorprende estos días, amigo.

—Podría haberse tratado de un golpe interno. Incluso alguien del servicio, aunque, claro, solo el matrimonio conoce la combinación.

—Alguien pudo verla y memorizarla anoche cuando lord Brunswick extrajo y guardó el diamante.

La mirada que le dirigió Jack indicó que estaba de acuerdo con esa teoría.

—¿Por qué vamos a ver a lady Adler? No estarás sospechando de ella precisamente… —ironizó Jeremy.

—No, claro que no. Solo pretendo hacerle una visita.

—¿Qué esperas averiguar?

—Todavía no lo sé, pero algo tenemos que hacer. No olvides la orden del comisario.

—No; no la olvido. Entonces, visitaremos a lady Adler solo porque estuvo anoche en la fiesta, ¿verdad?

—Así es. Quiero saber si percibió algo, algún gesto o a alguien que le llamase la atención.

—Entiendo. ¿Tiene algo que ver con que fuiste el mejor amigo de su esposo?

Jack se tomó su tiempo antes de responder a la cuestión.

—En parte. Maximilien y yo éramos muy amigos desde jóvenes. Sentí mucho lo que le sucedió.

—Un trágico desenlace —comentó Jeremy con los labios apretados al recordar la noticia.

—Lo fue, pero, en cierto modo, lo comprendí. No es fácil ser un oficial de caballería condecorado y regresar del frente con una pierna amputada.

—Algo duro para un jinete: no poder volver a montar a su caballo.

—Tan duro que lo arrastró a una depresión de la que no logró salir. Terminó cuando se quitó la vida con su propia pistola reglamentaria. Terrible, pero pude entenderlo.

Hubo unos segundos de silencio en el interior del carruaje, los dos agentes desviaron las respectivas miradas hacia las ventanillas. Jack recordó aquellos días y a Violet. Dos viejos amigos, una sola mujer.

—Violet Adler no ha vuelto a contraer matrimonio, a pesar de ser una de las mujeres más nombradas en la sociedad. Incluso tiene amistad con la gente cercana a la propia reina Victoria —comentó Jeremy.

—Sí, lo sé. Su familia siempre fue cercana a la monarquía. Además, Maximilien estaba entre las amistades de lord Melbourne, cuya renuncia, por cierto, me sorprendió por completo —recordó sin terminar de salir de su asombro, buscaba desviar la conversación lejos de Violet. Hacerlo le traía recuerdos dolorosos.

—El clima político y social se ve revuelto, ¿no crees?

—Eso me temo. Con todos estos problemas, no parece que la joven reina Victoria vaya a tener un gobierno fácil.

—¿Cuándo lo ha tenido? Desde que ascendió al trono todos han querido manejarla a su antojo. Pero ella se mantuvo firme, y no se dejó presionar.

Jack hizo un gesto de estar más o menos de acuerdo al mismo tiempo que el carruaje se detuvo.

—Creo que hemos llegado.

—Me llama la atención que utilice nuevamente su apellido de soltera —comentó Jeremy mientras abría la puerta para descender del carruaje.

Jack no añadió nada, estaba concentrado en la casa como si en verdad no la conociera. Era de estilo georgiano, con dos plantas, construida en piedra gris. La fachada estaba recubierta por una enredadera, además de por amplias y densas ramas de los árboles con los que contaba en cada uno de los extremos. La puerta era de color blanco al igual que las ventanas de guillotina, que no dejaban ver el interior al tener cortinas. El tejado de pizarra contaba con una chimenea por la que asomaba una ligera nube de humo. Hacía mucho tiempo que no iba por allí, desde que Maximilien se quitó la vida. Y la verdad, no quería visitar a Violet. Siempre se excusaba con el trabajo para no hacerlo. No podía olvidar el pasado, por más que lo pretendía cuando se mencionaba su nombre en una conversación. La mujer que… Resopló y sacudió la cabeza mientras se preparaba mentalmente para verla.

—Será mejor que llamemos.

Jeremy contemplaba el edificio mientras Jack llamó y aguardó a que le abrieran, lo que no tardó en suceder: un hombre de aspecto sobrio, con una mirada inquisidora puesta en él, apareció tras la puerta. El cabello estaba encanecido; lo llevaba recortado a la perfección. Lucía un fino bigote y una perilla que a Jack le recordó a un espadachín francés. El tiempo lo había envejecido, pensó al reconocer al antiguo ayudante de cámara de su amigo.

—Buenos días. —El mayordomo se quedó clavado en el sitio sin emitir palabra cuando lo reconoció—. ¿Señor Jack Ambrose? ¿Quién es su acompañante? —preguntó al desviar la mirada hacia el hombre que lo acompañaba.

—Somos los inspectores Ambrose y O'Rourke de Scotland Yard —anunció Jack mientras enseñaba sus credenciales—. ¿Lady Adler se encuentra en casa, Anthony? Y disculpa mi formalidad, pero venimos en calidad de agentes.

—Sí, la señora se encuentra en casa.

—En ese caso, nos gustaría charlar con ella un momento.

Jack no le quitaba el ojo a Anthony, que permanecía allí de pie sin dejarlos pasar, ni tampoco ver el fondo de la casa, ya que su presencia ocupaba todo el campo de visión. Finalmente, se apartó del umbral.

—Un momento. Esperen aquí mientras se lo comunico.

—Faltaría más.

Violet Adler se encontraba recluida en su habitación preferida: la biblioteca que su difunto esposo había empleado para tratar asuntos personales. Estaba abocada a la lectura de unos papeles cuando escuchó que la puerta se abría, al tiempo que percibió cierta agitación en el rostro de Anthony. Violet dejó los papeles sobre la mesa y lo observó con atención.

—¿Qué pasa? ¿Por qué esa cara si se puede saber?

—Dos agentes de Scotland Yard están en el recibidor.

—¿Qué quieren?

—Hablar con usted.

—¿Sobre algún tema en concreto? —Violet enfocó la mirada en el fiel hombre.

—No, no me lo han dicho.

—Hazlos pasar al salón. Veré qué es lo quieren —le ordenó con total calma y naturalidad—. Y que Molly prepare algo de beber. Té y café, desconocemos los gustos de nuestros agentes.

—Pero señora, es la policía. Y si… —La mirada de ella lo silenció al momento.

—Nada. No saben ni sospechan nada. Así que ve y hazlos pasar, enseguida estaré con ellos.

—Como ordene, señora. Por cierto, a uno de ellos lo conoce muy bien —le dijo a modo de introducción antes de darle el nombre, para aumentar la curiosidad de la señora—. Es Jack Ambrose.

Violet no varió ni la postura, ni la expresión del rostro en lo más mínimo al escuchar el nombre. Eso sí, los recuerdos le jugaron cierta mala pasada, pero no supo cómo interpretarlos.

—Haz lo que te he pedido. Estaré con ellos enseguida.

Violet se recostó contra el respaldo de la silla con los ojos entrecerrados, mientras pensaba en qué motivaría la visita de dos agentes de Scotland Yard a su casa. Jack Ambrose había sido el mejor amigo de Maximilien, se conocían desde antes de que ella se casara. Luego, cuando enviudó, Jack estuvo a su lado para ofrecerle apoyo durante un tiempo hasta que, de repente, dejó de visitarla. Ahora, regresaba de manera inesperada. Por nada del mundo se le ocurriría pensar que sospecharan de ella, como insinuaba Anthony. Sonrió segura de sí misma y frunció los labios, todo parecía indicar que su plan para enmendar el pasado se encontraba en movimiento, al igual que las manecillas de un reloj al darle cuerda.

Jack y Jeremy no tardaron mucho tiempo en ser conducidos hacia el salón de la casa: un espacio amplio de gran luminosidad gracias a los grandes ventanales con los que contaba la estancia.

—Pueden aguardar aquí; lady Adler vendrá en unos minutos.

—Gracias —asintió Jack mientras jugueteaba de forma inquieta con el borde del sombrero.

—Tiene un gusto exquisito para la decoración —reconoció Jeremy al recorrer el salón con la mirada.

—No entiendo mucho del tema, pero todo parece indicar que son piezas caras. Proviene de una familia de la alta sociedad, al igual que mi querido amigo.

—Pero supongo que sabrás reconocer la belleza en las cosas. —Una voz femenina, clara, dulce y con un toque sensual lo obligó a girarse hacia ella para contemplar a su dueña como si de una deidad se tratase.

Capítulo 2

Violet Adler los observaba con atención desde el umbral de entrada al salón. Con una sonrisa afable, enfocó la atención en Jack. Hacía mucho tiempo que no pasaba a verla, y ese lapso había hecho de él un hombre interesante para la mirada femenina. No lo recordaba tan alto, ancho de hombros, y con una presencia que parecía llenar la habitación. Mantuvo la mirada fija en él sin poder apartarla. Notó que no paraba de darle vueltas al sombrero, lo que le dio la impresión de que se encontraba nervioso e impaciente.

—Caballeros, sean bienvenidos a mi casa. Por favor, tomen asiento —les pidió mientras señalaba un sillón de dos plazas. No se dirigió a Jack de manera personal, sino a los dos. Le había quedado claro que estaban allí en calidad de agentes: no se trataba de una visita de cortesía. Se fijó por un momento en el otro policía, a quien no conocía, que, a su vez, la contemplaba con curiosidad.

Para Jack, seguía siendo una mujer llamativa, incluso le pareció más atractiva de lo que recordaba. Sin duda el tiempo transcurrido desde la muerte de Maximilien, tres largos años, no parecía haberla afectado demasiado. Quizás, hasta había conseguido superarlo, aunque tenía sus dudas al respecto.

El cabello de Violet era color caoba, recogido de una manera desinteresada. Su rostro poseía rasgos finos y delicados, entre los que se destacaban los ojos del color de la miel. En ese momento, no los apartaba de él; comenzaba a sentirse incómodo al respecto. No esperaba que el encuentro le produjese una ligera opresión en el estómago después del tiempo que hacía que no la visitaba. Pero ahí estaba, y debía manejar la situación lo mejor posible.

La puerta del salón se abrió para dejar paso a una muchacha joven de aspecto risueño que portaba en la bandeja un juego de café de porcelana fina floreado. Se concentró en esos detalles para no permanecer con los ojos fijos en Violet como un jovenzuelo descarado. Llevaba puesto un vestido azul pastel que contrastaba con el tono de la piel y del cabello. La observó darle indicaciones a la empleada, que se despidió con una leve inclinación de cabeza.

—¿Café? ¿O tal vez té? —les preguntó.

Jack se fijó en los labios de Violet, en cómo los movía al hablar. No entendía por qué no lograba evitar contemplarla, se sentía incapaz de pensar en otra cosa.

—Café solo. Sin azúcar.

Observó mientras servía el café con delicadeza y luego le alcanzó el plato con la taza sin perderle la mirada. Un leve roce entre los dedos lo puso en alerta, más cuando ella le devolvió la mirada con una tímida sonrisa, causando que el platillo y la taza temblaran por un momento en su mano.

—¿Y usted?

—Tomaré una taza de té.

—¿Azúcar?

—No, gracias. Me gusta que conserve un sabor fuerte.

Jack aprovechó el momento en que ella habló con Jeremy para observarla. ¿Por qué no había rehecho su vida? ¿No le interesaba hacerlo o aún no había encontrado a alguien adecuado? Incluso había decidido volver a emplear el apellido de soltera: Adler. Eran preguntas que todos en la sociedad se hacían, y nadie sabía qué explicación dar.

—Bien, señores… —Permaneció con la mirada entornada hacia Jack, a la espera de que le aclarara qué hacían allí. Él reaccionó de inmediato. Colocó el plato con la taza sobre la mesa para echar mano a la identificación.

—Disculpe que la molestemos, lady Adler…

—Puedes tutearme, Jack. Al fin y al cabo, nos conocemos hace mucho —le recordó con total naturalidad.

—Lo sé, pero prefiero seguir con las formalidades. Vengo en calidad de agente, lady Adler —señaló mientras ella asentía.

—Como prefieras. ¿Y usted? —preguntó al otro.

—Soy el agente O'Rourke.

—Mucho gusto. Bueno, me intriga saber a qué debo la visita. —Paseó la mirada por los rostros de ambos. A continuación, levantó la taza y se la llevó a los labios sin dejar de observar a Jack por encima del borde.

—Hemos venido en relación con el robo que se produjo durante la madrugada en casa de lord y lady Brunswick. Nos dijeron que usted estuvo allí anoche.

Violet frunció el ceño y fingió sorpresa por la noticia.

—¿Han sido robados?

—Así es.

—¿Y qué puedo hacer yo para ayudar? —Dejó la taza sobre la mesa y adoptó una postura de claro interés: quería saber lo que habían averiguado.

—Nos gustaría saber si oyó o vio algo que le llamara la atención. Al parecer, lord Brunswick mostró el diamante Athenea a los invitados.

—Así fue. Tengo una buena amistad con ellos. Me convocaron para que viera la joya *in situ* antes de que fuera expuesta en el museo. Pero ¿se lo han robado? ¿El diamante? —Entornó la mirada con suspicacia y elevó las cejas.

Jack asintió y emitió un sonido áspero al ver la expresión de asombro en el rostro de ella. Violet entreabrió los labios, dejó escapar un leve gemido de sorpresa y se llevó la mano al pecho.

—Me parece increíble que alguien haya hecho algo así.

—Como le decía, nos gustaría saber si hubo algo que le llamara la atención en algún momento de la noche.

—La verdad es que no. No me dio la impresión de que fuese a suceder una cosa así. ¿Por qué lo preguntan? ¿Creen que alguno de los invitados pudo haberlo robado?

Jack decidió permanecer en silencio y dejó que fuese Jeremy quien llevase el peso de la conversación. Se sentía más a gusto, de modo que podía fijarse en ella. Se veía muy delicada y bonita.

—Solo realizamos preguntas de rutina a la gente que asistió anoche a la reunión, por si hubo algo que llamara la atención de los asistentes. Un gesto, un comentario quizá, incluso si considera que no tiene importancia, podría ser útil.

—Como les acabo de decir, no noté nada extraño. Las personas que acudimos a la velada formamos parte de la aristocracia, no imagino a nadie capaz de hurtar un diamante de tal dimensión. ¿Cuándo sucedió el robo?

—Esta mañana lord Brunswick encontró abierta la caja fuerte en la que estaba guardado. Sospechamos que fue durante la madrugada. ¿Terminó tarde la velada?

Violet sacudió la cabeza.

—Para mí no; a las diez ya estaba aquí en mi casa. Claro que desconozco si alguien decidió quedarse más tiempo en casa de los Brunswick.

Jack pensó si sería acertado enseñarle el naipe, por si aportaba algo. Estaba convencido de que sabría lo mismo que todos en Londres, ya que había sido el tema de conversación preferido en las veladas hasta que se filtraron algunos chismes de palacio, que tenían en el centro a la joven reina.

—Entiendo. Al parecer quien lo hizo sabía muy bien el terreno que pisaba. Conocía el lugar en el que lord Brunswick tenía guardado el diamante.

—Eso me dice que ustedes sospechan que podría tratarse de alguno de los invitados.

La mirada entornada de ella descentró a Jack por un instante. Desde que Violet apareció en el salón no había logrado serenarse, a pesar de intentarlo. ¿Por qué diablos seguía pensando en ella y en el pasado? Había sucedido hacía ya mucho tiempo; no tenía sentido darle más vueltas al asunto. Ahora era un agente de Scotland Yard,

y ella, solo una vieja amistad. No tenía nada que ver con los años anteriores a que contrajese matrimonio con Max, se dijo a sí mismo, ofuscado por su propio comportamiento.

—Sí, tal vez. O que fuese un cómplice del verdadero ladrón. Pero tan solo se trata de suposiciones —resumió Jeremy al darse cuenta que Jack permanecía callado, y algo taciturno. De pronto, el agente Ambrose cambió de actitud.

—Bien, creo que no la molestaremos más, lady Adler. —Se levantó del sillón casi al mismo tiempo que ella. Quedaron a la misma altura. Sonrió con timidez al notar la manera en la que la mirada de la dama refulgía con una intensidad desconocida para él. ¿Por qué diablos se le habría ocurrido presentarse? Ella no tenía nada que ver con el caso, ni podría aportar algo a la investigación. ¿Acaso se había tratado de una simple excusa para verla? Esa cuestión lo dejó pensativo unos segundos.

—En realidad no lo hacen, caballeros. Si puedo serles de utilidad, por favor avísenme.

—Creo que ya es suficiente por ahora. Que tenga un buen día, lady Adler. —Jack inclinó la cabeza con respeto, pero entonces ella le tendió la mano. Él se dio cuenta del detalle y la tomó para besarla.

Violet no perdió detalle del gesto que le causó una ligera corriente que ascendió por su brazo y le erizó la piel hasta perderse bajo el peinado. Sonrió, esperó que Jack se apartara un par de pasos y se despidió de O'Rourke.

—Si, por casualidad, recordase algo, algún detalle por más simple e inverosímil que pueda parecerle, no dude en ponerse en contacto con nosotros —le insistió Jeremy.

—La verdad, ya les he contado lo que percibí. Nada me llamó la atención.

—En ese caso… Que tenga un buen día, lady Adler. —Jack inclinó la cabeza con respeto mientras contenía la respiración, con la mirada entornada hacia ella con la ilusión de percibir algún gesto.

—Espero que nos volvamos a ver en otras circunstancias. Hace mucho que no nos vemos, Jack. Me gustaría que hablemos de cómo te ha ido durante estos últimos años.

—Lo cierto es que el trabajo no me deja tiempo libre. —No añadió más. Esas palabras sonaron tentadoras, pero no podía dejarse seducir por ese suave sonido. Ni tampoco por el repentino deseo que ella despertó en él después de tanto tiempo.

Violet los acompañó hasta la puerta, cosa poco habitual, ya que Anthony era el encargado de hacerlo. Jack no se atrevió a volver la mirada para comprobar si ella permanecía en el umbral, sería algo poco propio de él. Abrió la puerta del carruaje y se subió con las ideas más confusas que al llegar. No dijo nada cuando Jeremy se sentó enfrente; decidió permanecer en silencio para darle vueltas a la conversación que mantuvieron con Violet Adler.

* * *

Ella cerró la puerta de la casa cuando el coche se marchó. Regresó al despacho bajo la atenta mirada de Anthony, que la siguió hasta que ella se volvió a sentar detrás de la mesa. Estaba reclinada contra el respaldo de la silla, con los dedos de ambas manos en forma de triángulo. Tenía los ojos entrecerrados y se mordisqueaba el labio inferior mientras analizaba en la mente lo sucedido.

—¿Y bien?

—¿Bien qué? —Dio un ligero respingo al verse interrumpida.

—¿Qué querían?

—Hacer unas preguntas de rutina acerca del robo del diamante de Athenea. Querían saber si, anoche, en casa de lord y lady Brunswick, percibí algún detalle que me llamase la atención. Solo eso.

No le dio más importancia que la que tenía para ella, cosa que sorprendió a Anthony.

—¿Sospechan de alguien?

Ella frunció los labios y sacudió la cabeza.

—No parece ser el caso. Claro que, por otra parte, no iban a decírmelo por mucho que conozca a Jack.

—Debe tener cuidado señora. Sé lo que pretende, pero…

Violet elevó una ceja con suspicacia al ver al único hombre conocedor de sus secretos apoyarse sobre la mesa y contemplarla con intensidad.

—¿Por qué debería cuidarme, según tú?

—Porque algo los trajo hasta aquí, cosa que nunca antes había sucedido.

—Que me visite Scotland Yard no quiere decir que yo sea sospechosa del robo, aunque agradezco haber visto a Jack después de tanto tiempo.

—Sí, pero podría tomarlo como una advertencia.

—¿Advertencia de qué?

—De que tarde o temprano darán con usted.

—Sabes de sobra que no lo harán. No temas, cuando vea a Jack acercarse demasiado a la verdad, dejaré de hacerlo. Además, la situación actual de la joven reina nos favorece.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

—Que mientras ella y la clase política estén distraídos, yo podré seguir adelante con mis actos. Nos viene muy bien todo el escándalo que se ha formado en la corte con las damas de compañía, más todavía con la dimisión de lord Melbourne.

—Esas distracciones pueden ser buenas para la clase política o para las clases altas, pero no olvide, señora, a los dos inspectores que acaban de marcharse.

Violet dirigió la mirada hacia Anthony y sonrió divertida.

—No los olvido, todo lo contrario. ¿Por qué no habrán mencionado lo del naipe? Es curioso, ¿no crees? Lord Brunswick encontró la caja fuerte abierta y sin la joya, pero no han dicho nada

de la carta. —Entrecerró los ojos y frunció los labios con inusitado interés mientras el rostro de Jack Ambrose se deslizaba nuevamente en su cabeza.

—¿Por qué debería decirlo? Aunque Jack fue un íntimo amigo de Maximilien y suyo, se trata de una investigación, usted misma me lo acaba de contar —le hizo ver Anthony con naturalidad.

—Supongo que tienes razón.

Él percibió cierta picardía en la expresión de su señora.

—No me gusta la cara que lleva.

—¿Por qué?

—Porque presiento que no me va a gustar nada lo que tiene en mente.

Violet Adler sonrió en un principio; luego, se echó a reír a carcajadas. Adoptó una postura desenfadada, con el codo apoyado sobre el brazo de la silla y la mano bajo el mentón. Su mirada parecía brillar con mayor intensidad, ahora podría poner en marcha la fase siguiente del plan.

—Creo que por fin el juego ha comenzado. Esperaba hace tiempo la aparición en escena de Jack, ahora podré darle un poco más de vida a mis actuaciones.

—¿No lo dirá en serio? —El gesto de asombro y pánico de él pareció aumentar la diversión en ella.

—Claro, ahora es mucho más emocionante.

—Lo que debería hacer es dejar a un lado las correrías nocturnas. Una noche de estas la detendrán. ¿Por qué no lo deja ya señora y se comporta como la dama que es?

Violet Adler sonrió con picardía.

—Porque la vida me lo debe.

—Pero ¿considera que tiene derecho a infringir la ley? —Anthony abrió los ojos como platos al hacerle la pregunta. Quería que comprenda lo peligroso que era.

—Dime, ¿qué has hecho con el diamante?

—Todavía está aquí, guardado en la caja fuerte. ¿En qué está pensando?

—Perfecto. Quiero que llames al perista.

—¿Pretende vendérsela? Es una pieza demasiado llamativa, señora.

—No te preocupes; él sabrá lo que tiene que hacer. Quiero que venga: se lo explicaré en persona.

—¿Aquí? —preguntó Anthony casi fuera de sí.

—Sí, quiero verlo aquí mismo. Y tú estarás presente para que entiendas lo que pretendo.

—Está bien. ¿Qué más le dijeron los inspectores?

—Solo hablamos del robo, nada más. Y por poco tiempo; Jack parecía tener prisa por irse.

—Confío en que no volveremos a recibirlos como visita —le dijo, a modo de advertencia y súplica.

—Salvo que los invitemos a alguna velada. O tal vez coincidamos en alguna. ¿Por qué no podría invitar a Jack y a su compañero? Precisamente, él es quien menos sospecharía de mí. Creo que exageras un poco. Recuerda el dicho del general Sun Tzu: "Mantén a tus amigos cerca, pero más cerca a tus enemigos".

—¿Considera a Jack su enemigo? —le preguntó, perplejo por el rumbo de la conversación.

—No, por supuesto que no. Nunca lo he considerado como tal, todo lo contrario —le aseguró, y procuró en vano cerrar la mente a cualquier pensamiento que tuviese que ver con el pasado entre ellos —. Me gustaría retomar nuestra amistad. Sé muy bien cómo hacer para atraerlo. Así también sabremos como avanzan sus pesquisas. Y ahora, dime, ¿qué opinas de que lord Melbourne haya presentado la dimisión a la joven reina?

Anthony se vio sorprendido por el cambio de tema y por la frialdad en su señora. No podía entender por qué se mostraba tan poco preocupada por el hecho de que agentes de Scotland Yard se hubiesen presentado allí con preguntas sobre un acto en el que ella era el principal artífice. Pero lady Adler no parecía importarle demasiado. Hacía tiempo que se comportaba de forma fría y despreocupada, sin vacilar en arriesgarse por mera diversión. No

parecía darle importancia al hecho de que Jack fuese el agente encargado del caso. Temía que acabara por descubrir su secreto. Si ella fuese consciente del escándalo que podría representar. Sacudió la cabeza mientras se retiraba de la biblioteca. Recordó algunas conversaciones que mantuvo con su señor Maximilien en el pasado, que tenían como protagonistas a Violet y Jack.

Ella se recostó de nuevo contra el respaldo y dejó la mirada suspendida en el techo. La emoción de arriesgarse en cada asalto le había devuelto el entusiasmo luego de encerrarse a sí misma en duelo, pero no era en realidad el motivo por el cual lo hacía. La verdad era que, desde el momento en que enviudó, pudo ver que la misma aristocracia, cuyos miembros tanto decían admirar a Maximilien, demostraron poca cortesía tras su muerte. No pasó mucho tiempo hasta que empezó a recibir cortejos en los que ambas partes no podrían estar menos interesadas, solo porque sentían cierta codicia por el título que ella detentaba.

Estaba harta de que esta gente quisiera robarle el derecho a vivir su propia vida: primero al obligarla a casarse con un hombre al que nuca podría amar y, luego, al no dejarle espacio con chismes de nuevos prospectos matrimoniales. Había decidido que usaría el poco tiempo que pasara en la compañía de gente tan desagradable para pegarles donde más les doliera. Sin embargo, pasados los años, la venganza no era tan disfrutable como esperaba.

En medio del análisis, los días pasados en los que ella era una señorita la asaltaron. Sonrió con añoranza en un primer momento, a continuación, con cierta ilusión y picardía. Sí, se dijo a sí misma, después de todo la vida había vuelto a situar a Jack en su camino.

* * *

Jack Ambrose permanecía en silencio mientras el carruaje avanzaba por las calles de Londres. Jeremy lo miraba de refilón, esperaba que dijera algo acerca de la visita que acababan de hacer. Al ver que no era así, decidió romper el silencio.

—Parece que la visita a lady Adler te ha dejado mudo.

Jack emitió un gruñido y levantó la vista hacia su colega.

—En cierto modo.

—Noté que te sentiste algo intimidado por la presencia de ella.

—¿Cómo dices? —preguntó mientras abría los ojos al máximo.

—Es, sin duda, una mujer elegante y muy atractiva. No discutiré para que lo admitas porque así es. Sé que te has sentido algo cohibido.

—Lo es. Atractiva, digo. Pero no me cohibí como señalas.

—¿Crees que ella tenga algo que ver con el robo?

La sorpresa volvió a reflejarse en la expresión de Jack.

—No la veo en ese papel.

—De acuerdo; tú la conoces bien, ¿no?

Jack permaneció callado ante la pregunta. Por supuesto que la conocía, incluso le habría gustado conocerla más si las circunstancias lo hubiesen permitido.

—Estaba pensando en hacerle una visita a nuestro querido Smithy para saber qué se dice por las calles.

—Ese diablillo… —Jeremy sonrió al pensar en el soplón por excelencia de Jack. Siempre le traía los últimos chismes de lo que se decía y hacía en las calles de Londres—. El problema es que él está más acostumbrado a moverse por los barrios bajos. Este robo ocurrió en una zona más bien residencial.

—De todos modos, hablaremos con él: quiero saber qué rumores circulan por los bajos fondos. Espero hallar pronto algún indicio de dónde puede estar la joya.

—No puede venderse a un perista; llamaría demasiado la atención. Salvo que ya se encuentre fuera de Londres.

—¿Sugieres que la han robado y sacado de la ciudad?

—Claro, con el fin de que nadie pueda encontrarla.

—Tenemos que evitarlo.

—¿Y en cuanto a quién realizó el robo? Tal vez la Reina de Diamantes sea una banda compuesta por gente experta en diversos campos.

Jack sacudió la cabeza sin terminar de creer en esa hipótesis. Estaba seguro de que se trataba de una sola persona.

—Tendremos que reabrir el caso y repasar los robos que ya se llevaron a cabo. Pero antes… —Golpeó el techo del carruaje para que se detenga justo por donde circulaban—. Vayamos a ver a Smithy, estoy seguro de dónde encontrarlo.

No tardaron en dar con él, como había asegurado Jack. El bar conocido como "The Red Lion" se encontraba concurrido a esa hora. El humo de los cigarros y de las pipas se entremezclaban para formar una densa capa que no tenía nada que envidiarle a la propia niebla en la ciudad. Las jarras de cerveza iban y venían de una mesa a otra sin parar. En ese distendido ambiente, los sonidos de un violín y de una concertina amenizaban el momento. El dueño, McBride, era un rudo escocés de cabello y patillas pelirrojas. Tenía una cicatriz en la frente, recuerdo del sable de un dragón francés en Waterloo. El tabernero había combatido en las filas escocesas en la campaña llevada a cabo en Bélgica.

—¿Cómo estás, escocés del diablo? —le preguntó Jack Ambrose al llegar a la barra.

—Vaya, se me hace raro verlo por aquí inspector. ¿Quiere tomar algo?

—No, estamos de servicio —dijo mientras señalaba con un gesto a Jeremy.

—Entiendo. ¿Cómo está usted, inspector O'Rourke?

—Vamos tirando.

—Dime, McBride, ¿has visto a Smithy?

El escocés asintió e hizo un gesto con la mirada hacia un rincón del bar. Jack se volvió en la dirección que McBride le señalaba.

—Gracias.

Los dos agentes se abrieron paso hacia la mesa donde un tipo de pelo color paja tomaba de una jarra mientras hablaba con otro sujeto. Se detuvieron delante de ellos y aguardaron a que Smithy apurara su bebida. Sonrió al reconocerlos.

—Vaya, mis queridos amigos de Scotland Yard. ¿Qué los trae por aquí? Pero siéntense. No quiero que piensen que soy un desagradecido. —Señaló las dos sillas que quedaban vacías.

—Muy gentil de tu parte, pero necesitamos hablar a solas. —Jack miró a Smithy primero y luego al hombre que se encontraba con él.

—Ya lo has escuchado, Roger. Déjanos a solas un momento. —Sacudió la mano delante de él para señalar otra mesa disponible. Luego, volvió la mirada hacia los agentes—. ¿Qué sucede? Debe de ser muy importante para que quieran hablar conmigo.

—Lo es. ¿Qué sabes de la Reina de Diamantes?

Smithy se echó hacia atrás en la silla, se rascó el pelo y emitió un silbido.

—Así que se trata de ella: la escurridiza y astuta ladrona. ¿Qué es lo que busca, inspector?

—Anoche se produjo un robo en el West End.

—Lo sé: robaron un diamante de incalculable valor en una mansión. El diamante Athenea, ¿me equivoco?

—¿Qué sabes?

—Más bien poco. Se llevó a cabo durante la madrugada, y fue un golpe limpio. Sin testigos, sin pistas para atraparla, nadie vio ni escuchó nada. Como en ocasiones anteriores, cuando robó un valioso cuadro o el juego de joyería en el hotel Caledonian. Eso sí que fue memorable. Lamento tener que decirles que no sé nada más —expuso Smithy con una sonrisa—. Excepto que, en ese momento, la joya debe encontrarse fuera de Londres.

—Pero al menos aseguras que ha sido la Reina de Diamantes.

—Siempre que hay un robo de esas características, todos los rateros y ladrones la nombran. Algunos ya la apodan "la reina de los ladrones" —aseguró mientras tamborileaba sobre la mesa.

—¿Crees que se trata de una mujer? —Jeremy se apuró a hacer la pregunta para que Jack, quien creía lo contrario, se diera cuenta. Él pensaba que se trataba de un hombre que empleaba un apodo de mujer o, más en concreto, un naipe de la baraja para firmar sus robos.

—Sí. Ningún tipo en Londres que se encuentre cuerdo usaría una firma de mujer —frivolizó con total naturalidad—. ¿Ustedes no lo creen?

Jack observó cómo Smithy pasaba la mirada de uno al otro.

—Yo sí, pero a mi colega Jack le cuesta asumirlo.

—Oh, vamos, no diga eso. ¿En serio cree que se trata de un ladrón? ¿Un hombre? ¿No tendrá que ver con el hecho de que quizá sea una mujer quien burla a Scotland Yard? ¿Hiere su orgullo masculino? Hasta el momento no ha conseguido conocer su identidad, ni mucho menos detenerla. —Smithy arqueó las cejas y sonrió de manera cínica al contemplar el gesto de desagrado en el rostro del agente Jack Ambrose.

—Si te enteras de algo, pásate por la comisaría. Volvamos, tenemos trabajo por hacer —le dijo a Jeremy, quien miró a Smithy y encogió los hombros sin saber qué decir.

Los dos agentes regresaron a la calle. Jack se encontraba de un humor de perros después de la breve charla con su hombre de confianza. No había logrado nada en las dos entrevistas que habían tenido en la mañana, ni un solo indicio. Smithy tenía razón, la ladrona hería su orgullo como agente más de lo que lastimaba al ego del sexo masculino.

—Tendremos que volver a repasar los casos anteriores.

—¿Qué pretendes conseguir?

—Hallar algo nuevo, algo que se nos haya pasado por alto. No lo sé, pero tenemos que actuar para que la noticia del robo no sea de interés nacional.

—Por suerte tenemos los chismes del palacio real y la dimisión de lord Melbourne para distraer a la opinión pública.

—Si, pero no servirá por mucho tiempo. Tenlo en cuenta —le aseguró apuntándolo con el dedo—. Yo que pensaba que se había retirado, luego de tanto tiempo sin la Reina de Diamantes —murmuró con un gesto de rabia y las manos cerradas en puños—. Ahora creo que se preparaba para regresar a la escena.

Capítulo 3

Los periódicos eran una buena fuente para informarse, pero no había nada como infiltrarse entre las capas bajas de la sociedad para estar al día de lo que sucedía en la ciudad. De ese modo, Violet lograba descubrir información suculenta para los propósitos que tenía en mente. Al disfrazarse, conseguía saber qué personalidad llegaría a la capital, adónde se alojaría y cuándo se marcharía. Era lo que más disfrutaba: recopilar datos para el siguiente golpe. Sonrió al recordar a Jack Ambrose y a su visita de hacía unos días. Así que iba tras la Reina de Diamantes, se dijo con una sonrisa divertida ante el descubrimiento. Sería divertido para ella desconcertarlo hasta encontrar el momento idóneo para llevarlo a su lado, como una araña atrae a las presas. Le había dicho a Anthony que la vida se lo debía por los eventos del pasado, y ya era hora de saldar la deuda. Además, la aparición de Jack en el caso añadiría un poco más de picante a su otro yo. De paso, también tomaría revancha por lo sucedido cuando se enamoró de él.

—Deja de sonreír y sigue con tu trabajo.

La voz de la encargada de las camareras del hotel en el que se había infiltrado la sacó de los pensamientos. En el fondo estaba agradecida, ya que no le gustaba recordar los días en los que el comportamiento de Jack no fue el que ella esperaba. Pensar en todo eso le hizo que olvidase en dónde se encontraba.

—Sí, ya voy. Disculpe, *madame*.

La mujer le lanzó una mirada de pies a cabeza y sacudió la propia con incomprensión.

—Chicas francesas… Vienen en busca de un empleo y, luego, se pasan el día soñando despiertas —le dijo a la compañera.

—Es joven; a su edad todas actuamos así en algún momento, Claire. Lo que importa es que trabaje.

—La habitación debe quedar limpia cuanto antes.

—Dicen que aquí se va a alojar una conocida cantante de ópera. No entiendo por qué no ha alquilado una casa en las afueras o por qué la propia reina no la ha invitado al palacio. Allí sí que hay espacio.

—Bastante tiene la joven reina con todas las confabulaciones que circulan por el palacio. Además, este hotel es de los mejores de la ciudad. Si quisiera, la cantante podría alojar un amante como a un huésped más o disfrutar de cierta intimidad. Las personas como ella pueden hacer lo que les plazca, les sobra dinero. Espero que nos deje una buena propina por tener la habitación lista.

La supuesta joven francesa trabajaba sin perder detalle de la conversación entre las dos mujeres. Ella estaba al tanto de la llegada de la cantante: era la ventaja de mantener una doble vida. Se enteró con anterioridad a través de sus amistades en la alta sociedad: la afamada soprano Elizabeth McCloud actuaría en el palacio de Buckingham en honor a la reina Victoria. Entonces, comenzó a planificar un nuevo golpe. Lo primero que hizo fue informarse de quiénes eran las camareras del hotel y dar con la más idónea. Le ofreció dinero para que no fuera a trabajar los días en los que se alojaría la cantante. Por último, ajustó su apariencia a la de una joven francesa recién llegada a Londres en busca de un empleo.

* * *

El comisario se acercó a la mesa donde los agentes, Ambrose y O’Rourke, repasaban los casos anteriores protagonizados por la Reina de Diamantes.

—¿Algún progreso?

—Ninguno por el momento. Todas las investigaciones que se llevaron a cabo anteriormente son perfectas. No se pasó nada por alto —respondió Jack mientras sacudía la cabeza desanimado y arrojaba un informe encima del montón de documentos sobre la mesa.

—¿Habló con sus informantes?

—Sí, señor. Se comenta que el último golpe ha sido un trabajo limpio, sin testigos, ni huellas, ni pistas por donde encaminar la investigación. Llevado a cabo durante la madrugada, cuando todos dormían. Tanto nuestras entrevistas como la investigación en casa de los Brunswick no han dado frutos.

El comisario asintió con gesto preocupado.

—La prensa ya está al tanto de la noticia: quiere más información. Menos mal que el primer ministro nos ha echado una mano al renunciar. Eso es mucho más importante que los robos.

—¿Se sabe qué hará Su Majestad ante la situación? —Jeremy dejó a un lado la documentación que tenía en mano e intervino en la conversación.

—No se sabe todavía, la noticia cayó como un balde de agua fría. Mañana por la noche hay una recepción en Buckingham a la que debo acudir. Al parecer la conocida cantante de ópera Elizabeth McCloud dará un espectáculo privado para la reina.

—Confío en que su actuación logre desviar la atención de la gente sobre los temas más relevantes en estos momentos, señor.

—Sí, yo también… —El comisario permaneció pensativo unos segundos, con los brazos cruzados y la cabeza gacha—. Se me ocurrió que sería bueno que usted nos acompañe a mi esposa y a mí. ¿Le gusta la ópera?

—¿Yo? —Jack se mostró receloso ante la sugerencia.

—Sí, usted. Dígame, ¿le gusta la ópera? Es una ocasión única para estar en Buckingham, y de ese modo, si hacen preguntas sobre cómo va la investigación, pues usted es el hombre idóneo para

responderlas. No se preocupe que no es para tanto. Imagino que la reina no se dirigirá a nosotros.

—Bien, señor; si cree usted que debo estar presente…

—Lo creo. No habrá inconveniente. Hablaré con la persona indicada para organizarlo, ya le diré cómo debe ir vestido. Los dejo que sigan con la investigación, háganme saber en cuanto se presente una novedad.

Jack apretó los labios sin entender lo que acababa de suceder. ¿Él? ¿En el palacio de Buckingham? Era tan inesperado como desconcertante.

—Te has quedado con cara de circunstancia.

El agente solo logró asentir en respuesta sin mediar una sola palabra. Se limitó a inhalar hondo y a sacudir la cabeza.

—¿Qué pinto yo en el palacio de Buckingham con la aristocracia inglesa?

—Ya oíste al comisario: eres quien mejor puede exponer cómo marcha la investigación sobre el incidente del diamante. Pero tampoco creo que te agobien, solo vas a presenciar un pequeño recital de ópera.

—Sí, claro —dijo, pero nunca antes había asistido como invitado al palacio. Se llevó la mano al mentón y permaneció en la misma pose unos segundos.

—Está bien, repasemos otra vez las declaraciones de los Brunswick y la de lady Adler, a ver si encontramos algo —le sugirió Jeremy con la intención de que su compañero olvidara la reunión social por unas horas.

* * *

Violet regresó a casa después de cumplir las horas de trabajo en el hotel. Se encerró en una habitación a la que solo ella podía acceder, a través de una entrada en la parte posterior de la vivienda,

y procedió a cambiarse el atuendo que llevaba puesto hasta volver a sentirse ella misma.

Anthony siempre era testigo de las transformaciones. En ese momento, la observaba quitarse la peluca de rizos, los anteojos, y soltarse el cabello antes de limpiar el tono algo más oscuro de piel que utilizaba para no ser reconocida. Percibió su mirada a través del espejo del tocador.

—¿Y bien? ¿Qué ha averiguado?

Ella sonrió divertida, a la vez que se untaba las manos con crema que extendió por la piel del rostro y el cuello.

—Elizabeth McCloud llegará esta noche. Tendré acceso a la habitación cuando no esté.

—¿Por qué se arriesga tanto?

Ella se volvió con el rostro manchado de blanco por la crema. Se había desprendido de todo el maquillaje: se preparaba para ser ella misma de nuevo. No le había confesado aún el motivo de sus actos, sino que le había dicho una excusa.

—Ya lo sabes. No me hagas repetírtelo.

—¡La emoción de la aventura! El riesgo, el peligro, la adrenalina… A lo mejor debería buscarse un pretendiente, eso sí que la mantendría entretenida. ¿Qué me dice de Jack Ambrose?

Anthony era consciente de lo que el nombre le provocaba. Él no era ajeno a lo que había sucedido en el pasado; de hecho, lo había confirmado cuando el señor Maximilien le había confesado algo que ella desconocía.

Violet desvió la mirada del rostro de Anthony hacia el espejo del tocador cuando lo escuchó pronunciar ese nombre. Contuvo la respiración el tiempo justo para aplacar los latidos del corazón.

—¿Has entregado el dinero en el orfanato? Esos niños y niñas necesitan comida, algo de ropa, y atención médica —le apremió con cierta rabia provocada por el tema del pretendiente, más aún luego de mencionar a Jack. ¿Por qué lo habría hecho?

—Sí, sí. Todo está en orden. Y contacté al perista, también, le conté lo que usted me dijo.

—En ese caso, es cuestión de esperar.

—¿Y si la policía, o, mejor dicho, Jack no da con él? ¿Qué hará? ¿Por qué quiere jugar con él?

—No te preocupes, dará con él. Para mí no es un juego.

—Bien, entonces se trata de una prueba; desconozco el motivo, pero no se lo preguntaré si usted no quiere hablar del asunto. Por cierto, llegó una carta del palacio —le comentó con cierta cautela.

—¿De Buckingham? —Violet Adler se vio sorprendida y elevó una ceja con suspicacia.

—Del mismo —dijo a la vez que se la entregó para que la leyera. La observó hacerlo en silencio y con mucha atención.

—Una velada de música. Estoy invitada mañana por la noche al espectáculo privado de Elizabeth McCloud. —Interfería con el plan original, pero ya se le ocurriría como resolverlo.

—Es arriesgado, mi señora —añadió Anthony al observar cómo lady Adler mantenía la mirada fija en un punto vacío, mientras pensaba en lo que necesitaba hacer y cómo lograrlo. Ella se limitó a sacudir la cabeza sin darle la menor importancia.

—¿Por qué lo dices?

—Porque apuesto a que tendrá que dejar su trabajo en el hotel para venir aquí con tiempo justo para arreglarse y asistir al palacio. Además, quizá, la cantante pueda reconocerla.

—Tú ten el coche listo. La doncella me ayudará a vestirme y todo quedará resuelto. Nadie me reconocerá.

Anthony apretó los labios, asintió y, después de emitir un ligero resoplido, abandonó la habitación muy a su pesar. No iba a lograr convencerla para que, al menos en esa ocasión, no continuara con el papel de ladrona. ¿Qué importancia podrían tener unas joyas? Al final, lograrían descubrirla y caerá en manos de Scotland Yard. Y él no estaba seguro de que fuera eso lo que en realidad buscaba. ¿Por qué intentaba jugar con Jack?

* * *

Jack descendió del carruaje junto al comisario Thibault y su esposa, frente a la fachada del palacio de Buckingham.

—¿Ha visto cómo transformaron el petit hôtel que era en un principio? Me pregunto qué diría John Sheffield, el primer propietario —comentó el comisario mientras admiraba la fachada del palacio.

—Cierto, pero ¿no fue el rey George III quien lo adquirió para convertirlo en una residencia pública? —preguntó la esposa del comisario con relativa curiosidad, mientras observaba como Jack contemplaba el palacio.

—Así fue, querida. En 1762, para ser exactos —dijo al pensar en los años transcurridos desde entonces—. Ha experimentado numerosas reformas y ampliaciones en los últimos años; por ejemplo, en las tres alas que forman el patio central, si te fijas con atención, querida. —El comisario las señaló con su dedo—. Y desde que Su Majestad, la reina Victoria, se trasladó aquí, el palacio se ha convertido en la residencia oficial de la monarquía. Pero apresurémonos. Sería descortés llegar tarde.

Jack Ambrose asintió y avanzó al lado de la pareja. Era una construcción impresionante desde el punto de vista arquitectónico. Inspiró de camino a la entrada sin dejar de preguntarse qué diablos hacia él allí entre la nobleza. Solo era un agente de la ley que, a esas horas, debería estar investigando el último trabajo de la Reina de Diamantes. Pero una orden debía cumplirse.

Violet abandonó el puesto en el hotel cuando llegó la hora de salir. Se las había ingeniado para ver durante un momento a la famosa cantante, y lo que más le había llamado la atención era el juego de esmeraldas que portaba: el collar descansaba sobre el escote del vestido, y se vislumbraban los pendientes bajo el peinado. Sonrió de manera juguetona al pensar en la posibilidad de obtenerlos. Pero ya tendría tiempo para eso. Lo primero era regresar a su casa sin que nadie la siguiera, para luego aparecer en el palacio para disfrutar de la actuación. Cambiaría el disfraz de camarera

francesa por el de lady Adler durante unas horas. ¿Quién sabe si no tendría que volver a cambiarse?, pensó sin poder dejar de sentirse traviesa y divertida ante la posibilidad. Contemplaría la opción a lo largo de la velada en Buckingham. Se trataba de una reunión con la aristocracia, clase social que Violet aborrecía, pero le venía muy bien para averiguar más chismes de la nobleza. Era su difunto esposo quien disfrutaba acudir a esas reuniones; a él solían dirigirle las invitaciones, no a ella. Pero, con su muerte, la aristocracia no la había dejado de lado: la invitaban a todos los acontecimientos relevantes en Londres. Claro que ninguna de sus amistades podría sospechar que, para ella, esas veladas eran solo trabajo.

Llegó con tiempo de sobra. Vio que Anthony tenía preparado el vestido que llevaría puesto. Solo él conocía su secreto, y así debía ser. Cuantas menos personas estuviesen implicadas, mejor. Ascendió por unas escaleras hasta la habitación, allí le aguardaba todo lo necesario para la noche. La doncella la ayudaría a vestirse en un momento. Luego saldría hacia el palacio.

* * *

Jack llevaba un rato en el interior del palacio, aprovechó la ocasión para verlo por dentro, ya que esa oportunidad sería la única que tendría para hacerlo.

—Es bonito, ¿no es cierto? —le preguntó el comisario.

—Lo es. No soy un gran entendido del arte, pero sin lugar a duda este palacio es una verdadera maravilla.

—¿Le gusta la ópera, Jack? —le preguntó la esposa del comisario, Caroline. Una mujer agradable y simpática, había sido atenta con él durante el trayecto hasta el palacio; ya la conocía de otras reuniones. Era la pareja idónea para el comisario, pensaba Jack siempre que coincidían.

—Sí. La verdad es que agradezco que su esposo pensara en mí. Después de todo, uno no tiene la oportunidad de ver y escuchar a Elizabeth McCloud todos los días —le aseguró con una sonrisa.

—Pues no fue lo que me dijo cuándo se lo comenté en la comisaría —comentó el propio Thibault mientras sonreía de forma cínica.

—Sí, pero es que el caso de los robos nos trae de cabeza.

—Sin duda que quién sea el ladrón debe ser muy escurridizo —apuntó la señora Thibault

Jack sacudió la cabeza a la vez que se dirigía hacia el interior del palacio.

—Seguimos con la revisión de los robos anteriores por si logramos encontrar algún indicio que se nos haya pasado por alto.

—Mire, ahí está mi amigo Roger con lord Melbourne; vayamos a saludarlos, querida.

Jack asintió mientras caminaba al lado del comisario. Iba a conocer al primer ministro, no se le había ocurrido que podría suceder. Los dos hombres dejaron de hablar cuando vieron acercarse a la pareja y se prepararon para saludarlos.

—Thibault, qué agradable sorpresa. No estaba seguro de si al final vendrías —le dijo Roger al estrecharle la mano—. Caroline, siempre tan elegante —comentó mientras le tomaba la mano para besarla con galantería.

—Nos honra poder asistir a la recepción de la reina y escuchar cantar a una soprano tan famosa —dijo ella.

—Sin duda, es todo un honor que vaya a cantar para la reina. ¿Conocen a lord Melbourne?

—Hemos coincidido en alguna que otra recepción. Lord Melbourne. —El comisario asintió y estrechó la mano del quien todavía era el primer ministro británico. Había presentado a la joven reina su renuncia al cargo, pero, al parecer, ella no había hecho ningún movimiento todavía. No parecía hacerle mucha gracia la dimisión, se decía que él era el apoyo perfecto para cuestiones políticas.

—Así es —dijo él con una leve sonrisa—. Señora Thibault, mucho gusto.

—Lord Melbourne.

—Caballeros, me gustaría presentarles al inspector Ambrose —dijo el comisario llamando la atención sobre él—. Jack, te presento a lord Wesington y al primer ministro, lord Melbourne.

—Mucho gusto, señores.

—¿Y bien? ¿Qué tal se encuentra Lucy, milord?

—Se retiró al campo por unos días para visitar a su madre.

—El aire rural despeja la mente y aclara los pensamientos —añadió lord Melbourne —. Yo suelo pasar temporadas en mi retiro a las afueras de la capital, cuando busco distraerme de los asuntos de la corte y de la política.

—Una buena opción estos días. ¿Cómo va el asunto de los robos, Robert? Algunas personas están preocupadas —comentó Wesington.

—Si me disculpan, caballeros, iré a saludar a unas amistades que acabo de ver —comentó la esposa del comisario.

Los cuatro asintieron con educación, por lo que Robert Thibault aguardó a que Caroline se alejase para continuar la conversación.

—Estamos haciendo todo lo posible para atraparlo. De hecho, Jack y su compañero son los encargados del caso.

De repente, él se convirtió en el centro de las miradas de los tres hombres. Se limitó a tomar aire antes de dar su versión de los hechos.

—Resulta complicado dar con él, pero tenemos algunas pistas que podrían servirnos.

—Eso es interesante, al menos se podrá tranquilizar a los ciudadanos. A nadie le gusta que le entren a robar, caballeros —destacó lord Melbourne mientras observaba a los dos agentes allí presentes.

—Esperamos no tardar mucho en descubrir quién es el autor, ¿verdad, Jack?

Él no parecía haber escuchado la pregunta del comisario, porque no le respondió en el momento. Tenía la atención centrada en la persona que acababa de llegar, alguien a quien él no esperaba volver a ver tan pronto. La falta de respuesta captó el interés de sus acompañantes.

—Parece que la aparición de lady Adler llamó la atención de tu inspector —dijo lord Wesington con un tono mordaz y risueño—. Es sin duda una mujer muy atractiva.

—Discúlpeme, es que somos viejos conocidos.

—¿Conoce a lady Violet Adler?

La pregunta de lord Melbourne hizo volver en sí a Jack y abandonó el estado de ensoñación.

—Sí, su esposo y yo éramos amigos desde la infancia. Asistí a la boda, y lamenté mucho cuando él falleció.

—Sin duda, fue algo sumamente triste. Para un oficial, regresar herido del campo de batalla es algo trágico. Él no logró superarlo —comentó lord Wesington con mucho pesar.

—Hace un par de días, mi compañero y yo pasamos por el hogar de lady Adler para investigar el último robo.

—¿Está involucrada? —lord Melbourne preguntó con sorpresa.

"Espero que no", respondió el subconsciente de Jack al escucharlo.

—No, no. Fuimos a verla con el propósito de hacerle unas preguntas de rutina.

—Confío en que logren atrapar al ladrón. Si me disculpan, caballeros, he de atender otras conversaciones.

Los tres hombres contemplaron a lord Melbourne alejarse de ellos para ir a saludar a más invitados.

—Me uno al deseo del ministro y espero que pronto logren detenerlo—apuntó lord Wesington.

—Yo también lo espero, antes de que la prensa se nos eche encima.

—Déjame decirte que en este preciso instante no sabría decirte qué prefiero en los periódicos, si el tema de los robos, o la dimisión de Melbourne.

—¿Qué ha dicho Su Majestad al respecto?

Lord Wesington suspiró.

—Por el momento no ha querido hacerle caso. Pero en los círculos más cercanos se comienza a decir que no le quedará más remedio que aceptarla.

—Qué brete más difícil le ha tocado a la joven reina —afirmó el comisario con temor de que se le viniera encima la primera crisis política de su mandato.

—En fin, veremos qué sucede con el paso de los días. Disfruten la velada.

—Gracias. Confiemos en que todo se solucionará sin hacer demasiado barullo.

Jack permanecía atento a la conversación; sin embargo, prefería no opinar sobre el tema. Vigilaba de reojo los movimientos de Violet. Se fijó en que estaba acompañada por Anthony.

—Veo que tu atención permanece fija en lady Adler, ¿es por algún motivo en especial?

El tono del comisario alertó a Jack de inmediato.

—Simple curiosidad. Recién les comentaba que nos conocemos hace años.

—Espero que no sospeches de ella. Es sin duda una de las mujeres más agasajadas dentro de la aristocracia desde que enviudó.

Jack giró el rostro como si el comisario acabara de accionar un interruptor.

—No, claro. Ni de ella ni de ninguna otra persona, es muy pronto. Jeremy y yo todavía no terminamos de revisar los casos anteriores.

—Antes dijiste que tenías una pista que seguir.

Jack apretó los labios y asintió con gesto de *mea culpa*.

—Lo dije porque estaban lord Melbourne y lord Wesington.

El comisario abrió la boca y asintió.

—Entiendo. En ese caso…

—Como le hemos dicho, nuestros confidentes buscan información para nosotros en las calles de Londres. Por el momento, toca esperar un poco.

—Bien… Dejemos que todo siga su curso y vayamos a saludar al resto de los invitados.

—Me parece lo más acertado.

* * *

Anthony acababa de ver a Jack hablando con lord Melbourne y otros dos caballeros cuando entró en el salón. No estaba seguro de si su señora también se habría dado cuenta.

Violet pareció sentirse atraída hacia la presencia de Jack como si fuera un imán. Se veía elegante con el traje apropiado para la ocasión. Apuesto e interesante, se dijo con una pérfida sonrisa. Le convenía estrechar lazos con él para conocer qué avances realizaba hacia la detención de la Reina de Diamantes.

—Veo que ya notó la presencia de Jack —le comentó Anthony al ver que ella no apartaba la mirada del agente. La manera en la que lo observaba confirmaba lo que él ya conocía por las conversaciones mantenidas con su difunto señor.

—Me llama la atención que se encuentre aquí.

—Tal vez, el primer ministro quiera saber cómo van las investigaciones.

—No creo que la cabeza de lord Melbourne esté centrada en ese tema precisamente —le aseguró.

—Aun así, debería tener cuidado, señora.

—¡Oh, por favor, Anthony! Estamos en Buckingham, en presencia de la reina. Nos han invitado a escuchar cantar a Elizabeth McCloud, que está por hacer su aparición, por cierto. Jack y yo somos amigos desde hace mucho tiempo —le dejó en claro, arqueando las cejas.

—Lo sé, señora.

"Eso es lo que me preocupa, su amistad. Que la ponga en serio peligro por un juego, por querer llamarle la atención después de tanto tiempo."

Jack no perdía de vista a lady Adler a pesar de que, en ese instante, la conocida soprano entraba en escena y se detenía ante la reina Victoria para mostrarle sus respetos. Justo entonces, Violet volvió el rostro en dirección a él: sus miradas se encontraron. Durante un fugaz momento, él percibió una encantadora, pero enigmática sonrisa. Tuvo la impresión de que algo se le estancaba en la garganta; tragó con fuerza. Inclinó la cabeza a modo de saludo, que ella correspondió. Tenía la impresión de que podía intuir cómo la observaba.

—Va a dar comienzo la actuación, deberíamos tomar asiento —le comentó el comisario. Caroline ya había ocupado un asiento. Aguardaba a que él también lo hiciera.

Jack se fijó en que no había demasiada gente: solo los más allegados a la corona, junto a parte de los estamentos públicos. Era ahí donde entraba él. Entendía que el comisario hubiera acudido acompañado por su esposa, pero lo suyo era algo impensable a todas luces. ¿Habría sido cosa del primer ministro? ¿O de lord Wesington? Se preguntó, ya que el primero parecía llevarse bien con el comisario. En cualquier caso, era momento de concentrarse en la actuación de Elizabeth McCloud. En cuanto a lady Adler, tal vez tendría ocasión de charlar con ella.

Capítulo 4

Una vez concluida la actuación de la soprano, Violet y Anthony volvieron a entremezclarse con los invitados. Ella experimentaba un extraño e incesante hormigueo por todo el cuerpo. Tal vez, se debiera a la emoción de estar en el mismo lugar que la reina. Quizás, se debiera a la presencia de la soprano y al reluciente collar de esmeraldas que lucía. ¿O, por el contrario, tendría que ver con Jack Ambrose? Él era un asunto con el que no contaba, pero que tendría que empezar a tener muy en cuenta. A medida que lo observaba comprendía que el hombre se sentía algo fuera de lugar, como si aquel sitio no fuera el suyo. Cierto que él no solía relacionarse con la aristocracia inglesa, sino todo lo contrario, solía hacerlo con la gente de la calle, de los bajos fondos: soplones que le pasaban información de los casos que investigaba. En ese instante, lady Adler se dio cuenta de que volvía a contemplarla.

Jack sintió la obligación de saludar a Violet cuando ella lo sorprendió mientras la miraba con interés.

—Voy a saludar a lady Adler —le comentó al comisario mientras él y su esposa charlaban con otras personalidades. La presentación de Elizabeth McCloud había concluido y la gente formaba grupos para intercambiar pareceres.

Jack no quería ser descarado al observarla, pero le resultaba inevitable. La vio intercambiar algunas palabras con Anthony. Su imagen actual no era la que él recordaba. El paso del tiempo parecía acentuar su atractivo. Aunque no lo quisiera admitir, le parecía bonita. Estaba vestida de manera elegante, en un tono color vino que sin duda la favorecía. Un corpiño ajustado de manera exquisita

le realzaba el busto y le estilizaba la cintura. El escote era recatado, sin dejar a la vista nada más que lo permitido en la ocasión. No olvidaba que era una viuda ni que la gente era muy dada a observar esas peculiaridades. Le dio la impresión de que su mirada era como un de imán que lo empujaba hacia ella, todavía ejercía una poderosa atracción en él, a pesar del tiempo que hacía que no se veían. Se detuvo e hizo una leve inclinación como muestra de cortesía.

—Lady Adler.

—Agente Jack Ambrose —dijo ella con cierta diversión al tenerlo de frente a escasos centímetros. La presencia del hombre parecía llenarle todo el campo de visión. La obligó a elevar el mentón para poder contemplarlo mejor. El tiempo parecía haberlo tratado mejor que a ella. Lo vio fruncir el ceño y, a continuación, esgrimir una sonrisa.

—Esta noche no vengo en calidad de agente, lady Adler. Con Jack, bastaría.

Ella emitió un sonido de aprobación.

—Entonces, deberías llamarme por mi nombre. Te recuerdo que somos amigos desde hace tiempo. Del mismo modo que a Anthony. —Desvió la conversación y la atención de él hacia el mayordomo, la ponía intranquila el hecho de que no le quitara los ojos de encima.

—Sí, también nos conocemos. ¿Cómo le va? —Jack extendió el brazo para estrecharle la mano.

—Señor, celebro verlo por aquí.

—Gracias.

El sonido de la música captó la atención de los invitados, que se apuraron para acudir al baile. Jack se debatía si debería invitarla, ya que no estaba seguro de tener la suficiente confianza como para hacerlo, a pesar de que, como ella le recordó, eran amigos. Pero entonces, alguien se le adelantó.

—Lady Adler, ¿me concede este vals?

Ella sonrió encantada, se inclinó y extendió un brazo hacia el caballero. Se alejó de los dos hombres, no sin antes mirar una última vez a Jack. Él observó como la pareja se dirigía hacia el centro del

salón para disfrutar del vals bajo la curiosa mirada de Anthony, quien decidió aprovechar la ocasión para hacer alguna que otra pregunta con respecto al caso.

—¿Cómo marcha la investigación? ¿Lograron averiguar algo acerca del robo del diamante?

Jack apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Lamento no poder satisfacer su curiosidad, Anthony. Entienda que…

—Sí, claro. La investigación sigue en curso.

—¿Y usted? ¿Sabe algo que nos pueda ser de ayuda?

—No más que lo que les contó ella —aseguró con un leve gesto.

—Entiendo. Dígame, ¿cómo le van las cosas a Violet? Reconozco que hace mucho tiempo no la visito; en general, por motivos de trabajo.

—Es verdad. Cuando falleció el señor, usted pasaba por casa con frecuencia, y de pronto dejó de hacerlo.

—Como le digo, Anthony, el trabajo absorbe la mayor parte de mi tiempo —le mintió, consciente de que no sospecharía el verdadero motivo por el que dejó de visitarla—. Ella, ¿se encuentra bien?

—El tiempo parece curar de a poco la herida, como puede ver. Han pasado tres años desde aquel fatal acontecimiento. Lady Adler se recupera cada vez más.

—Me alegra mucho saber que se encuentra mejor. En fin, iré a dar una vuelta para despejarme. Este lugar no es propio de mí.

—¿Qué hace aquí, entonces, si se puede saber?

—Eso mismo me pregunto desde que llegué. Pero el comisario insistió en que asista, y aquí me ve —dijo mientras sonreía con un leve gesto de la cabeza. No quería estar presente cuando ella regresara de la pista de baile, prefería alejarse de allí en ese momento.

—Celébrelo, uno no tiene la ocasión de visitar el palacio de la reina todos los días, ni de escuchar a una soprano como Elizabeth McCloud. ¿No esperará hasta que vuelva lady Adler?

—Hablaré con ella en otra ocasión. Con permiso.

—Como quiera.

Anthony lo vio desaparecer entre los invitados. No logró sacarle un gran provecho la conversación con respecto al caso, pero logró averiguar algo de índole más personal. Sus sospechas se habían visto reforzadas con el paso del tiempo; una vez el señor Maximilien le contó el secreto de su esposa y cómo había sido la relación de ella con el agente. Sin duda, ciertos comportamientos por parte de Jack así lo corroboraban. Pero ¿y su señora? Se cuestionó al observarla bailar en brazos de un caballero. Se comportaba de una forma testaruda al insistir en atraer a Jack hacia ella con el tema de los robos, ¿acaso era la manera de hacerle ver lo que sentía? Esos dos conseguirían volverlo loco.

* * *

Jack decidió aprovechar el momento para admirar la decoración del salón. Cualquier cosa era bienvenida con tal de sacarse de la cabeza a lady Adler. De repente, huía como un cobarde debido a lo que ella le causaba. Entonces, ¿por qué diablos decidió visitarla la otra mañana? Sabía de sobra que ella no tenía nada que ver con el robo del diamante, ni con el cuadro en casa de los Attembough, ni con… Sacudió la cabeza, no quería pensar en los casos ahora mismo. No estaba de servicio, así que ya podía ir a buscar alguna distracción.

Violet Adler regresó junto a Anthony. Lo encontró solo.

—¿Adónde se ha marchado, Jack?

—Dijo que iba a dar una vuelta, que necesitaba despejarse, porque, después de todo, no está en su ambiente —le resumió el mayordomo.

—Vaya. Esperaba conseguir algo de información con respecto al caso, saber si sospechan de alguien.

—No creo que le diga nada, señora.

—¿Por qué? —Violet frunció el ceño y lo contempló intrigada—. ¿Ya lo has hecho tú?

—Así es. Saqué el tema y afirmó que es algo oficial. No puede decir nada.

Violet elevó las cejas y sonrió con una mezcla de diversión e ironía.

—Lo entiendo, aunque, si tengo la oportunidad, lo intentaré. Tal vez a mí me cuente algo.

—Como guste. ¿Aún piensa en las joyas de la soprano? —Anthony hizo una leve inclinación con la cabeza en dirección a Elizabeth McCloud.

Violet inspiró hondo para a continuación suspirar.

—Todavía no lo tengo resuelto, pero supongo que algo se me ocurrirá. Imagino que esta noche permanecerá en el palacio por petición expresa de Su Majestad.

—¿No se le habrá ocurrido…? —Anthony se mostró alarmado ante la posibilidad de que a ella se le ocurriese intervenir.

Ella dejó escapar una carcajada al ver el semblante de él.

—¿Por quién me tomas? ¿Cómo puedes llegar a pensar que voy a actuar en el propio palacio de Buckingham? Aunque, bien pensado, es algo que nadie esperaría. Admito que me gusta el riesgo y la aventura, pero no al punto de que mi cabeza esté en juego.

—Pero usted sabe que ella se marcha mañana.

—Tendrá que regresar al hotel para recoger sus pertenencias. Será entonces cuando valore mis posibilidades —le dejó en claro, mientras lo palmeaba en el antebrazo para tranquilizarlo.

Anthony pareció respirar aliviado. No obstante, no estaría tranquilo hasta que no pasaran unos días.

—Sabe que su amigo tiene las riendas del caso. —Ella asintió sin mediar palabra y lo contempló con total naturalidad—. ¿Está segura de lo que hace?

—Tener cerca a mis enemigos. Te lo dije.

—Tenga cuidado de no acercarse demasiado, ¿quiere? —Anthony entornó la mirada, temía que ella se descuidara por estar pendiente del inspector.

—Tanto como él me lo permita, esa es mi finalidad. Pero no temas, si no me equivoco, Jack no se acercará demasiado.

Violet mudó el gesto a una expresión sombría. Sabía por qué lo decía. Él no se arriesgaría y, de hacerlo, sin duda alguna, la sorprendería para bien. En el pasado, no lo había hecho, de modo que ella tomó una decisión que nunca había deseado.

* * *

Jack recorría la parte del palacio cuyo acceso estaba permitido a las visitas. La actuación de la soprano había concluido, por lo que su interés en estar allí era escaso. Caminaba por el amplio pasillo decorado con toda clase de lujos, como espejos con amplios marcos de ¿bronce? ¿o tal vez de oro? No podía decidirse detenido ante uno. Contempló la imagen reflejada y sonrió con timidez. Cerró los ojos un segundo mientras sacudía la cabeza al pensar en que cualquiera que se fijara en él notaría su comportamiento infantil. Abrió los ojos para divisar la imagen de Violet Adler que se acercaba con gesto risueño. Cerró las manos en sendos puños para tratar de controlar los nervios. ¿Qué clase de jugada le deparaba el destino? ¿Por qué reaparecía en su vida después de tanto tiempo? Había llevado una rutina de algún modo placentera mientras no la tuviese cerca ni pensara en ella. Renunció a cualquier posibilidad de tenerla hacía años; además, estaba seguro de que era lo mejor para ambos.

—No esperaba encontrarte sonriente delante de un espejo, Jack.

El comentario lo dejó algo cohibido.

—No me miraba a mí, contemplaba el marco. Me preguntaba si era de bronce o de oro; no soy tan vanidoso.

—Supongo que será de oro. Estamos en el palacio de Buckingham. ¿Acaso crees que escatiman en gastos y lujos? —Arqueó una ceja con suspicacia. Al ver que él no era capaz de emitir palabra, continuó ella la conversación—. ¿Qué te ha parecido la actuación de Elizabeth McCloud?

Jack bajó la mirada al suelo un segundo, quería tomarse un momento para recuperar el aplomo que ella lograba robarle. Logró levantar la vista y permaneció absorto al contemplarle el rostro: lo tenía tan cerca que podía sentir la fragancia de su perfume. Pero lo que más le llamó la atención fueron, sin duda alguna, los labios. Los mantenía entre abiertos, como si fuese a añadir algo más.

—Una gran actuación, sin duda alguna. ¿Y a ti? Imagino que estarás más acostumbrada a asistir a eventos de este tipo que yo.

—Maravillosa. Desconocía que fueses aficionado a la ópera.

Jack comenzó a sentirse algo más cómodo al encontrarse en una conversación informal.

—Sí, aunque por mi trabajo no me doy demasiados lujos.

—En ese caso, la velada ha sido todo un acontecimiento.

—Sin duda alguna, escuchar a una cantante como Elizabeth McCloud en el mismo palacio de Buckingham, no es algo que un agente como yo pueda hace a menudo.

—Sin embargo, presiento que no estás cómodo. Te noto algo distante. ¿Me equivoco? —Violet elevó una ceja con suspicacia. Lo había observado y se había dado cuenta de que no sabía qué hacer. Notó que se limitaba a asentir con la cabeza cuando lo saludaban, pero no se detenía a hablar con los invitados. Ese no era el lugar de Jack Ambrose, pensó con seguridad.

—*Touché*. Este no es mi ambiente.

—¿Has pensado en la posibilidad de que se produzca un robo aquí durante la noche?

—¿Por qué lo dices? —El agente se puso en alerta ante semejante insinuación.

—Por el del diamante.

—No creo que a nadie se le ocurra. Estamos en el palacio de Buckingham, hay demasiados guardias y personal de seguridad.

—Por eso mismo lo decía. Sería todo un atrevimiento que la Reina de Diamantes actuase.

—¿De dónde has sacado el nombre? —Jack entrecerró los ojos mientras la contemplaba con curiosidad y precaución, ya que no recordaba haber comentado nada al respecto la otra mañana. Se inclinó sobre ella llevado por el fulgor del momento.

Ella dio un paso atrás al notar el movimiento, el decoro así lo requería. Mucho más en un lugar como aquel, donde había tanta gente que miraba a los invitados con el firme propósito de rumorear. Si se hubiesen encontrado a solas en otra parte, ella no habría dudado en permanecer quieta, pero, en ese momento, se limitó a sacudir la cabeza y a encoger los hombros.

—La prensa. Le dieron ese nombre porque dejaba como firma un naipe —le explicó de inmediato, y se relajó al verlo dar un paso atrás —. ¿Por qué reaccionas así? ¿Acaso pensabas que era cosa mía?

Jack se sintió molesto consigo mismo por delatarse. Frunció el ceño y apretó los labios con fuerza.

—Disculpa mi reacción, Violet. Es que no me había percatado del detalle de la prensa. Tienes razón: al parecer todos se refieren al ladrón por ese nombre. —La miró avergonzado con los brazos a los costados, mientras abría y cerraba las manos sin saber qué decir para arreglar el malentendido.

—No hace falta que te disculpes, Jack. Entiendo tu reacción, cómo iba a conocer yo a semejante sujeto.

—Me ha sorprendido que lo nombraras ahora, pero no la otra mañana que pasamos por tu casa.

—Leí lo del robo del diamante en el periódico. —Ella reaccionó al momento, y extendió un brazo con la mano abierta para dejar claro que lo detendría si se le ocurría volver a acercarse.

—Lo cierto es que con los periodistas uno no se puede guardar nada —ironizó con una sonrisa, aunque seguía nervioso por la cercanía entre ellos.

—Sí, uno debe ser muy cuidadoso. —Se quedó pensativa—. Supongo que te preguntarás por qué la Reina de Diamantes hace lo que hace.

La mirada entornada de ella lo alertó. No lograba conducir la situación a su terreno, le parecía que era ella quien la manejaba a su antojo. Sin embargo, notó que hablaban del asunto con total naturalidad. Además, no iba revelarle ningún dato sobre la investigación.

De manera lenta e imperceptible, ambos paseaban por el salón, ajenos a los comentarios y a las miradas de los demás. Como si en verdad estuviesen solos.

—No sabría darte una respuesta acertada. Pero no creo que arriesgue la vida en vano.

—¿Crees que corre ese riesgo?

La observó parpadear al hacerle la pregunta. ¿Por qué la contemplaba de nuevo de una manera tan personal? Aún la consideraba una mujer bella, cuyas atenciones en el pasado le dieron qué pensar.

—Siempre que actúa tiene una posibilidad de ser reconocido o de que alguien logre detenerlo. Pero es demasiado escurridizo.

Ella lo observó sacudir la cabeza y apretar los dientes con una expresión de rabia. Trató de no sonreír al verlo tan desconcertado y tan lejos de poder lograr atraparla. Solo lo conseguiría si ella se lo permitía. A lo mejor con el paso del tiempo él tendría otra actitud con respecto a lo sucedido años atrás, cuando él aún inexperto y a ella no le estaba permitido hacerle saber que estaba interesada en él.

—Eso parece, ya que Scotland Yard no logra atraparlo.

Jack asintió.

—Espero que lo logremos pronto. Deberíamos dejar de hablar del tema; tal vez, te estoy aburriendo.

—No, no lo haces, al contrario. Me parece interesante conocer la labor de la policía. No creas que en mi vida hay mucha emoción. —Sonrió tímida y bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas.

—Soy consciente de la pena y el dolor que te dejó Maximilien.

—Te lo agradezco; el tiempo me ayuda a sobreponerme.

—Es cierto; hay que ser paciente. No logro entender cómo se le ocurrió hacer algo así. —La vio cambiar el gesto y mostrar una expresión de pena, lo que llevó a Jack a dar un paso arriesgado—. ¿Quieres salir a los jardines? Me siento responsable por tu tristeza.

Violet sacudió la cabeza.

—No te disculpes, por favor. Es lógico que me apene hablar de Max, sé que debo superarlo, pero… —Inspiró para intentar recomponerse bajo la atenta mirada de él—. La vida es así. ¿Qué decías de los jardines?

—Me preguntaba si querrías dar un paseo. —Jack necesitaba salir del palacio. Pensaba que tomar algo de aire le haría bien; le serviría, al mismo tiempo, para aclarar la mente. Intentaría encontrar un tema de conversación que no tuviera a Max como protagonista, tampoco quería seguir con el tema de los robos.

Violet debía sobreponerse en ese momento en el que el recuerdo de su esposo fallecido la abrumaba. Había una mujer afligida que habitaba en ella y de la que no podía desprenderse. La esquiva sombra tras la que iba Scotland Yard no era sino una creación para sobrellevar la ausencia de Maximilien, una especie de refugio contra el dolor que la atenazaba en la soledad del hogar que compartían. Hasta que supo que Jack era quien llevaba la investigación adelante. Entonces todo cambió, y se propuso algo que en el momento consideró una locura, una extravagancia, pero que, al tenerlo frente a ella, ya no le parecía así. Era un pedido del corazón.

Abandonaron el palacio en dirección a los jardines.

—Se dice que son los más grandes de Londres —comentó Violet con admiración.

—No me extraña, ahora que veo el vasto terreno.

—Aseguran que la reina Victoria celebra fiestas y recepciones aquí, siempre que el clima acompaña. Hay, incluso, un lago artificial que se nutre con agua del Serpentine, además de una infinidad de obras de arte.

—Veo que los conoces a la perfección.

—Es consecuencia de nacer en el seno de una familia acomodada, y luego casarme con un oficial condecorado. Max supo cultivar muy buenas relaciones sociales —confesó con una tímida sonrisa, como si esa información la hiciera aparentar ser más que él.

Jack asintió, con la atención fija en la gente que paseaba por el jardín. A pesar de que la tarde caía para dejar paso a la noche, la iluminación de las lamparillas diseminadas a lo largo del parque, junto con la luz de la luna en un cielo despejado, hacía que el momento fuera perfecto.

—Dime, ¿qué has hecho en todo este tiempo? Dejaste de pasar a visitarme de repente.

Jack caminaba con las manos entrelazadas en la espalda y la vista fija en el césped bajo los zapatos. Sacudió la cabeza y frunció los labios.

—Siento haberlo hecho de ese modo, pero el trabajo de agente de la ley te tiene en vilo todos los días. No hay descansos, ni vacaciones.

—¿Por qué lo elegiste? Nunca te escuché mostrar interés en la profesión, ni tampoco Max.

—Siempre me gustó la idea de resolver misterios para hacer la vida de la gente algo más tranquila: sin sobresaltos, ni delincuencia. Resulta algo complicado en estos días.

—¿Por qué no el ejército como hizo Max?

—Lo pensé también. Recuerdo el día que él me comentó que entraría en la academia militar. Me preguntó si no me atraía la idea. —Jack evocaba esos días con cierta nostalgia.

—¿Todavía sigues soltero? —La pregunta se escapó de sus labios sin haberla meditado y sorprendió a Jack por la cara que puso al volver el rostro hacia ella.

—Sí. Así es. —Tomó aire, realmente no esperaba que Violet le preguntara algo así.

—¿Ni te has comprometido?

—Tampoco —le refirió mientras ahogaba las risas que el interrogatorio le provocaba.

—Pretendes permanecer soltero.

A él le gustó la mirada que ella le dirigió, tenía una mezcla de curiosidad e ironía.

—No sabría qué decirte.

—Pero ¿has buscado a una mujer? —Violet entornó la mirada hacia él con intensidad. Una mezcla de curiosidad y picardía parecía brillarle en los ojos.

—Lo cierto es que mi tiempo para hacerlo es muy limitado —confesó mientras reía de sus propias palabras. Ella, al verlo, comenzó a reír también. Solo existía una mujer para él, una a quien le habría pedido matrimonio sin dudar. Pero las posibilidades de ser aceptado eran más bien nulas, más al saber que Max iba a pedirle permiso para cortejarla. Entonces, decidió apartarse y renunciar a ella. Prefería mantener la amistad con ambos.

—¿No te han presentado a nadie que llame tu atención? Hoy en día los padres buscan cerrar un acuerdo matrimonial en cuanto la hija tiene edad para comprometerse.

—Según lo que describes, da la impresión de que se trata de una simple transacción bancaria.

—Llámalo como quieras, pero es así. Un acuerdo.

—Sí, por desgracia así es.

Ella se detuvo en seco y se volvió a observarlo, intrigada por aquellas palabras.

—¿Por desgracia, dices?

—Por desgracia, porque debería haber otros motivos para unirse a una persona. Por ejemplo, las jóvenes en edad de casarse quieren hacerlo con alguien por quien sientan algo, y que el sentimiento sea correspondido; no solo por unir a dos familias. ¿Max y tú hicieron eso? ¿Tu matrimonio fue la clase de acuerdo que defines?

Ella de a poco cambió el gesto a medida que lo escuchaba. Se humedeció los labios, sin saber si se debía a los nervios por la cercanía del agente. Ahogó una risa y observó como él modificaba la

postura.

—No te lo tomes a mal; no me rio de ti, sino que me sorprende escucharte hablar de ese modo de las relaciones. Y sí, es cierto que mi unión con Max fue acordada por nuestras familias. Mis padres, que en paz descansen, aceptaron cuando pidió mi mano en matrimonio. Pero claro, al tener en cuenta la nobleza de la familia de él…

—Entiendo que mi forma de pensar pueda parecerte rara, pero me rehúso a ver al matrimonio como a la compra de una yegua.

—De acuerdo. La mayoría de los hombres buscan una mujer que les dé un heredero para seguir con el linaje de la familia.

Jack la comprendía.

—Por suerte soy un hombre de pueblo llano. No poseo ningún título aristocrático que tenga interés en perpetuar para la posteridad, ni grandes posesiones, ni una fortuna como dote.

Ella se quedó paralizada al escucharlo. Ese era el verdadero motivo por el cual no la cortejó, porque no tenía un linaje aristocrático como ella.

—Entonces, ¿qué es lo que pretendes conseguir?

Sonrió de manera abierta, con un toque de ilusión.

—Un imposible, Violet.

Ella ladeó el rostro y experimentó un pálpito en el pecho.

—¿Una relación por amor? Pero eso es algo complicado de encontrar. ¿No temes quedarte solo?

Lo vio sonreír y encogerse de hombros ante ese comentario.

—La verdad, me importa poco. De todas formas, tampoco me queda mucho tiempo libre para buscar una esposa, como te he comentado. De hacerlo, será una mujer sencilla como yo, la relación estará basada en los sentimientos, en vez de en un título. De todas formas, bastante tengo con intentar atrapar al escurridizo ladrón. Solo espero que eso no sea un imposible, y que al final logre detenerlo —dijo, convencido de que así sería.

—¿Qué le dirás cuando lo hagas?

Lo vio levantar la mirada hacia el cielo estrellado y luego suspirar mientras volvía a mirarla.

—No lo sé. Mi cometido como agente de Scotland Yard es detenerlo. —Se quedó con la mirada fija en los ojos de Violet, pensó que podrían competir con el mismo brillo de las estrellas por la noche. La manera en la que lo miraba era única, intimidante y lo hizo volver en sí—. ¿Te parece bien que regresemos al palacio?

Ella se limitó a asentir sin poder decir una sola palabra más. Se había propuesto sonsacarle información sobre el caso de la Reina de Diamantes; sin embargo, no esperaba que la conversación pudiese afectarla de ese modo. Se dio cuenta de que Jack Ambrose podría ser más peligroso para ella como mujer que como experta ladrona, se dijo mientras regresaban al interior del palacio. Pero no le importaba en lo más mínimo porque estaba segura del camino que había elegido.

Capítulo 5

Jack dejó a Violet en compañía de Anthony. Se despidió con la promesa de volverse a ver en otra ocasión. Se alejó en busca del comisario y su esposa entre los invitados. Los vio en plena conversación. Enseguida, escuchó que charlaban sobre el último robo producido en la ciudad. El comisario Thibault se volvió hacia Jack cuando se unió al grupo.

—Aquí tenemos a uno de los oficiales encargados del caso, damas y caballeros.

Jack asintió en silencio mientras observaba al grupo de personas.

—¿Qué puede decirnos del robo? ¿Por qué ha vuelto a producirse después de tanto tiempo? Se suponía que la Reina de Diamantes se había retirado —resumió un hombre de pelo encanecido y aspecto regio con la mirada fija en él.

—Así es —corroboró Jack—. Pensábamos que se habría retirado después de cometer el anterior atraco.

—¿Alguna pista de quién lo hizo? —intervino otro hombre, uno más joven con una mirada inquisitiva.

—No. No tenemos ninguna pista, simplemente desapareció de la escena.

—Y ahora al parecer ha regresado.

—Me temo que sí.

—Confiamos en poder atraparlo en esta ocasión —intervino el comisario con la intención de echarle una mano al agente, que no parecía muy dispuesto a dar explicaciones con respecto al caso. Tampoco podía, al ser un asunto policial. Era cierto que el tiempo en el que estuvo inactiva se habría debido a algo, al igual que el

regreso. Pero ¿cómo saberlo? La mirada del agente parecía perdida, pero nada más lejos de la realidad, ya que en ese instante observaba a lady Adler bailar, conversar y sonreírle a un caballero.

—Veo que tiene interés en la viuda Adler. ¿Se debe a algún motivo en especial? —le preguntó el comisario—. Los he visto juntos.

—Ninguno. Nos conocemos desde que mi amigo Maximilien comenzó a interesarse por ella.

—Una mujer hermosa.

—Sí. Lo es.

El comisario entrecerró los ojos al contemplar el semblante del agente. ¿Qué significaba esa forma de mirarla? Entendía que ella llamase la atención de los hombres, pero había algo diferente en la mirada de Jack Ambrose, algo que al comisario le despertaba curiosidad.

—No ha vuelto a contraer matrimonio desde que enviudó hace ya casi tres años, creo recordar. No le han faltado atenciones, posee candidatos de sobra —señaló Robert.

—¿Por qué debería hacerlo querido? —preguntó con evidente sorpresa Caroline.

Jack entendió de inmediato la reacción de la mujer, pero se limitó a escuchar la opinión del comisario.

—Porque es una mujer atractiva desde muchos puntos de vista: adinerada, posee una reputación intachable, además su difunto esposo tenía muy buenos contactos en la sociedad civil y en el ejército —señaló el comisario.

—Tiene relación con gente cercana a la joven reina. Por eso está aquí esta noche.

—¿Insinúas que quienes han pretendido su mano lo que en verdad buscan es subir en el escalafón social, querida?

—Es posible. Aumentar las posesiones también, pero, sobre todo, estar cerca de Su Majestad. Eso es impagable.

—Entiendo.

Así que, durante los años que hacía que no la veía, Violet se había vuelto cercana a la reina, repasó Jack sin dejar de contemplarla mientras terminaba de bailar. Se mostraba galante con su pareja. Violet le seguía pareciendo una mujer hermosa, más que cuando él la conoció, pero también se veía algo más enigmática. Misteriosa, se dijo.

* * *

Ella regresó al lado de Anthony luego de bailar una pieza más. De todos modos, la danza no conseguía que dejase de pensar en la conversación que tuvo con Jack Ambrose. ¿En serio, él creía en el amor en un matrimonio? Permanecía pensativa, ajena a lo que sucedía a su alrededor, hasta que alguien le tocó el codo. Volvió la atención a Anthony, quien le hacía un gesto hacia el renunciante ministro lord Melbourne.

—No había tenido ocasión de saludarla, lady Adler —le dijo y le tomó la mano para darle un beso—. Anthony, siempre tan leal.

—Señor.

—Supongo que estará muy solicitado, lord Melbourne, después de que aseguran que deja el cargo. ¿Qué hay de cierto en esos comentarios, señor?

La pregunta ya le resultaba tan esperada que apenas lo afectó.

—Me temo que sí. Creo que ha llegado el momento de hacerme a un lado y de que Su Majestad nombre a otro primer ministro.

—¿Qué hará a partir de ahora?

—Sencillo: voy a retirarme a mi casa en las afueras, cultivar mis plantas, dar largos paseos por la finca y, sobre todo, recibir las visitas de mis amistades —le resumió.

—Parece tenerlo muy en claro.

—Es cierto. Pero también me encuentro algo cansado de la vida política. Por la joven reina no debe preocuparse, mi intención es mantener nuestra buena amistad. Y siempre estará rodeada de excelentes consejeros.

—Lo entiendo a la perfección. No resulta sencilla, la vida en la corte.

Lord Melbourne sonrió por el comentario o tal vez por el tono que ella empleó.

—Tiene razón lady Adler, no se lo recomiendo. Celebro verla tan bien. Si me disculpan.

Lo vio alejarse y lo siguió con la mirada hasta que desapareció del campo de visión.

—¿De verdad crees que la vida en el palacio es aburrida? —le preguntó a Anthony mientras esperaba que la contradijera.

—Depende de la persona. Tal vez, lo sería para la otra mujer que habita en usted; si me entiende… —le refirió con un gesto elocuente y una sonrisa muy significativa.

—Entiendo. —Asintió con gesto comedido —. ¿Qué más sabes de la renuncia de lord Melbourne?

Anthony inspiró incómodo ante la pregunta, se hinchó como si fuese un pavo real, y a continuación soltó todo el aire.

—Las malas lenguas aseguran que existe cierta afinidad entre la joven reina y milord.

—¿En qué sentido?

—En el que se imagina. No voy a dar más detalles. Menos aquí, hay demasiados oídos.

—¿En serio? ¿Me estás diciendo que lord Melbourne renunció al cargo por esos comentarios? —Violet arqueó las cejas para darle a entender a Anthony que le parecía increíble—. ¿Amantes? —dijo en un tono casi inaudible.

—No soy quién para asegurarlo.

—¿Y quién lo sustituirá?

—Ha surgido el nombre de Robert Peel, pero parece que la situación general causó una crisis entre las damas de cámara de la reina. Asuntos políticos, nada más. ¿Qué tal le fue con Jack Ambrose? —Hizo un ligero gesto con la cabeza para obligarla a que lo mirase.

Por unos segundos Violet Adler no dijo una sola palabra, sino que se limitó a contemplar a Jack, a la vez que rememoraba una vez más las ideas del agente en relación a las relaciones entre el hombre y la mujer.

—Tuvimos una conversación normal y muy amena.

—¿Le ha contado algo acerca de su amiga la ladrona? —Anthony sonrió con sarcasmo.

—No. Bueno, sí, que espera atraparlo, claro está. Él considera que es un hombre la Reina de Diamantes y, además, está algo perdido con el asunto de los robos.

—Bueno, eso la favorece. De todos modos, creo que debería abandonar esta actividad.

—¿Y aburrirme, como señala lord Melbourne? —Abrió los ojos al máximo y el gesto se volvió de sorpresa e incomprensión.

—Pero…

—La abandonaré cuando logre mi objetivo.

—¿Y si fracasa? ¿No tiene miedo de que él pueda descubrirla? El inspector parece estar dispuesto a hacerlo. Es su trabajo, señora. ¿Y si llegase el caso de…?

Violet Adler sonrió ante la insinuación que iba a hacer, y de esa manera logró que Anthony se callara.

—Eso hace que me divierta todavía más —aseguró risueña al ver temor en la expresión de Anthony. ¿Qué pretendía hacer? Estaba tentando a la suerte—. Si llegase el momento en el que se acerque demasiado, dejaré de lado esa actividad. No me gustaría que supiera que soy yo: por la amistad que tenemos desde hace años y por la memoria de Max —le aseguró con una seriedad que le costó mantener ante él. Pero en verdad solo lo dijo con la intención de tranquilizarlo, ya que para lograr su objetivo dependía de la

capacidad de Jack como agente; si no llegase a desenmascararla, ¿cómo podría elegirla? ¿Cómo podría hacerle ver lo que todavía sentía?

Anthony se limitó a asentir con los labios apretados. No la veía convencida, después de todo. No; si seguía enamorada de él.

* * *

Jack acudió al hotel tan pronto como se enteró de la noticia. Jeremy no había perdido tiempo. Se había presentado en casa de su colega para ponerlo al día de lo sucedido.

—Cuando el comisario me lo contó, no lo podía creer. Pero, después, al pensarlo en frío en el carruaje de camino a buscarte, me convencí de que era de esperarse —le comentó Jeremy a su compañero, quien tenía una expresión mezcla de rabia e incredulidad mientras aguardaba que el director del hotel se personase.

Un hombre, cuya edad era incalculable en ese momento porque el disgusto por lo sucedido se le reflejaba en el rostro, se presentó ante los dos agentes. Estaba pálido y sudaba de manera copiosa. Se llevaba con frecuencia el pañuelo a la frente para secarse.

—Somos los agentes de Scotland Yard, O'Rourke —dijo presentando a Jeremy—, y Ambrose.

—Soy el director del hotel, Mitch Mulroney. Encantado de conocerlos caballeros, pese a que preferiría hacerlo en mejores circunstancias.

—Lo entendemos. ¿Podríamos hablar con Elizabeth McCloud para que nos haga un resumen de lo sucedido?

—Imagino que podrá. Si no, yo mismo lo haré.

—Preferimos que sea ella, pero, si no pudiera, el testimonio que usted aporte será de gran ayuda.

—De acuerdo, ella está en mi despacho, de hecho, no se ha movido de ahí. Está junto a su representante.

Ambos siguieron al director del hotel hasta el despacho, sorteando a los huéspedes que pasaban por el vestíbulo. Algunos los contemplaban con curiosidad y murmuraban comentarios a los que Jack no prestaba atención.

El despacho del director era amplio y contaba con una mesa sobre la que en, ese momento, resaltaba un juego de café, entre muchas otras cosas. Había varias sillas y un amplio sofá sobre el que descansaba Elizabeth McCloud. Él la recordaba por la actuación en el palacio de Buckingham. Notó que la mirada de la cantante se veía perdida con una expresión en el rostro que, en nada, se parecía a la que había mostrado cuando cantó ante la reina Victoria. Todo en ella era desesperación y angustia por el robo sufrido.

—Señora, somos agentes de Scotland Yard. Mi nombre es Jack Ambrose, y él es mi colega, el inspector Jeremy O'Rourke. El comisario nos ha dado una versión reducida de lo sucedido. De manera que, si fuera tan amable de relatarnos lo ocurrido en persona, le estaríamos muy agradecidos; nos sería de gran ayuda.

—¿Por qué quieren hacerla pasar por lo mismo otra vez? —Un hombre de aspecto refinado con un traje de *tweed* se acercó a él. La expresión en el rostro mostraba cansancio e irritabilidad. Unos diminutos ojos lo miraban de manera fija.

—¿Qué relación tiene con la señora McCloud?

—Soy el representante, Jefferson Morris.

—Mucho gusto, señor. Si le pido que sea ella quien me relate lo sucedido es porque estoy convencido de que será más fiable que cualquier otro relato.

—La situación está muy clara. Alguien robó el collar de esmeraldas del estuche y en su lugar dejó esto. —Le entregó el naipe de baraja francesa, con el que ya estaban familiarizados.

—¿Cuándo sucedió?

—Lo noté cuando preparaba el equipaje para marcharme; antes había revisado y el collar estaba en su lugar —respondió la soprano.

—¿Había alguien con usted?

—Sí, dos camareras. Me estaban dando una mano.

—¿Podría decirles que vengan? —pidió Jack al director.

—Me temo que una de ellas desapareció —respondió con cierto bochorno por lo que representaba eso para la imagen del hotel.

—¿Qué quiere decir? —intervino Jeremy, con temor a la respuesta.

—Hemos ido a localizarla, pero no dimos con ella.

—¿Han ido a buscarla? ¿Dónde se aloja?

El director asintió con gesto consternado, siendo consciente de que lo que iba a decirles sería duro de digerir.

—Es una dirección falsa. No hay ninguna casa allí, sino un viejo almacén.

Los agentes se miraron con cara de preocupación.

—¿Podría describirla? —preguntó el agente O'Rourke

—Era una joven francesa, con el pelo rizado y anteojos. Se mostró muy atenta conmigo en todo momento —comentó Elizabeth McCloud.

—La descripción no servirá de mucho, suponemos que era un disfraz para estar cerca de usted y sustraerle el collar —aseguró Jack con resignación y rabia: de nuevo habían sido burlados—. Una dirección falsa y un atuendo igual de falso. Podría ser cualquiera. ¿Alguna cosa más que recuerde sobre ella?

—Lo que acabo de decirle.

—¿Alguna marca identificativa? ¿Una cicatriz, un lunar, tatuaje…? —le indicó Jeremy al ver que su colega se había paralizado al escuchar el relato completo.

—Nada que destacar.

—¿Qué importancia podría tener a estas alturas? Podría ser también algo postizo —comentó el representante con un gesto irónico.

—Tal vez, aunque nada se puede descartar por el momento. ¿Piensa quedarse algunos días en Londres? Lo pregunto por si recuerda algo y tiene que ponerse en contacto con nosotros.

—No, la verdad es que me marchaba hoy mismo. Si surge algo, Jefferson se encargará.

—Descuide. Yo me encargaré de todo.

—En ese caso, la dejamos tranquila mientras continuamos la investigación. Buenos días —dijo Jack al salir del despacho en compañía del director del hotel.

—Imagine la publicidad para nosotros. La prensa nos destrozará, y los clientes dejarán de venir —dijo mientras se retorcía las manos, angustiado.

—Es posible. ¿Tiene la ficha de la camarera en cuestión? Algún documento, algo que nos permita avanzar en la investigación.

Jeremy miraba a su colega consciente de que lo hacía para aplacar un poco los nervios del director. Ambos sabían que de poco les serviría la información que les facilitara.

—Esto es lo que tengo.

Jack Ambrose miró el papel en el que figuraban los datos de la camarera. Eran inventados, tan falsos como el disfraz que, de seguro, llevaba.

—Si logramos averiguar quién se esconde bajo esta personalidad, se lo haremos saber. Por lo pronto, le recomiendo que se asegure de conocer a quién contrata. Pida informes contrastados —le sugirió al devolverle el papel.

—Lo cierto es que no tuvimos tiempo de indagar mucho, una de nuestras camareras habituales cayó enferma unos días antes.

Esa información encendió las alarmas de los agentes.

—La que parece ser responsable del robo del collar, ¿apareció de la nada?

—Podría decirse que sí. Aseguraba haber llegado a Londres hacía un par de días. Alguien le comentó que, si buscaba trabajo, aquí se necesitaba personal.

Jack frunció el ceño y apretó los labios, desconcertado.

—¿Y la otra camarera que estaba con la señora McCloud? Puede ir a buscarla, tal vez pueda arrojar algo de luz.

—Por supuesto. Le diré que venga.

Se quedaron a solas unos minutos que aprovecharon para asimilar la información.

—¿Cómo diablos lo hace? Consiguió hacerse pasar por una camarera de hotel justo al mismo tiempo en el que iba a hospedarse la soprano—comentó Jeremy mientras observaba cómo Jack se mordía el pulgar con gesto pensativo.

—Al menos, sabemos que no es un hombre. En cuanto al cómo: seguramente, sabía desde hacía días que Elizabeth McCloud estaría en Londres para cantar ante la reina. A partir de ese momento, planeó todo. Lo que no entiendo es cómo se enteró de que aquí faltaba una camarera.

Vieron aparecer al director acompañado de una joven pelirroja, con tez clara y pecas en las mejillas.

—Ella es Sue, estaba con la camarera que desapareció.

—Somos los inspectores Ambrose y O'Rourke de Scotland Yard.

—El señor Mulroney ya me explicó la situación.

—Bien, ¿qué puede decirnos de la chica francesa? La supuesta Agnès —dijo al repasar la ficha de trabajo.

—Poco, no teníamos un trato cercano. Era callada, trabajadora, algo tímida e introvertida. Pensaba que se debía al hecho de ser extranjera.

—¿Alguna vez le dijo dónde se alojaba?

—No, señor. Ya le digo que era muy callada.

—Bien. Esta mañana, cuando ayudaron a recoger el equipaje de la señora McCloud, ¿vio usted algo raro?

—No señor. La señora nos pidió que la ayudásemos con los bultos. Nada más.

—¿Vio a la otra camarera hacer algo extraño?

—No. La señora McCloud le entregó el estuche con las joyas para que se lo lleve al representante.

—¿Estaba él con ella?

—No; se encontraba en otra habitación.

Jack comenzó a atar cabos. Claramente, lo había robado antes de entregarlo. No entendía por qué el representante no había comprobado de inmediato si estaba el collar. De todos modos, ¿por qué alguien sospecharía que lo iban a robar?

—¿Luego regresó a la habitación donde estaban usted y la señora McCloud?

—Solo para preguntar si todo estaba correcto. Luego se fue, y ya no la he visto.

—Entonces hurtó las joyas en el trayecto de una habitación a la otra, después desapareció.

Un hombre llegó apurado a donde se encontraban. Llevaba ropa en la mano.

—Con permiso, caballeros. Han encontrado un uniforme, la peluca, y unos anteojos arrojados en un pasillo.

—¿Me permite? —preguntó Jack Ambrose mientras tomaba la ropa y la observaba con atención.

—Es el uniforme de camarera —dijo el director al reconocer el atuendo.

—Una peluca, unos anteojos, y esto es… una nariz postiza de goma para transformarse como si fuera una actriz de teatro. Tenga —le devolvió las pertenencias al director—. Ya tenemos en claro que se trata de una mujer, solo que no sabemos cómo se ve en realidad —concluyó de mala gana. Una vez más, ella le ganaba la mano. Pero la partida aún no había finalizado, se dijo Jack, convencido de que al final lograría atraparla.

* * *

Violet regresó eufórica ante el nuevo logro. Había resultado más sencillo de lo esperado después de todo. Pero no debía confiarse en lo más mínimo, se dijo. Descendió del carruaje y llamó a la puerta

de la casa. Poco después, la abrió Anthony, quien emitió un suspiro de alivio al verla allí.

—Por San Jorge, señora… Pensaba que no regresaría.

Ella se limitó a torcer el gesto y a continuar hacia el despacho.

—Cierra la puerta cuando estés dentro.

Anthony siguió las órdenes y no solo cerró, sino que permaneció con la espalda apoyada contra la puerta, sin soltar los manillares. Observó con atención a lady Adler mientras ella colocaba el bolso sobre la mesa con sumo cuidado. Luego, abrió un cajón y extendió un paño de fino terciopelo sobre el que desplegó un precioso collar de esmeraldas que brillaban como nunca antes Anthony había visto.

Abrió la boca para decir algo, pero la imagen de las piedras lo tenía eclipsado y se sentía incapaz de emitir palabra.

—Aquí está. ¿Ves que no fue tan complicado?

Anthony levantó la mirada del collar hacia el rostro de Violet, que sonreía con cinismo mientras mantenía una ceja elevada.

—Todavía pienso que debería dejar de hacerlo.

—¿Y la satisfacción que me produce saber que no pueden atraparme?

—No llame a la puerta del infierno, no sea cosa que la atienda el mismo diablo.

—No veo tal día en mi futuro, tampoco tengo intención de conocer al demonio —se burló, eufórica por el nuevo golpe—. Y ya te dije anoche que, si viera peligro de verdad, dejaría a la Reina de Diamantes: desaparecería para siempre. O cuando consiga mi objetivo.

—¿Lo dice en serio? —La miró con los ojos bien abiertos.

Ella asintió con una risita traviesa. Eso hizo que él relajase los hombros en señal de abatimiento, se sentía rendido. Sacudió la cabeza sin terminar de creerle.

—Creo que en el fondo no lo hará nunca. A no ser que él la atrape.

—¿Quién? —Ella levantó una ceja con interés.

—El agente Jack Ambrose.

Ella rio a carcajadas al escucharlo decir eso. Sintió taquicardia en el pecho y un ligero hormigueo en las palmas de las manos al recordar lo sucedido un par de noches atrás.

—Jack anda bastante perdido. Me lo confesó él mismo.

—No lo subestime, señora. No juegue con él, no vaya a ser que la descubra y…

—¿Y? —lo cortó con gesto autoritario. Violet tensó el cuerpo al pensar en él y en que podría llegar a desenmascararla. ¿Qué haría entonces? ¿Tendría el valor que le faltó en el pasado? No lo veía capaz de detenerla y entregarla a la justicia. ¿Y ella? ¿Por qué no le contaba la verdad? ¿Por qué no le revelaba el verdadero motivo por el que se comportaba así?

—Solo se lo digo como un consejo. No juegue con él.

Ella se mordió el labio y entrecerró los ojos. Por un momento caviló la posibilidad. Estaba segura de que no sucedería.

—Tengo mis serias dudas de que me descubra. Si me mantengo cerca de él, lograré saber cómo marcha la investigación. Por lo pronto, es mejor que te lleves el collar y lo guardes. Luego, dale el aviso a Joseph.

—¿Sigue pensando en hacer lo mismo que con el diamante?

—Así es. Quiero que confunda a los agentes cuando vayan a preguntarle. Él es el perista más renombrado de todo Londres. Es al primero al que Jack acudirá a preguntar.

Anthony se limitó a asentir sin decir nada más, era consciente de que no lograría que cambie el plan. A lo mejor, era momento de recurrir a otros métodos para que el futuro de su señora no peligrase.

Violet se dejó caer en la silla. Permaneció pensativa durante unos instantes. El comentario de Anthony le daba vueltas en la cabeza. ¿Acaso subestimaba a Jack Ambrose? No creía hacerlo, solo le parecía divertido. ¿Pero cómo se sentiría él al saber que la persona a la que perseguía era la misma mujer con la que compartía tanta historia; a quien le había confesado que solo se casaría por amor?

Entrecerró los ojos sin dejar de pensar en él. Si así concebía los vínculos, ¿qué le había impedido en el pasado confesarse? Ella lo habría visto con buenos ojos, pese a no ser de la aristocracia. Incluso podría haber convencido a sus padres para que lo aceptasen. ¿No se dio cuenta de que ella lo quería? Inspiró y cerró los ojos. Procuró no pensar más en el tema: hacerlo solo podía producirle desasosiego. Tal vez, el hecho de encontrarse con él le permitiría una pequeña revancha por el pasado. Pero, por el momento, sí se tomaría un par de días de descanso; era consciente del revuelo que iba a formarse cuando se supiera la noticia. Podría aprovechar el tiempo para planear el siguiente golpe, se dijo con una sonrisa maliciosa al pensar en Jack Ambrose. Se imaginó que, en aquel preciso instante, estaría de furioso y desconcertado.

Capítulo 6

Jack Ambrose permanecía con el ceño fruncido, y la mirada fija en la taza de té. Jeremy y él estaban sentados en la comisaría dando vueltas a lo sucedido con la soprano. Al menos, averiguaron algo en relación a la identidad de la Reina de Diamantes.

—¿En qué piensas? No, no me lo digas —le pidió Jeremy sin dejarlo hablar, a la vez que extendía un brazo hacia él con el dedo índice en alto—. No terminas de creer que quien está detrás de los robos es una mujer.

Jack emitió un gruñido como respuesta. Ahora tendría que exponer lo sucedido ante el comisario, ya vería cómo se lo tomaba él al enterarse. En ese momento, Robert salió del despacho y se dirigió a ellos.

—Vengan a informarme lo sucedido.

Jeremy emitió un ligero silbido al escuchar el tono del comisario. La situación empeoraba cada vez más.

—Ya veremos qué opina cuando sepa que vamos tras una mujer —le advirtió Jeremy.

—Tendremos que asumirlo todos.

El comisario estaba sentado con las manos entrelazadas y un gesto de preocupación en el rostro.

—¿Qué sucedió en el hotel? ¿Es cierto que le robaron las joyas a la soprano Elizabeth McCloud o ha sido una falsa alarma?

El tono de la pregunta dejaba abierta la última posibilidad, aunque fuese muy remota. En cuanto Jack torció el gesto, el comisario resopló y sacudió la cabeza.

—Veo que no fue una falsa noticia. Tenía la ligera esperanza de que se hubiesen extraviado. Que no supiera dónde las había puesto y que, al final, todo quedara en un susto. Pero me doy cuenta que no ha sido así.

—No señor —corroboró Jack con semblante serio.

—¿Qué sucedió?

—El robo seguramente se llevó a cabo cuando la señorita McCloud armaba el equipaje para partir. Le pidió a una de las camareras que le alcanzara el estuche con el collar a su representante, el señor Morris. Todo indica que se fugó con el collar.

—¿Una camarera del hotel? —La incredulidad se reflejó en el rostro del jefe de policía como ambos agentes esperaban.

—Así es, señor —corroboró Jeremy.

—Díganme que la detuvieron. ¿Dónde está?

Los dos agentes se miraron entre ellos, mantuvieron una conversación silenciosa para decidir quién iba a contarle la verdad de lo ocurrido.

—Escapó. Nadie la ha visto.

—¿Cómo? —El policía golpeó la mesa con la mano y elevó las cejas sin terminar de creer lo que escuchaba. Luego fijó la vista en ambos agentes, a la espera de una aclaración.

—Nadie la ha vuelto a ver por el hotel. Solo encontraron el disfraz.

—¿Quién es? Tendrá un nombre y una dirección donde poder localizarla. Aunque a lo mejor ya se marchó de Londres —se lamentó el comisario

—La dirección que facilitó al hotel es falsa, corresponde a un viejo almacén abandonado a las afueras. Fue contratada justo cuando una de las camareras presuntamente cayó enferma, en ese momento apareció la joven supuestamente francesa y solicitó un trabajo.

—¿Creen que puedan estar relacionadas?

—Es una posibilidad —admitió Jeremy.

—Bien, pues que envíen a alguien a buscar a la *enferma* a ver qué puede declarar. ¿Qué más?

Jack metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta para sacar un objeto que dejó sobre la mesa a la vista de todos. El rostro de Thibault mostró cierta incomprensión en un primer instante, pero, a medida que entendía lo que trataban de decirle, emitió un jadeo.

—No puede ser…

—Me temo que ella fue la autora del robo. Dejó un naipe en la escena, como siempre. Y no nos cabe duda de que se trata de una señorita.

—Pero ¿cómo que la Reina de Diamantes es una mujer? El ladrón de guante blanco más perseguido… —El comisario apretó los labios y tomó el naipe para observarlo fijamente durante unos segundos antes de volver a dejarlo sobre la mesa—. ¿Están seguros? Podría tratarse de un imitador. Seguro que no le faltan —añadió con sarcasmo.

—Mis sospechas iniciales parecen corroborarse, señor. En un principio, pensamos que lo del naipe era una distracción, que se trataba de un hombre, y que pretendía hacernos creer que era todo lo contrario. Pero ahora ya no hay dudas.

—Y, al parecer, es una mujer muy bien informada, ya que conocía de la llegada de la soprano al hotel, qué día lo haría y cuándo se marcharía —añadió Jeremy mientras observaba al comisario.

—Inteligente, con recursos suficientes como para sobornar con dinero, suponemos, a una chica joven para que finja estar enferma, para entonces ser ella la que ocupara el trabajo. Con un plan de escape perfecto, que estoy seguro que ha estudiado y perfeccionado con tiempo. Estoy convencido de que pasó por delante nuestro como un huésped más sin que nos demos cuenta —comentó Jack—. Se habrá reído en nuestras caras.

—¿No hay más pistas?

—Es lo que hay señor. No hay una descripción de ella ya que usaba un disfraz, como le comentamos. Un empleado del hotel encontró una peluca, unos anteojos y una nariz postiza, junto con la ropa de camarera.

—Por lo pronto vayan a visitar a la empleada que enfermó por si acaso tenga algo que ver.

Jack y Jeremy asintieron.

—Bien señor.

—Y manténgame informado en todo momento. ¿Cómo le explico al primer ministro que una mujer anda a sus anchas por Londres robando diamantes y collares de esmeraldas? Es de locos. ¿Qué clase de mujer hace algo así?

—Una con recursos para hacer lo que le plazca, señor.

El comisario no dijo una sola palabra más, y les indicó que se retiren.

Los dos agentes abandonaron el despacho y resoplaron.

—¿Qué opinas? —Jeremy fue el primero de los dos en hablar.

—La cuestión es enrevesada porque, si lo piensas, ¿a qué clase de mujer buscamos?

—No la veo como una carterista de Whitechapel, por ejemplo. Ni de los barrios más pobres. Como dijimos —Jeremy hizo un gesto con el pulgar hacia el despacho del comisario—, es muy inteligente, astuta y fría para planear algo así.

—Eso me lleva a pensar en las mujeres que asistieron a casa de lord y lady Brunswick.

—¿Insinúas que podía estar allí presente?

—Quizás, no lo sé. La verdad es que todo este asunto me vuelve loco.

—Lo sé, viejo amigo. Deberíamos ir a ver a la camarera del hotel que dice haber caído enferma. A ver qué tiene para contarnos.

Jack ahogó las risas.

—Poco, si está metida en todo esto… Después, localicemos a Smithy a ver si descubrió algo que pueda ayudarnos,

—Pues esperemos que tenga información porque, de lo contrario, ¿dónde vamos a investigar? ¿Entre las damas de la alta sociedad londinense?

Jack no dijo nada porque en su mente se cruzó el rostro de una atractiva mujer de cabello color caoba. No sabía muy bien por qué, pero le gustaría volver a quedar para hablar con ella, para poder observarla con detenimiento.

* * *

—El perista accedió a continuar la farsa —le dijo Anthony mientras entraba al despacho que Violet empleaba tanto como sala de lectura como para planear un nuevo golpe. Permanecía sentada tras la mesa mientras ojeaba un libro.

—Confío en que todo lo que hace eventualmente servirá para algo.

Violet elevó una ceja con suspicacia y cerró el libro. Luego le pasó un sobre al mayordomo.

Anthony extrajo un fajo de billetes del interior y la miró. Violet entrelazó las manos, apoyó los codos sobre la mesa, y vio cómo él contaba el dinero.

—Llévalo al hogar del párroco Stapleton, como de costumbre. Procura que nadie te vea. Lo necesitará para dar de comer a los huérfanos —le explicó—. ¿Te ha comentado algo respecto al dinero?

—Las veces que hablé con él no me preguntó nada sobre quién es su benefactor. Ni por asomo lo sospecha. Tan solo me habla de los chicos y de lo que necesitan, nada más.

—Y es así como debe seguir.

—Podría decirle que es usted.

Violet sacudió la cabeza.

—No. No quiero que nadie lo sepa.

—Pero, señora, dada la posición que usted ostenta a nadie le extrañaría.

Ella sonrió con cierta amargura.

—Al contrario, es algo altruista por mi parte. Imagina por un momento que las donaciones llegaran a oídos de Jack Ambrose.

—¿Creía que pretendía divertirse con él? Atraerlo… —movió las cejas con suspicacia y con el gesto formó un arco sobre la frente.

—Siempre y cuando yo ponga las reglas del juego. Hasta entonces seguiré como ahora. No me importa coincidir con él, al fin y al cabo, ya sabes que tenemos una vieja amistad. Y, aunque él no sospecharía de mí, prefiero no tentar a la suerte por el momento. Quiero llevar el asunto a mi antojo, manejarlo a mi parecer —le resumió con una sonrisa ladina—. Por eso es mejor ayudar desde el anonimato.

—¿Teme que el inspector llegue a descubrirla? —cuestionó Anthony al observar el semblante serio de Violet.

—No lo conseguirá, descuida. Ve y entrega el dinero sin que nadie te reconozca.

—De acuerdo, señora. —Se inclinó con respeto y abandonó el despacho.

Violet permaneció de pie junto a la mesa, con los ojos entrecerrados. Se mordisqueaba el labio, pensativa por lo que acababa de decirle Anthony. ¿Y si Jack daba con ella? ¿La detendría? ¿Hasta qué punto el sentido del honor y del deber le influirían? Una ligera corriente de frío le recorrió el cuerpo hasta hacerla temblar. El corazón se le aceleró al considerar la posibilidad. Tal vez, debería hacerle caso a Anthony y tener más cuidado con él. Pero mantenerlo cerca le permitiría saber cómo avanzaban las investigaciones con relación a los robos. Le agradaba el juego del gato y del ratón, siempre que ella fuera un paso por delante. Aunque eso quizá la pusiera en otro tipo de peligro, uno que había creído ver aquella noche en el palacio de Buckingham. Tal vez, se habían tratado solo de imaginaciones suyas. La respetaba demasiado como para dar ese paso, y ella lo había esperado demasiado tiempo.

* * *

Jack y Jeremy habían quedado en verse con Smithy, a ver si podía aportarles algún dato nuevo sobre los robos. Con algo de suerte, alguien había escuchado o visto algo.

—Espero que nuestro querido amigo sepa iluminarnos, porque sin duda descubrir que todo este tiempo estuvimos tras una mujer… —Jeremy sacudió la cabeza.

—Paciencia. Confío en que ella cometerá algún error.

—¿Estás seguro? Por lo pronto, ya vimos cómo se las arregla. Con un simple disfraz le robó las joyas a la más famosa soprano de Europa, y aún no sabemos cómo hizo con el diamante Athenea en casa de los Brunswick.

Jack empujó la puerta del bar en busca de su hombre de confianza. No precisó mirar demasiado para encontrarlo, porque él mismo les hizo una señal con la mano para que se acerquen.

—Siéntense aquí —les pidió con un gesto afable en el rostro—. Tengo noticias.

—Perfecto. A eso vinimos —le dejó claro Jeremy al tomar asiento.

—Escuchen, tengo un conocido que me asegura haber hablado con un perista de la ciudad que vio cierto collar de esmeraldas.

—¿Quién? —interrumpió Jack, mientras lo sujetaba por el antebrazo, y lo miraba con el ceño fruncido.

—No me lo dijo. Solo que vio las joyas, nada más.

—¿Entonces el collar de la soprano sigue en Londres? —preguntó Jack—. E intentan venderlo.

—¿Será un encargo? —sugirió Jeremy.

—Da igual. Lo que importa es dar con la persona que lo tiene y que intenta venderlo —resumió Jack desanimado—. ¿No tienes el nombre del perista?

—No, no me lo ha dicho.

—¡Es como si no tuviésemos nada, Smithy!

—Hay algo más —le dijo mientras sujetaba con fuerza por el brazo al inspector.

—¿Qué más?

—Conozco a un orfanato que, al parecer, tiene un generoso benefactor. El párroco Stapleton de Crossroad Yard.

—¿Qué tan generoso? —Jeremy entornó la mirada con curiosidad.

—Lo bastante como para que a los chicos allí no les falte nada: comida, ropa o medicinas.

Jack tenía una expresión cautelosa. Se echó hacia atrás para apoyarse en el respaldo de la silla mientras en la cabeza rondaba una pregunta que no tardó en formular.

—¿Tal vez reciba el dinero de los robos? ¿Es eso lo que insinúas?

—Podría ser.

—¿Quién hace las donaciones?

—Anónimo —respondió mientras contemplaba con gracia el gesto de rabia de Jack Ambrose.

—¿Me tomas el pelo? ¿Qué hacemos sin los nombres? Ni el perista, ni el benefactor.

—No. Puedes ir a preguntarle tú mismo. No sabe quién deja el sobre con el dinero, pero cada cierto tiempo le llega uno.

—Alguien que no quiere darse a conocer —comentó Jeremy—. Es habitual dar donativos a los orfanatos y a las parroquias, hay gente a la que le gusta que le reconozcan su ayuda a la comunidad. Otras, en cambio, prefieren no involucrarse con nombre y apellido —expuso.

—Al parecer prefiere mantenerse en el anonimato —aclaró Jack pensando en el motivo que lo llevaría a hacerlo—. Deberíamos mantener una charla con el párroco a ver si en algún momento vio a alguien dejar el dinero.

—Imagino que les contará lo mismo que a mí.

—Si descubres algo más de las joyas, envía un recado. Presiona a tu amigo para que te diga el nombre del perista y dónde podemos encontrarlo.

—Lo intentaré.

Jack le dejó un billete sobre la mesa.

—No te lo gastes todo en cerveza.

Smithy le guiñó un ojo y levantó la jarra a modo de brindis.

Los agentes abandonaron el local en silencio, mientras procuraban asimilar la nueva información.

—¿Qué pasa si nuestra ladrona lo hace para ayudar a los más desfavorecidos? —Jack parecía hacerse la pregunta a sí mismo, ya que caminaba con la mirada fija en el suelo, y las manos a la espalda.

—¿Una especie de Robin Hood en la ciudad, quieres decir? —le insinuó Jeremy.

—Es inteligente, astuta, benefactora… Solo nos falta ponerle cara y nombre.

—Si en verdad es una mujer con recursos, ¿por qué no les da dinero del suyo en lugar de decidirse a robar a los demás? E incluso, piensa, lo hace a los de su mismo escalafón social. Los Brunswick, o la soprano Elizabeth McCloud no son precisamente la clase baja londinense —apreció Jeremy.

—En eso tengo que darte la razón. Nos preguntábamos qué hace con lo robado. Pues bien, al parecer lo transforma en dinero y lo dona.

—Aún no podemos asegurar que sea ella. No sé qué demonios pensar de semejante mujer. ¿Se aburre tomando el té con sus amistades? ¿O estará cansada de asistir a veladas? ¿Será una amante del riesgo? —ironizó Jeremy entre risas—. Se supone que las clases altas no tienen tiempo de aburrirse, ¿no?

—Y no lo hace, créeme.

—Pues quién lo diría.

—Debe obtener información privilegiada justamente en reuniones sociales. Por ejemplo, el robo del diamante Athenea. Pensamos que estuvo en casa de lord y lady Brunswick, ¿no?

—Así fue.

—Exacto. Estar presente allí le permitió conocer la casa, así como el escondite donde hallar luego el diamante.

—Pero ¿cómo logró entrar y salir de la casa sin ser vista?

—Sabemos que el robo se produjo de madrugada, cuando todos duermen. De todas maneras, durante la velada en la que vio el diamante, le debió alcanzar el tiempo para trazar un plan. Estoy seguro de que los Brunswick están entre sus amistades y que les pudo sonsacar toda clase de información sin que sospecharan de ella.

—¿Crees que estuvo presente en Buckingham la otra noche, cuando Elizabeth McCloud cantó ante la joven reina?

Jack asintió, pero guardaba dudas al respecto.

—Podría darse el caso. ¿Por qué no? Vayamos a hablar con el párroco Stapleton a ver qué nos puede decir. Ya tendremos ocasión de investigar a nuestra amiga.

—¿Y con la camarera del hotel? La que supuestamente cayó enferma.

—Después de hablar con el párroco. Pero me temo que no delatará a quién le pagó por quedarse en casa unos días. Iremos primero al orfanato que ha dicho Smithy, confío más en la palabra de Stapleton.

El lugar se encontraba a las afueras, parecía ser una granja. Los orfanatos en Londres ya no estaban muy bien vistos. Los agentes tenían dudas con respecto a las palabras de Smithy acerca del lugar.

Se detuvieron delante de la puerta de una casa de tres pisos algo deslustrada. Llamaron y aguardaron a que les abrieran. Un hombre entrado en años, con rostro apergaminado y unos diminutos ojos los contemplaba a través de los lentes con interés.

—Buenas tardes, ¿qué desean?

—Somos los agentes Ambrose y O'Rourke de Scotland Yard —anunció Jack y mostró las credenciales.

—Vaya, ¿qué puedo hacer por ustedes? —les preguntó sin asomarse por completo.

Ambos comprendieron que el hombre se mostrase desconfiado. Los orfanatos y las casas de acogida no eran sitios que contaran con muy buena reputación. Los niños se hacinaban en cuartos, estaban

desnutridos, enfermos e, incluso, sufrían malos tratos. Y que la policía se presentara podría significar problemas para el dueño.

—Buscamos al párroco Stapleton. Nos han dicho que es el encargado del lugar. —Jack levantó la mirada hacia lo alto de la fachada. El exterior se conservaba de una manera decente, para lo que solían contar.

—Yo soy el hombre que buscan. ¿Qué desean?

Jack no iba a pedirle pasar al interior porque no buscaba saber en qué condiciones vivían los chiquillos, de manera que prefirió conversar en el exterior de la casa.

—¿Recibió donaciones de dinero significativas últimamente?

La mirada de Stapleton pareció cobrar vida al escuchar la pregunta. Pareció quedarse tranquilo al saber que los agentes no iban a hacer un registro del lugar. Pero, a la vez, se veía algo intrigado por la consulta.

—¿Es acaso un delito, agente? —Stapleton abrió los ojos al máximo por encima de los anteojos.

—No, no lo es.

—¿Por eso han venido?

—Sí, queremos saber si tiene idea de quién puede ser. Es por una investigación en curso.

El hombre frunció los labios y sacudió la cabeza.

—Me temo que no puedo ayudarlos agentes. De saberlo, en persona le agradecería lo que hace por estos niños —comentó con un gesto hacia el interior de la casa.

—¿Y quién le entrega el dinero? —Jeremy intervino en la conversación mientras Jack observaba al padre Stapleton.

—Llega en un sobre lacrado.

—Supongo que sin ningún remitente.

—Solo pone mi nombre.

—¿Ha dicho lacrado? —Jack frunció el ceño, contrariado por el dato. ¿Quién podría ser tan meticuloso como para lacrar un sobre con dinero? La persona que lo enviaba procuraba que no se

husmeara en el contenido, pero también debía tratarse de un cadete de confianza para poder asignarle la tarea.

—¿Guarda alguno por casualidad?

—Todos. Si hacen el favor de pasar, se los puedo mostrar.

—Con que nos deje ver alguno será suficiente. No querríamos importunarlo mientras trabaja, aguardaremos aquí.

—Como gusten. Vuelvo enseguida.

Los dos agentes se miraron.

—¿Qué te parece? —preguntó Jeremy al ver al otro agente cabizbajo. Pero no le dio tiempo a responderle porque el padre Stapleton regresó con los sobres.

—Son estos.

Comprobaron el papel, el lacre, y pusieron especial atención a la letra. Jack prefería decir lo que pensaba a solas, no quería facilitarle información al hombre. Las investigaciones debían llevarse en secreto.

—¿No viene con ninguna nota?

—No, solo el dinero.

—Me gustaría quedarme con uno.

—Por supuesto, ya ve que son todos idénticos.

—¿Cada cuánto los recibe?

—Uno al mes, aproximadamente.

—¿Y nunca vio quién los trae?

—No, señor. Lo dejan dentro de un buzón al que solo yo tengo acceso.

—Imagino que nadie le habrá comentado nada al respecto.

—No, señor. Las personas que vienen a colaborar, charlan conmigo de todo.

—¿Alguien que le haya llamado la atención? Tal vez por su vestimenta, modales, una manera de hablar en particular…

El padre Stapleton sacudió la cabeza.

—Aquí viene gente sencilla. No hay nadie que destaque e, incluso, si vienen de parte de alguien importante en la sociedad, se limitan a entregarme lo que traen y se marchan. Lamento no poder darles

más información.

Jack asintió mientras contemplaba el sobre que tenía en las manos, pero no añadió nada más.

—Le agradezco la atención, señor Stapleton, ha sido de gran ayuda. No lo entretendremos más. Que tenga un buen día.

—Díganme, el dinero, ¿no estará relacionado con alguna clase de delito? —preguntó cuando recogió los sobres. Les dedicó a los agentes un gesto de preocupación—. Si vinieron a verme…

Jack chasqueó la lengua.

—Esperemos que no. Solo queríamos recabar la información que pudiera darnos, padre. Buenos días.

—Que tenga un buen día —añadió Jeremy con una leve inclinación de cabeza mientras observaba al hombre permanecer allí junto a la puerta. Volvieron por el camino que los había conducido al lugar.

Subieron al coche de caballos que los aguardaba. Una vez a solas Jack sacó del bolsillo el sobre que Stapleton les había entregado. Se lo pasó a Jeremy mientras él lo analizaba.

—¿Qué te llama la atención? Porque, si no le comentaste la verdadera razón de nuestra presencia al hombre, fue para no levantar sospechas. Pero a él lo inquietó que dos agentes de Scotland Yard pregunten por el dinero donado.

Jack sonrió sin dejar de observar a al oficial darle vueltas al sobre entre los dedos.

—La letra es femenina, se nota por los trazos alargados y los giros que hace en la letra G. El papel del sobre es fuerte. Noté que posee una marca de agua en la esquina superior derecha.

—Sí, es cierto. La persona que lo envía debe ser alguien pudiente.

—Lo del lacre también me llamó la atención —le comentó Jack.

—Parece una flor.

Jack sonrió con picardía, pero no reveló aún qué sospechaba. Sin embargo, un nombre le había saltado en la mente como si se tratase de un resorte. Para otros, el detalle quizá pasaría desapercibido. Lo achacarían a una imagen más de las muchas que se realizan para los

sellos. Pero él era un hombre meticuloso y, al fijarse bien en el dibujo impreso, le recordaba a alguien en concreto. A pesar de que no quería creer que pudiera existir una relación, no podría descartarla del todo, todavía. La mirada de Jeremy le indicó que él también había notado el detalle y que había llegado a la misma conclusión.

—¿No pensarás que…? —La expresión de Jack Ambrose lo dijo todo—. No, no puedes asociar la flor del lacre con una mujer que al parecer los dos tenemos en mente.

—No podemos descartar nada… Por el momento.

—Sería algo incomprensible.

—Lo sé. Debemos investigar más a fondo, pero… —Volvió el rostro para mirar a través de la ventanilla del carruaje y se llevó una mano a los labios con gesto pensativo. No quería considerar esa posibilidad, así que la apartó de la mente—. Por el momento no le diremos nada al comisario hasta estar convencidos del todo.

—Es lo más acertado. Pero ¿qué piensas hacer?

Jack sonrió burlón.

—Arriesgarme a cometer una locura, amigo. Una que puede costarme muy caro.

Capítulo 7

Violet tomaba el té en el jardín junto a varias amistades mientras charlaban sobre los últimos chismes de la sociedad. En la conversación, se destacaban dos temas puntuales: la renuncia de lord Melbourne, que la reina Victoria no tuvo otra opción más que finalmente aceptar, y el asunto del robo de las joyas de Elizabeth McCloud, que tenía conmocionada a la opinión pública. Violet fingía mostrarse igual de escandalizada por el incidente que el resto de la concurrencia.

—Es increíble que le roben a alguien como ella —comentó Anne Connelly, mientras prestaba atención a la reacción del resto.

—Me resulta llamativo. Yo asistí a la recepción y, por supuesto, me fijé en el collar de esmeraldas —dijo Emma Beresford, embelesada ante el mero recuerdo de la joya—. No logro entender cómo, a pesar de estar al tanto de los últimos robos, la soprano no dejó el collar a cargo de la seguridad del hotel. O incluso en el propio palacio de Buckingham. Estoy segura de que nadie se habría atrevido a robarlo allí.

—No estés tan convencida de ello. La ladrona se las habría ingeniado para hacerse con las alhajas de todos modos: no olvides el asunto del diamante Athenea. Según me comentó lady Brunswick, incluso logró averiguar la combinación de la caja fuerte. Y tuvo el atrevimiento de dejarle un naipe —observó Anne Connelly con un ligero mohín.

Violet se limitaba a escucharlas mientras fingía beber el té. Le interesaba saber qué se opinaba sobre ella entre las clases altas. Anne, Emma y Agatha, que hasta ese momento apenas había

pronunciado dos palabras, eran grandes aficionadas a los chimentos, que para lady Adler eran una fuente inagotable de información.

—Tú también estuviste en Buckingham la otra noche, Violet.

Ella asintió como respuesta.

—Sí, claro. Estuve en la actuación de Elizabeth McCloud. Aunque no presté demasiada atención a las joyas, sino al espectáculo; no soy de llevar esa clase de piedras.

—Según le comentaron a mi esposo, Scotland Yard no tiene pistas sobre quién pudo robarle a nuestra admirada cantante. Tampoco podemos afirmar, Anne, que sea la misma persona que la que robó el diamante —comentó Emma, quien disfrutaba de darse cierta importancia porque, gracias a los contactos de su marido, sabía de primera mano las actividades de la policía.

Violet asintió con cara de circunstancia. Se mordió la parte interna de la mejilla para aguantar la risa que le provocó el comentario. ¿Cómo no iba a ser la misma persona? Ella había dejado la carta. Y, aunque no lo hubiera hecho, Jack sabría sin dudarlo.

—Yo escuché, en cambio que, al parecer, sí pueden estar relacionados ambos robos —se apresuró a contradecir Anne.

—No tenía idea —apuntó Violet mientras fingía desconocer la información. Sonrió con una expresión de cinismo disimulada. No creía ni una sola palabra de lo que la chismosa de Anne relataba. Lady Adler sabía muy bien por Jack que la policía no revelaría información con respecto a las investigaciones. De manera que, su querida amiga se había inventado la noticia.

—La prensa asegura que la Reina de Diamantes regresó a la escena del crimen tras una larga ausencia —señaló Agatha Crawston.

—Vaya… —susurró una de las mujeres con tono de sorpresa.

—¿Se sabe qué la motiva a volver? —Violet mostró las cartas. Quería saber qué opinaban al respecto y, al mismo tiempo, pretendía darles de que hablar a sus tres amigas.

—Nadie lo sabe, querida. Se barajan especulaciones como que estuvo fuera de Londres, que regresó porque necesita dinero e incluso que simplemente le gusta la aventura en la vida —resumió Anne ante las expresiones de asombro de las demás.

—¿Qué quieren decir con que le gusta la aventura? ¿Llevará una vida aburrida y monótona? —La pregunta de Agatha hizo reír a Violet, quien se convirtió en el centro de atención de las otras damas.

—Me río por lo que acabas de decir. No creo que la vida en Londres lo sea, precisamente. Con la nueva reina y las complicaciones políticas en la corte… Incluso la situación en las calles de la ciudad. No creo que alguien pueda decir que se aburre.

—Pues al parecer alguien sí, querida. Y ese aburrimiento, ¿la empujará a robar a los demás? —Anne frunció los labios con una mueca de desagrado.

—Bien pensado, el aburrimiento de la ladrona nos sirve de entretenimiento a las demás —razonó lady Crawston.

—¿Sabrá la prensa o Scotland Yard lo que hace con lo robado? —preguntó Violet, deseosa de obtener la mayor información posible. Sabía que no podría preguntárselo a Jack porque podía levantar sospechas, pero si él lograba averiguar ese dato, de todos modos no se lo confesaría al ser un secreto policial.

—No tienen ninguna pista, según parece.

— Quizá lo guarda todo dentro de una cámara secreta en donde vive y, cuando se encuentra a solas, contempla su botín. Cualquiera podría reconocer el collar de esmeraldas de Elizabeth McCloud —añadió Agatha—. Es una joya que llama la atención la lleve quién la lleve.

—Lo que se sabe es que es una mujer —asintió Emma de manera rotunda—. Según lo que se filtró en la prensa, se sospecha de una camarera del hotel en el que se alojaba la cantante.

—Podría haber alquilado una casita —sugirió Anne con cierta ironía.

—O también, la propia reina Victoria le podría haber ofrecido alojamiento en Buckingham, dado que iba a cantar ante ella —opinó Emma.

—Tal vez fue la propia Elizabeth McCloud quien prefirió alojarse en un hotel de la ciudad y pasar desapercibida. No sabemos si la reina la invitó a quedarse en el palacio —comentó Violet con la intención de apaciguar los ánimos.

—¿Desapercibida, dices? No creo que sea eso en realidad lo que le interese —señaló Emma tajante.

—Conclusión: el hotel le salió mucho más caro de lo que esperaba —bromeó Anne con una ligera sonrisa.

Hubo un momento de silencio en el que las cuatro mujeres reflexionaron sobre lo que se había dicho. Violet estaba satisfecha con las opiniones de sus amigas. Pensó que no se hablaría más del tema cuando Emma lo retomó.

—Una mujer es la ladrona más perseguida de Londres.

—Una completa locura. Una idea descabellada —añadió Anne con cierto bochorno.

—De ser cierto, confío en que los inspectores de Scotland Yard la detendrán lo antes posible —comentó Agatha algo enojada—. Deja en muy mala situación a nuestro género. Por favor… —Elevó las cejas y rodó los ojos para dejar en claro que se sentía avergonzada ante los acontecimientos—. La mujer debe estar en la casa, a cargo del servicio, criando a los hijos y, a lo sumo, asistir a reuniones sociales o ir de compras con amistades. Debe atender al marido y acompañarlo a las veladas, como manda el protocolo.

Violet parpadeó en repetidas ocasiones al escucharla hablar así. Luego, esbozó una media sonrisa llena de cinismo. Parecía que iba a decir algo, pero el comentario de Anne la interrumpió.

—Violet, no quería marcharme sin preguntarte, ¿qué tal la compañía de Jack Ambrose, el agente de Scotland Yard? —Las otras dos mujeres volvieron la atención hacia la anfitriona con inusitado

interés—. Me fijé en que pasaste tiempo con él la otra noche en el palacio. —Lady Adler sonrió—. Sí, charlé con él un rato. No sabía que lo conocieses.

—¿En serio? Era el mejor amigo de Max. Siempre tuvimos una buena relación, y me apoyó mucho cuando enviudé —explicó —. Estuvo aquí al día siguiente del robo en casa de los Brunswick.

—¿Por qué estuvo después de ese robo? ¿En calidad de agente? —Emma Beresford frunció el ceño contrariada.

—Porque fui una de las invitadas presentes para contemplar el diamante antes de que lo donaran al museo —respondió lady Adler sin darle demasiada importancia.

—¿No pensará que tienes algo que ver? —La cuestión que planteaba Agatha obligó a Violet a fruncir el ceño y mirarla preocupada.

—¿Por qué debería?

—Como pasó a verte…

—En calidad de testigo. Lady Brunswick le facilitó mi nombre, según me contó él. Vino a interrogarme porque estuve allí y vi el diamante. Nada más. Por eso también conversamos en Buckingham la otra noche. —Observó a Anne con los ojos entornados, y ella se limitó a asentir.

—Bueno, ya que hablamos de todo un poco y antes de que se me olvide, aprovecho para informarles que, dentro de dos noches, celebraremos la presentación en sociedad de Edith —les dijo Emma.

Violet se sintió agradecida por el cambio de conversación. Respiró aliviada. No le hacía la menor gracia hablar de Jack a todas horas. Solo estaba de acuerdo con hacerlo si el tema de la conversación tenía que ver con el asunto de los robos; no, con lo personal.

—Imagino que estará hecha toda una mujercita —comentó Violet, quien deseaba que la conversación derivase hacia un nuevo tema.

—Lo está.

—¿No pensarán ya en casarla? —frivolizó lady Crawston con una sonrisa insidiosa.

—Es el momento de presentarla en sociedad a nuestro círculo de amigos. Llegado el caso de que conozca a algún joven que pueda atraerle, veremos. Ya saben que en cuanto pasas cierta edad y no tienes un pretendiente, la gente empieza a murmurar —les recordó Emma que esperaba que no se diera una situación así con su hija mayor.

—¿Y tú, Violet? ¿Alguna vez consideraste rehacer tu vida?

La pregunta de Anne Connelly la tomó algo desprevenida, ya había hablado del asunto en otras ocasiones. Sacudió la cabeza y entrecerró los ojos mientras observaba a su amiga sin expresar emoción.

—¿Por qué debería?

—Porque todavía eres joven. No tienes familia, ya que Maximilien partió pronto a la guerra y apenas tuvieron tiempo para… ya sabes. —Anne se calló al ver que las otras mujeres le hacían gestos para que no siguiera por ese camino.

—Sé a qué te refieres, pero no es algo que me preocupe.

—Entonces, ¿piensas quedarte sola? —La pregunta de Emma hizo que Violet inhalara profundo al recordar que ella le había preguntado a Jack lo mismo cuando hablaban de amor. Suspiró y esbozó una sonrisa tímida.

—Es difícil encontrar el amor a mi edad.

Las tres mujeres parpadearon, se miraron entre ellas y contrajeron los rostros con muecas de preocupación.

—¿Amor? Violet, sabes que el sentimiento está algo sobrevalorado —la corrigió Agatha—. Imagino que Maximilien y tú se casaron con el beneplácito de sus familias cuando llegaron a un acuerdo.

—Es cierto. Así se conciben las uniones, y así fue la mía. Pero lo que quiero decirles es que no voy a dejar que ningún hombre se acerque a mí para tener una mayor escala social.

—Entonces, ¿pretendes encontrar el amor? Deja que te diga que lo tienes muy complicado, querida amiga —le aseguró lady Beresford con un toque sarcástico en la voz.

—No me interesa tener a mi lado a alguien que no siente nada por mí, como persona o mujer. Si eso implica quedarme sola, pues lo haré. Además, tengo al servicio y a Anthony. Ellos fueron mi familia durante los últimos años.

Junto a la Reina de Diamantes, se dijo a sí misma convencida.

—Deja que te diga que me parece una postura valiente, aunque muy alocada a la vez. Desconocía que pensases de ese modo, la verdad —refirió Agatha sin intención de ocultar que sentía cierto estupor.

—Espero que conozcas a alguien que cumpla tus requisitos. Mira, puedes empezar a buscar cuando vengas a la presentación de Edith —le dijo Emma, quien deseaba ver a su amiga ocupada en cuestiones amorosas.

—Será un placer asistir —le aseguró.

La tarde concluyó con la promesa de volver a verse en un par de días, en la velada de la hija de Emma. Violet no quiso pensar en el comentario acerca de que podía empezar a buscar un hombre. Estaba convencida de que volvería a encontrarse con Jack. No sabía por qué razón, pero algo le indicaba que coincidirían en todas las reuniones a la que ella fuera.

* * *

—¿Qué te sucede? —preguntó Jeremy al ver a Jack tan callado y con gesto taciturno. Frente a él había una jarra de cerveza a medio beber. Una vez concluía la jornada en la comisaría, habían decidido ir al bar a tomar algo para relajarse un poco. El oficial O'Rourke estaba convencido de que su compañero todavía le daba vueltas en la cabeza al último robo de la Reina de Diamantes.

—¿Por qué lo preguntas? —Jack levantó la mirada de un punto en el vacío, pero no varió ni un ápice la postura.

—Te observo hace días. Para ser exactos, desde que regresamos del orfanato. E imagino que no dejas de pensar en los robos, pero, al parecer, la Reina de Diamantes no tiene prisa en preparar un nuevo golpe. Si lo piensas, los dos últimos sucedieron precisamente por motivos específicos: la presentación del diamante Athenea, y el espectáculo de la soprano Elizabeth McCloud.

El agente frunció los labios y asintió.

—Tienes razón. Cada vez que aparece en escena se debe a situaciones concretas. ¿Entonces debemos esperar a que reaparezca cuando se produzca algún evento destacado? —Jack arqueó las cejas a la espera de una respuesta.

—Al menos nos dejaría tiempo para seguir con la investigación.

—Ya, pero si hablamos de una mujer, ¿por dónde empezamos?

Jeremy resopló ante las preguntas de Jack, quien lo miraba con los brazos extendidos.

—Según lo que sabemos, se trataría de una mujer con recursos, y con suficiente inteligencia como para planearlo con tiempo y salir airosa. Alguien que se mueve entre las personas de clase alta para recabar información, que dona grandes cantidades de dinero a un orfanato, de forma anónima. ¿A cuánta gente conocemos que reúna estos requisitos?

Jack no quería pronunciar el nombre que le acababa de pasar por la mente porque no tenía pruebas para asegurar que podía ser ella. De manera que se limitó a apretar los labios y a encogerse de hombros. Luego, tomó la jarra y dio un trago largo al contenido.

—Sería imposible dar con ella ahora mismo. Necesitaríamos algo más.

—O esperar que cometa un error, que tenga un descuido al actuar —sugirió Jeremy poco convencido de que sucediera algo así.

—No lo sé, pero, por lo pronto, seguiremos con lo que tenemos.

—¿Qué me dices de lady Adler?

Escuchar ese nombre le hizo experimentar a Jack un ligero sobresalto. Entornó la mirada hacia el agente y sacudió la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—A que el otro día, cuando el padre Stapleton nos enseñó los sobres que le dejan de forma anónima, me fijé en tu expresión cuando viste el lacre.

—¿Lo dices por eso? ¿Por la flor que aparece impresa? —Jack contempló preocupado el gesto afirmativo de su colega—. ¿Piensas que ella podría ser la benefactora y, por ende, la Reina de Diamantes?

—Niega que a ti no te pasó por la cabeza. Vamos, en confianza. Estamos en una taberna, nadie del cuerpo de policía puede escucharnos.

Jack se removió incómodo en la silla y desvió la atención a otro rincón del bar.

—¿Ella? —preguntó, y miró a Jeremy con el ceño fruncido—. No lo creo. ¿Por qué debería? Tiene suficiente dinero para donar, no necesita robar nada. Además, no la veo en ese papel. La conozco y…

—¿Seguro que la conoces?

—Pues claro. Era la esposa de mi mejor amigo. Nos conocemos desde que él comenzó a prestarle atención y decidió cortejarla. —Pensar en esos días hizo que Jack torciera el gesto en una sonrisa melancólica.

—¿Qué sucedió entonces? Por tu cara asumo que no debió ser nada bueno para ti. ¿Tu amigo te robó a la chica?

Jeremy observó la expresión enigmática y llena de expectativa de Jack, que suspiró y bajó la mirada hacia la jarra con la que jugaba entre los dedos.

—Fue hace muchos años, antes de entrar a la policía —le dijo de pasada —. Conocí a Violet en una fiesta y trabamos una buena amistad.

—Pero Maximilien fue quien se casó con ella… —Jeremy lo observó bajar, una vez más, la mirada hacia la jarra, tomarla, pero no beber. Permaneció con los ojos fijos en ella como si estuviera solo. Hablar de esos días no le traía buenos recuerdos; además, era algo que no había contado nunca a nadie.

—Así fue.

—¿Por qué sospecho que sucedió algo que no quieres contarme? Algo que tuvo que ver con lady Adler.

Jack se limitó a asentir antes de inspirar hondo y mirar a su compañero.

—¿Qué iba a suceder? Fácil: los dos nos fijamos en ella.

—¿Los dos? —Jeremy sacudió la cabeza, extrañado por el comentario—. ¿Quieres decir que te enamoraste? ¿Estabas dispuesto a…?

Jack ahogó la risa y miró al otro agente. Se pasó la mano por el rostro sin terminar de creer que, después de tanto tiempo, evocaba ese tiempo junto a un compañero de Scotland Yard.

—Estaba enamorado de Violet e iba a pedirle permiso para cortejarla. Era consciente de que mi situación social no era la más adecuada, pero, sin embargo, estaba dispuesto a intentarlo. Entonces, Maximilien me confesó sus sentimientos hacia ella sin saber que yo sentía lo mismo.

Jeremy entrecerró los ojos mientras se hacía una idea de lo que sucedió.

—Y tú te apartaste para dejarle el camino libre.

—Sabía que no tenía opción, dado el linaje de Maximilien. En cuanto hablase con los padres de ella, no habría nada más que hacer. Mi familia nunca perteneció a la aristocracia: no tengo títulos, ni posesiones, ni riquezas. ¿Cómo iba a solicitar la mano de Violet? No podía competir con Maximilien; por el contrario, lo animé a que diera el paso. Terminaron por casarse.

—Y tú te quedaste solo.

—¿Qué esperabas que hiciera? —Lo miró sorprendido y ofuscado.

—Años más tarde, ella aparece de nuevo en tu vida. Ya no hay ningún impedimento para que le confieses lo que sientes. Dime, ¿todavía sientes lo mismo que entonces?

Jack observó la mirada fija y penetrante de Jeremy al realizar la pregunta que él mismo se había formulado desde que volvió a verla.

—¿Qué sentido tiene? Ya no somos los dos jóvenes de entonces.

—Tiene mucho sentido si piensas que ella podía ser nuestra ladrona. Si, por azar, llegase a serlo, tendrías un problema muy serio, amigo.

—Violet no puede ser la Reina de Diamantes —dijo con la autoridad y la claridad que le permitía su mente—. No tendría razón de ser.

—Solo dime, antes de que Max te confesara lo que sentía por Violet, ¿cómo se comportaba ella contigo?

—Nos llevábamos bien; teníamos una buena relación.

—Eso no responde mi pregunta. ¿Notaste en algún momento que ella aceptara tus atenciones?

—Por la amistad que tenemos.

—Dime, ¿por qué interrumpiste tus visitas cuando enviudó? ¿Tenían algo que ver con lo que sentías por ella?

Jack apretó los labios con fuerza y frunció el ceño.

—Me resultaba complicado pasar tiempo juntos, sí. Creo que nunca dejé de experimentar lo que surgió en el pasado —le confesó mientras lo miraba a los ojos fijamente, lo que hizo que Jeremy resoplara y asintiera, convencido de que su colega tenía un serio contratiempo con lady Adler. Esperaba que ella de verdad no tuviera relación con los robos.

* * *

Violet terminaba de arreglarse para asistir a la presentación en sociedad de la hija de Emma. Le alegraba acudir al evento, porque le permitiría recabar información sobre asuntos de la sociedad londinense. El tema de la renuncia de lord Melbourne parecía ser un hecho consumado y la crisis de las damas de la corte también fue olvidada una vez resuelta. No había, por el momento, ningún asunto real que pudiera captar la atención del pueblo británico. Pero quien le ocupaba la mente en realidad era Jack Ambrose, al que llevaba

días sin ver. Seguramente, estaba entretenido en busca de alguna pista que lo llevase hasta ella, pensó al contemplar la imagen en el espejo del tocador mientras una ayudante terminaba de recogerle el cabello.

—Está perfecto, Lucy. Muchas gracias.

Se levantó del escaño y se alisó la falda. Había elegido para la ocasión un vestido en color azul añil con bordados en blanco que dejaba al descubierto los hombros y el escote.

—¿Puedes ir a buscarme un chal de gasa? No me gustaría ser el centro de atención debido a mi vestido.

—Sí, señora.

—Gracias.

—Deje que la ayude a colocarlo.

Violet se lo echó por encima de los hombros. Lucy lo sujetó a la tela del vestido con diversos alfileres. No quería que los caballeros se fijasen en ella. Pensar en eso le llevó a la mente las palabras de Emma. No se le había pasado por la cabeza tener de nuevo a un hombre al lado suyo. ¿Por qué debería hacerlo? No tendría cabida, no entendería lo que ella hacía por los más necesitados.

—Se ve muy elegante, espero que disfrute la puesta de largo de la joven.

—Sí, eso creo. Puedes retirarte a descansar cuando lo precises. No sabemos a qué hora regresaremos.

—Como guste señora.

Salió de la habitación con dirección al salón donde ya la aguardaría Anthony. Una vez más le serviría de acompañante para el evento, algo que era habitual desde que volvió a frecuentar las veladas.

—¿Está lista, señora?

—Sí, creo que podemos marcharnos. Señora Thompson, no es necesario que nos espere —le dijo al ama de llaves.

—Como prefiera. Que disfrute de la velada, señora.

—Gracias. ¿Vamos? —Hizo un gesto a Anthony en dirección a la puerta.

Un coche de cuatro ruedas y dos caballos aguardaba a los pasajeros. El cochero abrió la puerta para que lady Adler subiera, seguida por Anthony. El mayordomo disfrutaba de la paz que le traía que su señora no hubiera vuelto a cometer ningún delito. Confiaba en que permaneciera así una larga temporada, aunque temía que fuera solo cuestión de tiempo hasta que se fijase en un nuevo objetivo. Si quería llamar la atención de Jack Ambrose, había otros medios, se dijo al contemplar cómo se alisaba la falda.

—Espero disfrutar de la velada, la verdad. Llevo días encerrada en casa sin saber con qué entretenerme —le comentó a Anthony, quien miraba por el cristal de la ventana del carruaje, como si no la escuchase.

—Podría haber socializado un poco más.

—Las invitaciones que me han hecho no eran de mi agrado.

—¿En qué estuvo metida durante estos días?

Violet frunció los labios como si no supiera qué decir y no le interesase el asunto.

—En nada en particular. He leído los periódicos, y la verdad, no aportan nada novedoso.

—Supongo que sigue las noticias en relación al primer ministro… —Anthony prefería tocar el tema político antes que el de los robos.

—Sí, al parecer a la joven reina no le quedó otra que aceptar la renuncia de lord Melbourne y seguir los consejos de entendidos en materia política. Ahora suena el nombre de Robert Peel para ocupar el cargo. ¿En serio renunció por los rumores que me comentaste la otra noche? ¿La gente cree que existe atracción entre ellos? —Violet contempló con interés a Anthony, sin terminar de creer en el rumor.

—Le dije que eran las malas lenguas quienes lo sugerían. No sé si es cierto o no.

—Bueno, si lord Melbourne decidió dimitir, por ahí ocurrió, ¿no crees?

Anthony frunció los labios y se encogió de hombros sin saber qué responder.

—No tengo más información al respecto —dijo y se limitó a contemplarla en silencio mientras ella centraba la atención en lo que sucedía en el exterior del carruaje. Por suerte, no le había comentado nada acerca de las noticias en las que se aseguraba que los agentes de Scotland Yard no tenían pistas para avanzar la investigación. Si ella permanecía un tiempo sin volver a las andadas, el tema se enfriaría. Confiaba en que esa noche se distrajera con algún asunto que le despertase el interés, pero que no tuviera nada llamativo para su *otro yo*.

Capítulo 8

Cuando Jack llegó al hogar de los Beresford, la velada ya había iniciado. George lo había invitado a la presentación en sociedad de su hija y, como eran buenos amigos, no podía negarse. Prefería quedarse tranquilo en casa o en la comisaría para repasar una vez más todo lo que tenían sobre los robos y ver si existía alguna conexión con Violet. Aunque dudaba que pudiera encontrar algo.

Se detuvo unos segundos delante de la puerta de la estancia e inspiró antes de comenzar a ascender los escalones. Llamó y aguardó a que le abran.

—Buenas noches —le dijo el mayordomo encargado de atender a las visitas.

—Buenas noches, Alfred —dijo Jack al reconocerlo.

—Agente Ambrose, sea bienvenido.

—Con Jack es suficiente. —Le dio una palmada en el brazo y le obsequió una sonrisa mientras entraba en la casa.

—De acuerdo. Pase.

Jack caminó despacio hacia el salón donde se encontraba su amigo En la otra esquina de la habitación logró ver a George, a la esposa de él, Emma, y a su hija Edith. Cruzó miradas con su viejo amigo, quien le hizo una señal para que se acercara. Jack se abrió paso entre los invitados hasta quedar frente al anfitrión a quien le estrechó la mano.

—Me alegra que hayas venido, creo que te vendrá bien dejar a un lado a los delincuentes de Londres por unas horas —le dijo.

—El crimen no descansa. Pero, por Edith, haré lo que sea necesario.

—Pero podrán prescindir de ti, ¿no?

—Por supuesto —asintió y se dirigió a Emma—. Celebro verte.

—Yo debería ser quien lo dice, hace mucho tiempo que no pasas a visitarnos, Jack. Como dice George, deberías dejar de perseguir a tantos criminales.

—No creas que estoy constantemente tras ellos. Y aquí tenemos a la joven protagonista de la noche. Señorita Edith —la saludó con una leve inclinación con la cabeza.

—Gracias por venir, Jack —le dijo ella y dejó asomar una tímida sonrisa.

—No podría perdérmelo, he sido testigo de cómo te has convertido en una mujercita. Espero que disfrutes la velada. —Se sintió satisfecho al ver que ella sonreía de manera inocente.

—Espero que tú también disfrutes la noche —le deseó Emma—. Hay mujeres a las que tal vez podrías prestarles atención.

El tono adulador y el guiño de la dueña de casa le causaron a Jack una ligera carcajada.

—¿Todavía intentas emparejarme luego de tanto tiempo?

—Te lo diré hasta que me hagas caso y decidas cortejar a alguna muchacha, Jack —insistió Emma.

—Querida, creo que deberías dejar el asunto o Jack se largará a perseguir delincuentes. Una vez que logramos que asista a una fiesta… —le dijo George con toda intención, conocía bien a su amigo.

—Hazle caso —señaló Jack sin dejar de sonreír—. En serio, Emma, ¿quién querría compartir vida con un agente de Scotland Yard que pasa la mayor parte del tiempo fuera de casa?

—Hay mujeres dispuestas, pero no pienso debatir más el tema porque no quiero que te marches. Procura pasarla bien, Jack; al menos, prométeme eso.

—No hace falta que te lo prometa porque es mi intención. Más tarde hablamos —le aseguró a George mientras se apartaba del grupo.

—No creo que cambie de parecer, querida. Desde que lo conozco, jamás lo vi mostrar interés en contraer matrimonio. Creo que está desengañado, ya te lo comenté en una ocasión…

—Ahora que lo dices, recuerdo que una vez mencionaste que cuando era joven una mujer le rompió el corazón.

—Algo así me había comentado cuando le pregunté si no se sentía atraído por alguien y si no pensaba cortejar a una mujer para casarse. Entonces me aseguró que en una ocasión estuvo a punto de hacerlo, pero ella eligió a otro.

—¿Nunca te dijo su nombre?

—No. No quiso decírmelo. Solo que iba a casarse con otro pretendiente.

—En ese caso, tal vez sea mejor dejar el tema y no atosigarlo.

—Sin duda, querida.

—Aunque no pierdo la esperanza de que algún día pueda encontrar una compañera.

George miró a su esposa y sonrió.

—Sería más fácil que atrape a la Reina de Diamantes. A ese personaje sí le presta atención.

Jack se había alejado para saludar a otros invitados, ajeno por el momento a la mujer que hacía acto de presencia en la casa.

Violet Adler llegó acompañada de Anthony, y se dirigió de inmediato a la protagonista de la velada. Cuando Emma la vio aparecer, sonrió encantada. Era el contrapunto perfecto de Jack, a quién le tenía mucho cariño. Ambos estaban solos: Violet porque su esposo se había quitado la vida, y Jack porque una mujer de su pasado le había roto el corazón. Era una situación curiosa porque, además, los dos se conocían. Sonrió con cierta picardía al imaginarlos juntos.

—Querida, estás espléndida esta noche —le dijo a Violet, cuando estuvo a su lado.

—No es para tanto, es un vestido sencillo. ¿Cómo estás, George? —le preguntó.

—Encantado de tenerte, Violet; a ti también, Anthony.

El mayordomo apretó los labios y correspondió al saludo con una leve inclinación de cabeza.

—Y ¿cómo se encuentra la protagonista de la noche? —le preguntó a Edith, cuyo rostro enrojeció con una mezcla de emoción y timidez—. Ten, te traje un obsequio. —Lo tomó de las manos de Anthony y se lo entregó a la muchacha—. Disfruta de la noche, hoy eres la princesa del cuento.

—Gracias, lady Adler.

—Violet, por favor —le pidió posando su mano en la de la muchacha con cariño—. Disfruta mucho, cielo.

Se volvió hacia Emma para dejar que la joven Edith saludara a más invitados.

—¿Sabes quién se presentó?

—Por lo que veo bastante gente. No tuve tiempo para saludar a nadie, vine directo con ustedes.

—Entre otros muchos está Jack —le susurró de forma alusiva.

—¿Qué Jack? Conozco a varias personas que se llaman así —le dijo a la vez que intentaba dominarse al escuchar ese nombre.

—El agente de Scotland Yard. Estoy segura de que lo conoces.

Violet hizo un gesto mientras fingía hacer memoria. Sabía de sobra a quién se refería desde el momento en que pronunció el nombre.

—¿Lo invitaste?

—Claro. Es muy buen amigo de la familia.

—Lo veré más tarde para saludarlo —comentó, sin darle demasiada importancia al asunto.

—Se conocen hace mucho tiempo, ¿no es verdad? —Emma se apartó de su esposo e hija para tener cierta intimidad.

—Era amigo íntimo de Maximilien, desde jóvenes. Comencé a tratarlo cuando lo conocí junto a Max. Ambos frecuentaban las mismas reuniones de amigos y fiestas a las que yo asistía. Guardo una buena amistad con él.

—¿Sabes quién pudo romperle el corazón en el pasado?

La pregunta sobresaltó a Violet, porque no había escuchado semejante asunto en relación a Jack. Al preguntárselo su amiga acababa de despertarle curiosidad.

—¿A qué viene? ¿Te lo ha dicho él? —Violet sintió como el pulso ganaba cierta velocidad, al compás que marcaban los latidos en su pecho.

—No, me lo comentaba George a raíz de que le dije a Jack que debería buscarse una esposa.

—¿Y? ¿Qué tiene que ver que Jack no se haya casado con que una mujer le rompiera el corazón? —Violet se sentía nerviosa, quería saber qué había sucedido y con quién.

—George me comentó que Jack nunca se comprometería con una mujer porque en el pasado sufrió un grave y doloroso desengaño.

Violet entornó la mirada con escepticismo. Un escalofrío le reptó por la espalda y sintió como la piel se erizaba a su paso.

—¿Quién fue?

—No le dio un nombre.

—Entonces…

—Ella se comprometió con otro cuando él pensaba declararse.

Violet inspiró y asintió. No sabía qué decir, ni cómo reaccionar. Permaneció en silencio mientras observaba a su amiga durante unos instantes en los que parecía darle vueltas al asunto. Finalmente le respondió.

—Bueno, supongo que una situación así le quitaría las ganas de volver a fijarse en una mujer a cualquiera, ¿no crees?

—Siento curiosidad por saber de quién se trata, ¿tú no?

Violet fingió indiferencia.

—La verdad… Ni la más mínima. ¿Qué interés podría tener en saberlo?

—¿Y qué me dices de ti?

—¿No irás a decirme lo mismo que Jack? —Violet arqueó una ceja con suspicacia, temía que Emma volviera a insistir en el asunto—. Deberías dejar de hacer de casamentera con los demás y centrarte

en Edith —le dijo e hizo un gesto con la mirada hacia la joven—. Ella ya deja de ser una niña. Permite que los adultos tomemos nuestras propias decisiones.

—Pero me gustaría que ambos rehagan sus vidas.

—¿Por qué? —Violet experimentó una sacudida de calor que se acentuó en su rostro. Abrió los ojos y se quedó con la boca abierta en un claro gesto de incredulidad.

—Porque no me hace gracia que estén solos.

—Escucha, Jack tiene demasiado trabajo; y yo no tengo intención de volver a pasar por lo que pasé con Maximilien.

—Pero no siempre será así. Si conocieses a alguien interesante, no necesariamente tendría por qué quitarse la vida, Violet —intentó hacerle ver Emma.

—Prefiero seguir sola con Anthony y el resto del servicio en la casa. Y con ustedes, mis amistades. Creo que será mejor que me marche a saludar a los demás invitados, así dejo de robarte tiempo. Ya hablaremos más tarde.

Quería alejarse de Emma y sus chismes sobre relaciones y matrimonios. Al hacerlo se sintió más ligera, pero, pese a eso, la curiosidad que le despertó el comentario acerca de Jack y de lo que sucedió en el pasado la mantenía alerta. De repente, lo vio hablar con lady Campbell y su hija. Una extraña sensación de querer salir de allí se apoderó de ella; decidió apartarse y no mirar en esa dirección, pero la curiosidad fue más poderosa que la fuerza de voluntad. ¿Por qué se sentía ofuscada con él? ¿Por invitar a bailar a una jovencita? Se preguntó al contemplarlos con los ojos entrecerrados y mordisqueándose el labio mientras ellos se dirigían al salón. Sin pretenderlo, apretaba con rabia las manos en puños contra el costado del vestido.

Anthony no perdía detalle de la escena que protagonizaba su señora. Tampoco pudo evitar sonreír al ver cómo reaccionaba. Pero ¿a qué diablos venía? ¿Acaso estaba celosa de la joven que bailaba con Jack Ambrose? Arqueó las cejas sorprendido al fijarse en los puños apretados contra los costados, la manera en la que los miraba

y el rictus serio en el rostro. ¿Sería cierto lo que Maximilien le comentó en su día, acerca de que él sabía lo que ella sentía por su querido amigo Jack?

—¿En qué piensa, señora?

La voz de Anthony la sacó de sus pensamientos y dejó de fijarse en la pareja. Volvió la atención hacia Anthony mientras respiraba hondo para tranquilizarse.

—Sentía curiosidad por la muchacha que baila con Jack. Solo eso.

—¿Se le hace extraño verlo bailar?

—Sí, es eso —aseguró con cierta frialdad.

Por fortuna, una amiga suya se acercó a saludarla y la sacó de la situación. ¿Se habría dado cuenta Anthony de cómo había reaccionado al verlo bailar con la joven? ¿Por qué se comportaba como una damisela celosa? Ella era una mujer adulta, que no había sentido nada igual desde que falleció su esposo. La única diferencia era que se trataba de Jack Ambrose, y en el fondo aún esperaba que se le declarase.

* * *

—Ha sido un honor bailar con usted, Jack —la joven Brenda Campbell sonrió agradecida.

—Lo mismo digo. —La acompañó hasta el lugar en el que se encontraba su madre. En ese momento, al desviar la mirada hacia el resto de los invitados, reconoció el rostro de Violet. Quiso acercarse a ella para pedirle un baile, pero desechó la idea de inmediato: ella no se veía de buen humor.

—¿Cómo marcha el trabajo para detener a la Reina de Diamantes?

Jack apenas escuchó la pregunta de la señora Campbell, la visión de Violet lo había dejado trastocado. No entendía su propia sorpresa; Emma y ella eran viejas amigas, era lo esperado que la

invitaran al evento.

—Disculpe, pero no puedo darle demasiados detalles. Cómo entenderá es un asunto oficial —se excusó Jack con una leve sonrisa.

—Claro, claro. Lo entiendo.

—Si me disculpan, iré a saludar a una vieja amiga. Que disfruten de la fiesta. —Se inclinó con respeto ante ellas y se volvió para tratar de localizar a Violet, quien ya no se encontraba donde él acababa de verla. Al buscarla la halló en brazos de un caballero, bailando un vals. Por un momento, contempló la escena, hasta que consideró que sería más acertado salir a la terraza y olvidarse de ella.

—Jack… —La voz de Anthony lo detuvo cuando iba camino al exterior. Volvió el rostro para encontrarse con el fiel ayudante de cámara de Maximilien—. No espera encontrármelo por aquí.

—Soy amigo de la familia desde hace años. He visto crecer a la joven Edith, por eso fui invitado a la puesta de largo. Supongo que lady Adler es también amiga de ellos, si no me equivoco.

—No, no se equivoca.

—¿Dónde está? No la he visto al llegar y me gustaría saludarla.

—Se encuentra en la pista de baile con lord Ascroft. —Le hizo un gesto con la cabeza hacia el salón—. ¿Y usted? Siempre lo encuentro solo.

—Sí, es cierto. Salvo las ocasiones en la que me acompaña Jeremy —dijo entre risas.

—Pero él lo hace cuando se trata de asuntos policiales. No lo secunda cuando hay recepciones o fiestas como la que nos ocupa hoy.

—Es verdad, no tiene por costumbre hacerlo.

—¿Hay novedades con respecto a los robos?

Jack frunció los labios y negó con la cabeza.

—Nada.

—Los periódicos se preguntan si la famosa ladrona se habrá retirado o, si, quizá, planea un nuevo golpe.

Jack tomó aire y miró a Anthony como si quisiera decirle algo.

—Así es. De todas formas, la prensa siempre busca vender. A eso se dedican. Si me disculpa, Anthony, quiero aprovechar para saludar a un viejo amigo que hace tiempo que no veo. —Repitió la excusa. Ahora quería alejarse antes de que llegase Violet. Notó que la música había concluido, que ella estaba sonriente ante los cumplidos del lord. La vio dirigirse hacia donde se encontraban. Entonces, Jack decidió que era mejor una retirada a tiempo.

Se apuró hacia la terraza como si el mismo diablo lo persiguiera para tentarlo. No es que la considerara a ella como tal, pero Violet representaba una tentación a la que él no quería sucumbir. El tiempo había pasado y cada uno había proseguido con sus respectivas vidas luego de la muerte de Maximilien. Él nunca le hizo ver lo que sentía, tal vez ese fue un error, pero ¿de qué le servía pensar en eso en ese momento? De nada. En aquella época, se apartó para dejarle el paso libre a Max, consciente de que no podría competir con él; como le había confesado a Jeremy. Aún después de muerto, tampoco podría.

—¿Jack?

Se detuvo de manera abrupta cuando escuchó una voz femenina que le produjo el mismo efecto que el canto de una sirena.

—Violet.

No pudo evitar fijarse en lo bonita que estaba. Una vez más, debía reconocer que su atractivo lograba impactarlo.

—Anthony me acaba de decir que conversaron, y que habías preguntado por mí. Pero, de repente, te veo en plena huida hacia la terraza —le refirió con una sonrisa algo irónica.

Él bufó sin saber qué excusa poner para justificar su comportamiento.

—No huía, Violet. Solo necesitaba hablar con un amigo, pero desconozco dónde se encuentra porque, al escuchar mi nombre y girarme hacia ti, lo perdí de vista.

—En ese caso, si no te importa que te acompañe, salgamos a la terraza.

La mirada entornada de ella y el gesto de petición, lo llevaron a aceptar. Lo que no esperaba bajo ningún concepto era que ella le deslizase la mano por debajo del brazo y se aferrase para acompañarlo fuera de la casa. A ella parecía resultarle un gesto normal, pero la mirada de él daba a entender que no estaba acostumbrado.

Sin embargo, Jack no se opuso pese a haber huido de ella en un primer momento. Caminaron juntos hacia la noche estrellada que se vislumbraba a través de las dos puertas de cristal.

Había grupos de personas que se callaron y centraron la atención en ellos dos al verlos aparecer. Violet se soltó del brazo. Con una tímida sonrisa caminó hacia la balaustrada con la que contaba la terraza. La noche era cálida, el cielo aparecía despejado de nubes. Uno podía contemplar una luna creciente e infinidad de puntos luminosos y brillantes. Ella sonrió con cierta picardía.

—Hoy es una noche perfecta para estar fuera —comentó Violet con la vista puesta en el cielo, ajena a la atracción que despertaba en Jack.

—Sin duda.

—No esperaba verte —mintió ella.

—Bueno, como le comentaba a Anthony, conozco a George y a Emma desde hace tiempo. Y a Edith la he visto crecer hasta convertirse en la joven que es. Por eso, no podía faltar esta noche. Por Edith.

—Sí, es verdad. Pronto ella empezará a recibir invitaciones para asistir a bailes y cenas. Pronto la veremos casada, espero que el hombre que se le acerque la aprecie por quien es.

—Esa es la vida que le espera, sí.

—Al menos tú no ves al matrimonio como una transacción, como me contaste la otra noche. —Volvió el rostro hacia él con la esperanza de que así era, que mantenía esa opinión.

—Poco importa lo que yo piense. La sociedad se basa en acuerdos entre familias con el firme propósito de aumentar las riquezas o afianzar el estatus social de la pareja.

—¿No has encontrado una mujer por pensar así, Jack? —A ella le vino a la mente la conversación con Emma, acerca de la mujer que le había roto el corazón.

—¿Qué puede importar que yo no haya encontrado una mujer? —Rio ante el comentario, pero también debido a los nervios que ella le provocaba.

—Tan solo me preocupo por la amistad que nos une. Es curioso que todos tus amigos hayan formado una familia excepto tú. Me refiero a George con Emma, o Max y yo, a pesar del resultado final. —Bajó la mirada hacia el suelo durante un momento al recordarlo.

—No he encontrado a una mujer que logre llamar mi atención. Eso es todo.

Ella levantó la mirada y se fijó en el rostro de él mientras rememoraba la conversación con Emma. Lo de la misteriosa mujer, que según parecía, le hizo daño cuando se casó con otro.

—¿Nunca conociste a una que mereciese la pena?

Jack apretó los labios e hizo un leve gesto con la cabeza. Recordó los días en los que ellos dos compartían el tiempo como lo hacían ahora. En los que él pensó confesarle lo que sentía, decirle que ella le parecía especial. En aquel entonces, pensó que podría corresponderle, pero, entonces, Max le contó que se había enamorado de ella. Los padres de él estaban dispuestos a hablar con los de Violet para cerrar un acuerdo de matrimonio. Así era cómo funcionaba la sociedad.

—Eres insistente por lo que veo.

Ella elevó las cejas y lo miró intrigada.

—Alguien me comentó que sigues enamorado de cierta mujer a quien conociste en el pasado.

—Desconocía que mi vida amorosa despertase tanto interés.

—Lo despiertas porque acudes a todas las fiestas que te invitan y siempre lo haces solo.

—No siempre. La otra noche en Buckingham acudí con el comisario y su esposa.

Ella rio sin poder dar crédito a lo que oía. Jack la observaba ensimismado, quería memorizar cada una de sus expresiones: el rubor en las mejillas, el brillo en la mirada. Estaba convencido de que se encontraba ante la mujer más bella del mundo. Poco a poco, ella aminoró las carcajadas al sentirse observada de una forma tan directa e íntima. Le gustó que lo hiciera, le había hecho palpitar el corazón. Se humedeció los labios y desvió la atención del rostro. Aún permanecía lo que había despertado en ella cuando eran jóvenes. Solo que ya no eran los mismos.

—Sabes que no me refiero a esa clase de compañía.

Sin darse cuenta, se habían quedado a solas en la terraza. La gente había regresado al interior, atraídos por la música.

—Lo sé. Es cierto que conocí a una muchacha que despertó mi curiosidad, a la que no habría vacilado en pedir permiso para cortejarla.

—¿Qué sucedió para que no lo hicieras?

Él sacudió la cabeza y sonrió.

—Pasó hace mucho tiempo.

—Bueno, pero ¿qué pasó?

—Ella merecía a otro hombre a su lado.

—¿Renunciaste a ella? ¿Por qué? —Violet abrió los ojos anonadada; llevada por el impulso del momento, se acercó más a él. La conversación se había vuelto íntima.

—Ya te lo dije la otra noche, no poseo nada para ofrecer como dote. Ella, en cambio, era la hija de gente importante.

—Renunciaste a ella —susurró nuevamente sin apartar la mirada de él.

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿La has vuelto a ver? ¿Se ha casado? ¿Tiene familia? ¿Y si ella esperaba que tú te declarases y, al darse cuenta que no te decidías, se hubiera visto obligada a aceptar a otro hombre?

—No le habría quedado otra opción. Soy un simple agente de Scotland Yard —extendió los brazos para dejar constancia de lo que afirmaba.

—Pero, para ella, podrías ser como tener el mundo en las manos —le susurró mientras lo miraba a los ojos. Notó que su corazón palpitaba de una manera que nunca antes había conocido. No. Nunca se había sentido así cuando miraba a Maximilien. No podía equivocarse, a pesar del tiempo.

—No te lo discuto, pero…

—Debiste decírselo.

—¿Qué habría ganado? Nada. Ella no estaba a mi alcance.

—¿Y ahora? Te he preguntado si la has vuelto a ver y cuál era su situación. Tal vez…

Jack frunció el ceño al escucharla. ¿Qué quería decirle? ¿Acaso entendía que se refería a ella y a lo que vivieron de jóvenes? ¿Quería saber si estaba dispuesto a arriesgarse?

—Crees que tal vez tenga una segunda oportunidad con ella.

—¿Si estuviese sola y te la encontrases? ¿Qué le dirías?

Jack sintió un nudo en la garganta, semejante al lazo de un verdugo. No podía creer que se encontraba en tal situación. No. ¿Es que acaso ella lo sabía y esperaba que él le confesara que, de haber tenido una clase social elevada, no habría dudado en cortejarla? Suspiró desconcertado mientras la observaba. Le parecía expectante por lo que tenía para decir.

Violet percibió la incertidumbre en el semblante del oficial. Todo parecía indicarle que era ella a quien se refería.

—No sabría qué decirle. El tiempo ha pasado; las personas cambian.

—Pero es posible que los sentimientos sigan intactos, a pesar del tiempo y las circunstancias.

Jack sonrió.

—Lo que propones es una quimera.

—¿Es lo que le dirías?

—No, claro que no. No sabría por dónde empezar, ni qué reacción esperar. Es posible que ni siquiera se acuerde de mí.

—No hay nada que pueda hacer olvidar un sentimiento verdadero, Jack.

Él cerró las manos en puños y apretó hasta que las uñas se le clavaron en las palmas. Hizo un esfuerzo titánico por no confesarle que ella era la mujer de la que hablaba. Que estaría dispuesto a rodearla y atraerla contra él para besarla como entonces no lo hizo. Pero en cambio, se mantuvo firme y bajó la mirada hacia las manos de ella, que de manera casual e involuntaria había posado en los antebrazos.

La aparición de varias personas en la terraza los obligó a separarse para guardar las apariencias.

—Deberíamos regresar al interior —le sugirió ella al verlo tan conmocionado.

—Sí, hay que estar al lado de Edith en una noche tan especial.

Violet permaneció callada con la mirada puesta en él; sentía como el corazón latía desatado. Había percibido algo en la manera de hablar de Jack que le confirmaba que se refería a ella. Todo parecía indicarlo. Pero no iba a insistir con el tema, prefería dejarlo estar. La forma en la que él dudó también fue bastante reveladora. Lo notó nervioso. También había percibido algo de miedo en la mirada del agente.

Capítulo 9

De regreso en casa, Violet permaneció a solas en el salón. No se escuchaba nada aparte de las tímidas llamas que crepitaban en el hogar. Había sido una noche divertida, emocionante y en la que había conocido la historia de Jack. En la quietud del salón, recordaba la conversación. Se le había quedado grabada la manera de contemplarla, de hablarle, la expresión en el rostro en determinados momentos. Incluso le había parecido verlo dudar y ser incapaz de reaccionar cuando ella le comentó que tal vez la mujer a la que amó aún lo estaba esperando.

—¿Desea algo, señora?

La voz de Anthony hizo que levantase la mirada hacia él. Sacudió la cabeza como respuesta.

—Dime una cosa, ¿tú conocías a mi esposo desde hace mucho tiempo?

—Bastante. ¿Por qué?

—¿Lo veías con Jack Ambrose por entonces?

—En algunas ocasiones. Quedaban para ir al club, daban paseos a caballo por Hyde Park y se juntaban a practicar esgrima. Pero todo eso era antes de que el señor ingresara en el ejército y Jack en Scotland Yard.

—En aquellos días, ¿los escuchaste hablar de alguna mujer en concreto? —Violet percibió el gesto taciturno de su hombre de confianza—. Me refiero a si alguno de ellos frecuentaba la compañía de alguna dama o joven en edad de casarse.

Anthony inspiró hondo antes de entrelazar las manos en la espalda y acercarse a ella mientras la observaba con curiosidad. Creía saber a qué se debían esas preguntas, y prefería mantenerse alerta.

—¿Qué la incita a saberlo?

Violet se envaró, apoyó el brazo contra la repisa del hogar y elevó el mentón como si desafiara a Anthony. Se humedeció los labios y asintió.

—¿Qué sabes de cierta joven que Jack pretendía cortejar? ¿Alguna vez los escuchaste hablar de ella?

Anthony entornó la mirada y elevó las cejas con fingida curiosidad. Le había quedado claro lo que buscaba su señora.

—¿Por qué lo pregunta? —El tono de voz del mayordomo subió. Ella se mostró fría y áspera. Él sonrió—: Solo los escuché hablar de usted, señora.

—¿No hablaban de ninguna otra dama? —Violet elevó una ceja con suspicacia y el ritmo cardíaco se aceleró por el pensamiento que acababa de cruzarle la mente—. ¿Estás seguro de que Jack no se refirió a nadie más con interés?

—Al menos cuando yo estaba delante de ellos, no lo escuché nunca nombrar a nadie. Ni tampoco supe que visitara a alguien. Y eso que su esposo solía hablarme de su amigo. Si hubiese habido una mujer en la vida de Jack, estoy seguro de que me habría enterado. Pero no fue así, tan solo hablaban de usted. —No existió otra para ellos, recordó el mayordomo que así se lo había confesado Max días antes de suicidarse.

La seguridad con la que Anthony le contaba los hechos la obligaba a ver lo que no quería. No tenía ganas de pensar en semejante disparate. ¿Y si la joven a la que se refería en verdad era ella, solo ella? Se preguntó con la mano en el pecho y posó la mirada fija en un punto vacío.

—Es lo que puedo decirle, señora —insistió Anthony mientras la contemplaba. Comprendía que le asaltaran dudas, como en su día le sucedió a él mismo, que fue testigo de cómo la actitud de Jack

Ambrose cambió de manera radical cuando Maximilien le anunció que iba a pedir permiso para visitar a la señorita Adler. Siempre creyó que había algo entre ellos; algo que no le había confesado a su amigo.

—Gracias, puedes retirarte. Permaneceré un poco más aquí.

—Como guste.

Violet inspiró hondo y cerró los ojos mientras apretaba con fuerza los puños. No podía creer que ella era, en efecto, la mujer de la que hablaba Jack. Si Anthony aseguraba que no le había escuchado hablar de otra joven, entonces ¿quién, si no, sería la mujer a la que no pudo aspirar por ser de otro estatus social? Volvió a preguntarse sin querer asumir que se trataba de ella. Era cierto que había experimentado un cambio de carácter y trato por parte de él en un momento. Todo parecía indicar que fue el hecho de que Maximilien le contó que iba a cortejar a la misma joven de la que él estaba enamorado. Entonces, Jack se apartó de la contienda cuando creyó no tener ninguna posibilidad, de modo que le dejó el camino libre a su amigo. Sin embargo, para ella habría sido un imposible, sino, por el contrario, algo palpable, real, como tener el mundo en las manos, tal como le había asegurado. Y ahora, él iba tras ella sin saber que era el personaje que tenía en jaque a Scotland Yard. Se sentó con la atención fija en las tibias llamas, sin dejar de darle vueltas al asunto.

* * *

Jack llegó temprano a la comisaría. Los días pasaban. La Reina de Diamantes no había vuelto a actuar después de los dos últimos golpes. ¿Se habría tomado un tiempo para descansar? ¿Para disfrutar sus logros? ¿O acaso planeaba algo para cuando menos lo esperasen? Tenía en la mente infinidad de cuestiones en relación a ella. Tal vez, la más importante era la pregunta de qué relación tenía

Violet con el sello de los sobres que recibía el padre Stapleton. El sello representaba una violeta; tanto él como Jeremy lo habían notado.

—Todo parece estar muy tranquilo —le comentó el agente al verlo sentado y relajado.

—Eso me preocupa. Que todo esté tan calmado, ¿no crees?

—Al parecer nuestra particular amiga está de retiro —le dijo con un naipe de baraja en la mano.

—No sé qué pensar. Ya pasó más de una semana desde que le robó el collar a la soprano. Y no tenemos ninguna maldita pista, aparte de lo que ya investigamos.

—Me tomé la libertad de ir a hablar con la camarera del hotel, la que dijo que estaba enferma.

—¿Y? ¿Te contó algo de interés?

—Que una mujer le ofreció dinero por ausentarse en el trabajo unos días.

—Eso ya lo sabíamos. ¿Algo que mereciese la pena?

—Nada. Hizo una descripción de cómo se veía, pero apuesto a que se trataba de otro disfraz.

—Sin duda. Al parecer es una maestra en ese arte.

—¿Lograste averiguar algo acerca del sello en los sobres que recibe el párroco? —Jeremy bajó el tono de voz para que nadie lo escuche. Por el momento, no se lo habían dicho al comisario. Jack así lo había querido.

—No. No le pregunté nada aún.

—Pero ¿sospechas de ella?

Jack mantuvo la mirada fija en el rostro de su compañero y resopló.

—No encuentro una explicación que confirme que se trata de ella.

—Suele suceder en ocasiones. Los delincuentes pueden ser personas completamente normales. Tú mejor que nadie lo sabes. Nadie sospecharía de una mujer así, dada su posición social.

—La cual le permite codearse con semejantes y conocer de primera mano los acontecimientos más importantes de la ciudad, antes que nosotros incluso. Así podría evitar que nos anticipemos al próximo golpe.

—Tal vez deberíamos movernos más por las reuniones de la gente de clase alta, ya me entiendes. Es en estos eventos donde se comentan noticias que no aparecen en los periódicos.

—Tendremos que hacer horas extra porque lo que son fiestas, bailes, reuniones y demás en Londres… —Jack resopló y levantó la vista hacia lo alto agotado ante la mera idea—. La otra noche estuve en la presentación en sociedad de la hija de un amigo. Y no te imaginas la cantidad de invitados que había.

—¿Alguien a destacar entre ellos?

Jack frunció los labios y permaneció con la mirada perdida.

—Lady Adler entre muchas otras personalidades de las finanzas y política.

—Parece que ella no se pierde un evento. ¿Hablaste con ella? ¿Algo que merezca la pena destacar?

Lo preciosa que estaba esa noche, además de mi comportamiento estúpido, pensó avergonzado al recordar la escena en la terraza cuando charlaron sobre el pasado.

—Sí, pero nada relacionado con los robos. Hablamos del pasado.

—¿Le confesaste lo que sentías por ella?

Jack levantó la vista y la fijó en Jeremy, quien movía las cejas con la intención de hacerlo hablar.

—No.

—¿Entonces?

—Me preguntó por la mujer de la que estuve enamorado, y que me rompió el corazón. No sé quién se lo ha contado. ¡Vamos, yo era un joven sin ninguna experiencia en la vida! Esa fue la primera bofetada de realidad que recibí.

—Deberías decirle la verdad.

—¿Para qué? Estoy seguro de que, si a esta altura no lo ha descubierto, poco le faltará.

—¿Y si lo hace?

Jack frunció los labios y encogió los hombros.

—¿Cómo podría afectarme?

—Ya te lo dije el otro día. Te conviene que ella no tenga nada que ver con la ladrona. —Jeremy dio unos toques con el dedo al naipe que había sobre la mesa.

Jack sacudió la cabeza sin creer en las sospechas de su colega. La puerta del despacho del comisario se abrió e interrumpió la conversación entre los agentes.

—¿Alguna novedad con respecto a los últimos robos?

—Bueno, consideramos la posibilidad de que la Reina de Diamantes venda los objetos robados.

—¿En serio? ¿Cómo lo saben?

—Por uno de nuestros informantes en las calles de la ciudad. Asegura que un amigo suyo conoce a un perista que vio a los objetos.

—¿Cuál es su nombre?

—Lo desconocemos, señor —apuntó Jeremy.

—¿Y el dinero? ¿Para qué lo emplea?

—La pista nos llevó hasta un orfanato.

—¿Lo destina a los huérfanos? ¿A qué clase de ladrona perseguimos? ¿Una modalidad femenina de Robin Hood? —El comisario miraba a los dos agentes asombrado y con las manos en las caderas.

—Eso parece.

—¿Hablaron con el director del orfelinato?

—El padre Stapleton —respondió Jeremy, que llevaba el peso de la conversación mientras Jack escuchaba.

—Bien, ¿y qué les ha contado? ¿Quién le entrega el dinero?

—No lo sabe.

—¿Cómo no lo sabe? ¿Me toman el pelo?

—El dinero llega en un sobre anónimo. Sin remitente alguno.

El comisario Thibault resopló y se llevó la mano al mentón con gesto pensativo.

—Está bien. Ustedes sugieren que el dinero podría venir de las joyas vendidas, pero no tenemos pruebas. Lo que sabemos es que alguien dona una cantidad de dinero al orfanato, nada más. Podría tratarse de cualquier persona, no necesariamente de ella. Yo me inclino más a la idea de que se trata de encargos que alguien le propone y ella acepta. Ya podemos decirle adiós al diamante y a las joyas de McCloud. En cuanto la prensa se entere… —El comisario sacudió la cabeza sin dar crédito a la noticia—. ¿No hay ninguna pista de quién podría ser?

Los dos agentes intercambiaron miradas en un gesto de complicidad. Si le contaban al comisario lo de la flor del lacrado, tampoco le daría mucha credibilidad al tratarse de lady Adler. De modo que no abrieron la boca.

—Por ahora es todo lo que tenemos.

—Confío en que no se trate de una dama de la alta sociedad; el escándalo sería mayúsculo. En fin, continúen con la investigación a ver qué más descubren. —Agitó la mano en dirección a ellos y regresó al despacho.

Los dos agentes resoplaron aliviados.

—Hay que hacer algo al respecto —sugirió Jeremy.

—Lo único que podemos hacer es esperar una nueva actuación de la Reina de Diamantes. O intentar anticiparnos para que no lo logre. También confiar en que deje de actuar, pero se parece más a un acto de fe que lo que un investigador de Scotland Yard debe hacer.

—No abandonará los robos mientras la finalidad sea favorecer a los huérfanos. Lo sabes.

—Bueno, como ha dicho el comisario, tampoco está muy claro que el dinero que recibe el párroco provenga de la venta de objetos robados. Podría ser cualquiera en Londres.

Jack apretó los dientes, furioso. Jeremy tenía razón, ella no se detendría si no la apresaban.

* * *

Violet había pausado las actividades ilícitas. Las semanas pasaban sin que ella sintiese interés por volver a actuar. Llevaba sin saber nada de Jack desde la puesta de largo de la joven Edith. Pasaba la mayor parte del tiempo en su casa, entregada a otros pasatiempos. La apatía que sentía se debía a que Jack le hubiera insinuado que había sido ella la razón por la que no quiso conocer a otra mujer. Entendía que no se lo hubiera confesado cuando todavía eran jóvenes, ya que su padre no lo habría aceptado. Pero ¿qué le impedía hacerlo ahora?

Cuando Anthony apareció en la biblioteca y la vio centrada en el periódico consideró que, quizá, no valiera la pena interrumpirla. Desde que mantuvieron la conversación en torno a Jack y la misteriosa mujer a la que amó, ella no había vuelto a ser la misma. Él conocía la verdad, porque Maximilien le hizo partícipe de las conversaciones que mantenía con Jack, aunque nunca pronunciaron nombres. Iba a marcharse cuando ella levantó la mirada del papel al darse cuenta de que ya no estaba sola.

—¿Qué sucede?

—Solo quería saber si necesitaba algo.

—No, estoy bien. Gracias, Anthony.

—¿De verdad se encuentra bien? Lleva días sin salir de casa. Llegaron numerosas invitaciones para asistir a cenas, bailes y reuniones sociales, pero no aceptó ninguna.

Violet cerró el periódico, lo dobló y lo dejó sobre la mesa. Contempló a Anthony y sacudió la cabeza.

—Es verdad, hace tiempo no socializo. —Posó la mano sobre el montón de correspondencia abierta que permanecía allí y que ella había olvidado tirar o quemar—. No tenía ganas. Eso es todo.

—Entiendo. ¿Tiene algún plan para hoy en mente?

Ella volvió a negar con cara de indiferencia.

—La verdad es que no.

Anthony percibía que estaba desanimada y no entendía qué le sucedía. Ella no se lo confesaría, a pesar de la confianza que existía entre ellos. Por otra parte, se sentía aliviado, porque así dejaba a su *otro yo* también en casa. ¿Podría haber llegado el momento en el que ya no necesitaba al personaje?

Violet no dijo nada más y vio cómo Anthony se marchaba. Ella se reclinó contra el respaldo de la silla. Comenzó a analizarse a sí misma. Era verdad: había rechazado todas las invitaciones de las últimas semanas. No había sentido la necesidad, o más bien, las ganas de asistir a ningún evento. ¿Acaso huía de Jack Ambrose? Se preguntó de repente cuando le llegó el nombre a la mente. Las últimas ocasiones en las que ella había acudido a alguna fiesta, él estaba allí. Como si la persiguiera. O como si fuese una jugada del propio destino. No huía de él, todo lo contrario. Pero también era cierto que no tenía intención de que él llegase a descubrirla, mucho menos detenerla. Jugueteó con el anillo que llevaba en la mano derecha, un regalo de sus padres del día en que se presentó en sociedad. Entrecerró los ojos y se llevó un dedo a los labios. ¿Tal vez debía volver a ser la Reina de Diamantes? Un nuevo golpe que captase la atención de Jack le vendría bien, la mantendría en alerta. Volvería a ser ella.

* * *

—Encontramos al perista que tasa y compra las joyas robadas —le anunció Jack al comisario en cuanto recibió la información.

—Bien, ¿y por qué no está aquí para interrogarlo? —El comisario fulminó con la mirada a Jack a la espera de una aclaración.

—Iremos enseguida. La información nos llegó recién a través de uno de nuestros confidentes.

—¡Vayan de inmediato! ¿Qué es lo que esperan? —le ordenó mientras señalaba la puerta del despacho.

Jack no se lo hizo repetir, y se largó acompañado por Jeremy.

—Espero que nadie le informe que vamos a verlo —comentó nervioso ante la idea—. Si damos con él, es probable que tengamos a la persona que le lleva las joyas. Tal vez no podamos recuperarlas, pero al menos lograremos averiguar quién está detrás de los robos.

—No cantes victoria, amigo. Me espero cualquier cosa. Hay demasiado hermetismo en torno a la figura de nuestra querida ladrona, y ella sabe ocultar muy bien el rastro.

El hombre al que buscaban negociaba en ese instante la entrega de un anillo, varias pulseras y algunos pendientes. Observaba con detenimiento lo expuesto ante él.

—Son buenas piezas.

—Son caras —le aseguró el vendedor. Un tipo con pinta de ratero.

—Sí, no te lo discuto, pero… —Levantó la mirada y se fijó en las dos personas que acababan de entrar al lúgubre taller. No tenían aspecto de querer vender nada, sino todo lo contrario—. Recoge y vete. Hazme caso.

El vendedor agarró todas las joyas en una mano y se las guardó en un bolsillo del deslustrado abrigo. Bajó la cabeza para que los recién llegados no se fijasen en él, y se volvió para irse, cuando una mano lo retuvo.

—Un momento. ¿Joseph Steenie? —preguntó Jack. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, con el pelo de color gris y unos pequeños ojos que se vislumbraban a través de los anteojos.

—¿Quién lo busca? —preguntó a la vez que miraba a ambos agentes por encima de la montura de los lentes.

—Los agentes Ambrose y O'Rourke —dijo Jack a modo de presentación, y señaló después al otro oficial.

—Eh, quieto —le ordenó Jeremy al tipo que tenía agarrado cuando hizo ademán de querer irse.

—Scotland Yard… —murmuró Steenie sin sobresaltarse en lo más mínimo. Era consciente de que tarde o temprano darían con él, era parte del plan. Sabía lo que debía hacer y decir en todo momento, de manera que no tenía nada que perder.

—Verás, Steenie, nos han informado que alguien vino a venderte un diamante y cierto collar de esmeraldas.

El perista parpadeó como si no diese crédito a la información. Se limitó a sacudir la cabeza en un intento por negarlo y que los agentes lo dejen tranquilo.

—No, no. No tengo constancia de eso.

—Vaya, es curioso que lo niegues. En ese caso, Jeremy, registra al hombre a ver a qué venía.

—No, no. Yo solo… —protestó al ver que una de las manos del agente daba con las joyas que iba a vender.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? Mira, Jack.

—Todo es robado, ¿no? —El agente entornó la mirada hacia el hombre.

—Es una herencia familiar —se apresuró a decir el sujeto nervioso por la situación.

—En ese caso, no tendrás inconveniente en demostrarlo. Una copia del testamento o bien del notario. Cualquier documento que acredite que las joyas te pertenecen servirá. ¿Nos lo explicas en la comisaría? Podrás llamar a alguien que corrobore tu historia, ¿sí? Bien. En cuanto a ti, bueno podemos hacer un registro…

—No sin una orden.

—En tal caso, dinos quién te trajo las piezas que acabo de mencionarte. Todos en el barrio saben que compras objetos robados, Steenie.

El perista le sostuvo la mirada a Jack sin temer su reacción. Todo estaba preparado.

—De acuerdo, está bien. Me las trajo un hombre hace unos días.

—Ves como teníamos razón. ¿Qué hombre? Imagino que no sabes el nombre, así que descríbelo.

El perista se humedeció los labios para ganar tiempo. Sacó un pañuelo arrugado del bolsillo interior de su levita con el que fingió secarse el sudor de la frente.

—Era un tipo alto. De aspecto regio, serio. Con el pelo gris, casi blanco. Tenía una mirada inquisidora, firme y fría.

—¿Algo más?

—Vestía de manera elegante. Se notaba que provenía de una clase media o alta.

—¿Algún rasgo distintivo? ¿Algo que te llamase la atención de él? ¿Tal vez la voz o el acento?

El perista sacudió la cabeza.

—¿Vino en alguna ocasión más? Ten cuidado porque sabré si mientes. Alguien te ha visto hacer negocios con las piezas y te ha delatado. Así que colabora.

—Una vez más.

—¿Qué trajo? —Jack frunció el ceño interesado.

—Un cuadro muy valioso. No sabría decirle más, agente.

Jack permaneció pensativo. Era el último trabajo de la Reina de Diamantes previo a desaparecer hasta el incidente del diamante. Quedaba claro que el perista frente a ellos era el más importante para ella. O el que más dinero le daba.

—¿Qué has hecho con los objetos?

—Ya no los tengo, los vendí enseguida. A los pocos días.

—En cuanto se conoció la noticia —comentó Jeremy—. Era de suponer que algún coleccionista interesado se hiciera con ellos. Resultará imposible encontrarlos.

—Sí —asintió Jack desalentado—. Está bien. Si por casualidad vuelve, manda aviso a la comisaría. Es necesario que sepamos para quién trabaja, ¿entiendes?

—Por supuesto, agente.

—Bien. Vamos a ver qué hacemos con él —dijo, y señaló al tipo que Jeremy tenía retenido.

No habían avanzado mucho para su gusto, pensó Jack mientras abandonaba el lugar. La descripción del hombre que actuaba en nombre de la Reina de Diamantes no le decía nada nuevo. Podría ser cualquiera, hasta el mismo Anthony encajaba en el perfil.

Capítulo 10

Violet escuchaba la conversación entre dos conocidas sin prestar la menor atención. Su mente vagaba por otros caminos muy distintos. Se encontraba en el cumpleaños de lady Daphne Stuart, una gran amistad de Maximilien, a pesar de que no había tenido mucho interés en asistir. Decidió ir acompañada de Anthony, como solía hacer. Llevaba semanas algo decaída, raro en ella. No había vuelto a participar en ningún robo, ya que no encontraba nada que le llamase la atención. Y eso a pesar de que había decidido reavivar la relación con Scotland Yard. Por otro lado, tenía que informarse acerca de las necesidades del orfanato del padre Stapleton. Podría acercarse y charlar con él sin revelarle su identidad. De pronto, la conversación le llamó de nuevo la atención.

—Hace tiempo que no sucede nada interesante en la ciudad —comentó lady Stuart.

—Bueno, si no te parece interesante todo el revuelo que hay en el palacio de Buckingham con el cambio de ministro, los problemas de las damas y demás… No sé qué decirte —le recordó lady Montrose y arqueó las cejas al contemplarla sin poder creer lo que oía.

—Lo es, sin duda. Lo cierto es que la joven reina no ha tenido un buen comienzo de reinado. —Lady Stuart frunció los labios preocupada por la situación—. Lo digo por la ladrona que tuvo en jaque a Scotland Yard.

—Ah, se habrá cansado de robarle al resto —dijo sin ninguna emoción Eliza Montrose y agitó la mano en el aire.

—¿No digas que no te parece emocionante que una mujer sea la persona más buscada en Londres? —Daphne contempló a Violet con cierta agitación—. ¿Qué opinión te merece, querida?

Violet tardó unos segundos en opinar, la pregunta pareció tomarla desprevenida. Pero logró rehacerse de inmediato.

—Al parecer dejó de actuar, hace semanas que no sucede nada.

—Yo creo que planea el próximo golpe —apuntó lady Stuart entusiasmada ante la idea de tener razón.

—¿Te gustaría ser ella? Por lo que lady Stuart da a entender, cambiaría de papeles con la Reina de Diamantes sin dudarlo —ironizó Eliza.

—No estoy segura.

—¿Qué me dices de la libertad que disfruta? Inquieta a los hombres, en especial al agente Jack Ambrose. Una completa heroína —opinó lady Stuart.

—¿Lo conoces? —preguntó Violet con excesiva curiosidad.

—Lo vi de refilón en el palacio de Buckingham. La presencia del agente esa noche no pasó desapercibida entre el género femenino —confesó con una ligera risita.

—Pero admite que lo que hace es un acto delictivo, querida. —Violet pretendía tantear las opiniones de quienes la rodeaban.

—Sí, pero a lo que yo me refiero es a que se trata de una declaración de rebeldía contra los hombres. A mí no creo que me robe nada de valor, puesto que no lo tengo —aseguró lady Stuart.

—¿La consideras una rebelde contra la sociedad? —acotó lady Montrose sorprendida por la declaración.

—Sin duda pienso que es una protesta.

—¿Y si la atrapan?

Violet permanecía en silencio, atenta a la conversación entre las dos mujeres.

—No creo. Es demasiado astuta. Por otra parte, no deseo que lo hagan.

—¿En serio? ¿Pretendes que haga de las suyas por tiempo indefinido?

—Sin duda. Cada mañana echo un vistazo al periódico cuando Charles lo deja para buscar noticias de mi heroína. Me satisface saber que no la han atrapado.

—Desconocía que fueses tan moderna —le dijo Violet con una sonrisa divertida por las declaraciones de su amiga. Ella no se había considerado a sí misma como una heroína para las mujeres.

—Ya ves… En fin, creo que deberíamos movernos un poco y charlar con otros invitados —sugirió lady Stuart de forma amena, con un cambio de tono y rictus que nada tenía que ver con el que tenía al hablar de la Reina de Diamantes.

Violet se apartó de ellas con una sensación extraña tras escuchar la defensa de Daphne con respecto al *alter ego* que ella ocultaba. ¿La consideraba una heroína para las mujeres de la sociedad? No tenía ese objetivo. Tampoco pretendía demostrar nada contra los hombres, ni mucho menos contra los agentes de Scotland Yard. Bueno, tal vez un poco con respecto a Jack. Hace tiempo que veía a los robos como una manera de buscar revancha por lo que sucedió entre ellos en el pasado. Pero una vez que escuchó la versión de él de los hechos y por qué no se había declarado a cierta joven, la idea de la revancha había desaparecido por completo. Incluso llevaba semanas sin actuar, sin saber bien por qué. Sin embargo, notó que eso parecía alejar a Jack de ella.

Anthony se acercó cuando la vio deambular por la fiesta. Parecía abstraída en sus pensamientos. Asentía por cordialidad cuando algún invitado la saludaba, pero poco más. ¿Qué le sucedía? ¿De qué habría hablado con la anfitriona y con lady Montrose?

—¿Todo está bien, señora?

—Sí, sí. Estoy bien, Anthony. Dime, ¿crees que la Reina de Diamantes es una heroína para las mujeres?

Él se quedó clavado en el sitio sin poder quitar los ojos de su señora. Inclinó la cabeza con la mirada entornada y expresión de curiosidad.

—¿Lo pregunta en serio?

—Lady Stuart así lo asegura.

—Desconocía que la vieran de tal forma. No sé qué puedo decir.

—Asegura que no quiere que la atrapen porque tiene en jaque a los agentes. Y también porque se rebela ante los hombres de la sociedad.

—Bueno… Lo cierto es que nadie espera que una mujer de la clase alta se dedique a tales menesteres por pura diversión.

Violet apretó los labios y desvió la atención del rostro de Anthony. Entrelazó las manos y siguió su camino con el pensamiento centrado en ello.

—Lady Stuart asegura que le disgusta que no haya vuelto a actuar. Extraña leer sobre ella en los periódicos.

—Se ha convertido en una especie de distracción para algunas damas, por lo que parece. No se deje llevar por esos comentarios —se apresuró a añadir con temor de que su señora lo hiciese y por precipitarse la atrapasen—. Piense por un momento en el escándalo que se crearía si la sociedad y la propia reina se enterasen.

Violet se mordió el labio con gesto pensativo. Sí, un escándalo de semejantes proporciones acabaría con ella. No estaba segura de qué pena le impondrían, pero tampoco quería averiguarlo. No pronunció ninguna palabra más y continuó con el paseo por la casa. Debía admitir que la conversación había picado en el orgullo del personaje que representaba. Tenía que activarlo cuanto antes, necesitaba sentirse útil. Viva. De paso, volvería a atraer a atención de Jack.

Cuando Violet regresó a su hogar, se encerró en la biblioteca con la idea de volver a actuar en breve. Pero no se precipitaría, como le había asegurado a Anthony. Se tomaría un buen tiempo en planificarlo. Lo primero que tenía que hacer era regresar a las reuniones sociales y prestar atención. Debía estar atenta a las conversaciones por si se enteraba de algo importante relacionado con el arte. Leer los periódicos en busca de noticias jugosas. De ese modo, esperaba enterarse con tiempo de algo que valiera el esfuerzo de planificar un golpe.

* * *

Jack y Jeremy paseaban por el barrio de West End envueltos en la fría niebla. Se detuvieron frente al mercado de Covent Garden. El mismo había sido remodelado hacía nueve años por el arquitecto Fowler, por petición del sexto duque de Bedford. En esos días, la gente acudía en masa al nuevo mercado, ya que era atractivo y estaba muy bien gestionado.

Jack caminaba cabizbajo, con las manos dentro de los bolsillos del abrigo.

—¿Qué piensas hacer para atraparla?

—Hablé con el comisario la otra tarde y me comentó el plan de atraerla con una trampa. Un señuelo.

—¿Y crees que caerá? Tengo mis dudas al respecto.

El tono de incomprensión empleado por Jeremy provocó una media sonrisa cínica en Jack.

—Yo también, así se lo hice saber al comisario. No estoy seguro de que funcione, pero, si lo preparamos con calma y con todo detalle, es posible que caiga. Presiento que todo este tiempo de inactividad no es porque se haya retirado de la escena, sino porque trama un nuevo golpe.

—Ya. Es la impresión que me da a mí también. Ahora sé sincero conmigo, ¿y si realmente se trata de Violet Adler?

Jack resopló y movió las cejas. Esperaba que no, ya que sería un gran contratiempo.

—Espero saberlo pronto; el plan del comisario ya está en marcha.

—Pero, ¿y si es ella? ¿Qué harás?

—¿A qué te refieres? ¿Preguntas si seré capaz detenerla llegado el caso? —El gesto de Jeremy hizo que Jack se detuviera y sacudiera la cabeza, atónito ante la pregunta del oficial.

—Te lo pregunto de nuevo: ¿lo harías?

—El pasado es el pasado; debe permanecer allí. No podemos volver y cambiarlo. De todas maneras, en mi caso no modificaría nada. De modo que no puedo dejarme llevar por lo que ella representa para mí. Jeremy, soy agente de Scotland Yard. Por el momento es todo lo que tengo como para ir y arruinarlo —le dejó en claro. Se detuvo en seco para observarlo.

—Pero sigues enamorado de ella, Jack —le recordó Jeremy y, con ese comentario, lo obligó a volverse hacia él a pesar de haber emprendido el camino, lo que provocó disturbios entre los transeúntes.

—Aunque así fuese, me debo a la justicia y mi cometido sería detener a la Reina de Diamantes, sea quien fuere.

Jeremy permaneció callado mientras pensaba en la respuesta. No estaba seguro de que, llegado el caso, Jack pudiese actuar de ese modo. Solo esperaba que la decisión no le pasase factura en el futuro.

—Tal vez deberías insinuárselo la próxima vez que se encuentren en alguna reunión. Así podrías averiguar si ella es la persona tras la que andamos.

—¿Por qué no se lo preguntamos a ella o a Anthony en persona? —Hizo un gesto con la cabeza hacia ambos, a quienes acababa de ver bajar de un coche y cruzar la calle. Jack se fijó con atención en mayordomo, en el porte distinguido, serio y elegante. Una descripción que, ahora que lo veía de cerca, podría ajustarse a la que les hizo el perista. Prefería analizarlo a él antes que quedarse embobado por mirar a Violet. Pero no pudo evitar hacerlo de todos modos cuando ambos se encaminaron hacia ellos.

Ella no esperaba encontrarse con los agentes. Lo cierto era que llevaba tiempo sin saber nada de ellos, puesto que no habían vuelto a coincidir en las últimas reuniones sociales a las que había asistido. Debía admitirse a sí misma que la distancia entre encuentros le había dado un respiro para pensar en cómo actuar. No apartó la

mirada de Jack a medida que ambas parejas se acercaban la una a la otra. El encuentro era inevitable. Él mostraba curiosidad, sorpresa y, para ser honestos, inquietud.

—Caballeros. Qué coincidencia —dijo Violet cuando estuvieron separados por escasos pasos.

Jack pareció inseguro ante la inesperada aparición de ella. Vestía en color gris, que contrastaba con el verde musgo del vestido que asomaba por encima del cuello y el bajo del abrigo. Se había peinado el cabello en la parte posterior de la cabeza para dejar al descubierto el rostro sin añadidos de color. Solo el rubor de sus mejillas debido al frío que hacía. Los ojos de Violet lo escrutaban con fijeza como si tratara de descifrar sus pensamientos, que, además, la tenían a ella como protagonista. Tal vez por eso ella sonreía con picardía.

—Violet. Anthony. ¡Qué sorpresa verlos! Son las últimas personas que esperaba encontrarme —les aseguró Jack mientras paseaba la mirada por ambos rostros.

—No sé cómo tomarme tus palabras.

—Me refiero a que se me hace raro verlos en la calle cuando siempre nos encontramos en reuniones sociales.

—Lo cierto es que llevo sin asistir a eventos formales hace un tiempo. He decidido tomarme un descanso así que evito socializar a todas horas. Y las pocas ocasiones en las que salí, no los he visto. En especial a ti, Jack. —Hizo un ligero movimiento con la cabeza en dirección al oficial.

—Sí, no me he prodigado demasiado por reuniones últimamente. Uno tiene que atender otras obligaciones y también descansar.

—¿Están de servicio? ¿Persiguen a algún delincuente? —Violet cambió el tema de la conversación, puesto que no pretendía hablar de su vida social. Eso le hacía pensar en la última vez que se habían visto y en la conversación que había tenido con Emma.

—Siempre es bueno darse una vuelta por la ciudad, por si uno descubre algo interesante.

—¿Cómo marcha el asunto de la Reina de Diamantes? Los periódicos han dejado de mencionarla. —El gesto de asombro de ella llamó la atención de ambos agentes. ¿Sería fingido? Pensó Jack al fijarse en la expresión.

—Es lo que hay. Tal vez, haya decidido tomarse un respiro de igual modo que tú, Violet, al no asistir a las veladas. Espero que dicha ausencia no se deba a que prepara un nuevo golpe. Ni que la tuya en la veladas sea muy prolongada.

La comparación le resultó divertida, tanto que no pudo evitar reírse.

—Ni que fuésemos la misma persona —le sugirió mientras observaba con atención cómo Jack decidía permanecer callado y no pronunciarse al respecto—. Es cierto que debería volver a frecuentar las reuniones sociales, pero no me gustaría que mi aparición coincidiese con el regreso de la ladrona más buscada en todo Londres.

—Descuida, eso no sucederá.

Durante unos segundos ninguno de los allí presentes dijo nada. Jack y Violet se limitaron a contemplarse como si ambos esperasen que fuese el otro el que rompiera el silencio. Ella sonrió antes de despedirse.

—No queremos entretenerlos mientras trabajan. Ha sido un placer, caballeros.

—Lo mismo digo. Espero verlos pronto en una celebración. —Jack se inclinó un poco sobre ella para recibir el aroma floral a perfume, pero notó un brillo algo maligno en los ojos puestos en él.

—Lady Adler. Anthony. —Jeremy hizo una leve inclinación de cabeza hacia ambos antes de despedirse y proseguir sus respectivos caminos.

Violet sintió cómo el calor le inundaba el cuerpo de una manera repentina y ascendía hasta el rostro, que parecía querer encenderse.

—¿Cree que sospecha algo de usted? Pregunto por la comparación que realizó entre el hecho de que no asista a las reuniones sociales y la desaparición de la Reina de Diamantes —le

consultó Anthony cuando estuvieron lo bastante lejos como para que no los escuchara.

—¿Por qué debería hacerlo? No creo que tenga ninguna pista fiable para sospechar de mí —le rebatió algo enojada por el comentario—. Ni tampoco le he dado ningún motivo para ello. Es un comentario como cualquier otro.

—Yo, si fuera usted, no me fiaría.

—Y no lo hago… —murmuró; ya había pensado en el asunto, pero no en el sentido que Anthony le daba, sino en el personal. Si había dejado de asistir a las reuniones, bailes y demás presentaciones en sociedad se debía a que no quería encontrarse con Jack, pero no al hecho de que estaba aburrida o cansada. Prefería alejarse de él al menos durante un tiempo. Le molestaba no ser capaz de dominar las emociones con respecto a Jack. Quería dirigir ella la situación—. ¿Qué sabemos de la tiara de diamantes que debería llegar en breve a la casa de subastas de Sotheby's?

Anthony se detuvo en seco al escucharla mencionar el objeto. Frunció el ceño contrariado, en verdad creía que había dejado a la Reina de Diamantes a un lado. Pero acababa de comprender que el tiempo que había pasado prácticamente recluida en la casa había sido para proyectar un nuevo robo.

—No sé de qué me habla.

—¿No lees los periódicos? Pues deberías hacerlo, estarías al tanto de lo que sucede en Londres. Aparte, claro está, del nombramiento de Robert Peel como nuevo primer ministro británico.

—No, no lo hago —mintió Anthony para no dar pie a una conversación en torno a la noticia—. ¿Acaso piensa hacerse con la tiara?

Violet emitió un sonido grave que reflejaba el interés que sentía por la pieza.

—Debo valorar las posibilidades. Estoy algo aburrida, la verdad. Solo te preguntaba a ver qué sabías, pero ya veo que no estás al tanto —le aseguró algo molesta. La noticia de la tiara que perteneció a una reina europea le había llamado la atención, pero era algo

pronto para plantearse robarla. Debía regresar a la primera página de los diarios londinenses. Retomar a la ladrona más buscada por la policía con el fin de no quedarse todo el día pensando, soñando con un Jack imposible. Prefería que él fuera el agente que iba tras ella y, a la vez, a quien pretendía atraer, pero no un fantasma al que evocar.

* * *

Los dos agentes proseguían el camino de vuelta a la comisaría.

—¿Qué opinión tienes sobre el comentario de Violet acerca de que la Reina de Diamantes no aparece en los diarios?

—No he querido sacar ninguna conclusión. Ella sabe que es el caso en el que estamos metidos, nada más —le respondió Jack sin darle mayor importancia.

—¿Y qué opinas de que se ausente en las reuniones?

—Puede ser que necesite tiempo para descansar. No sé qué le pasa por la mente.

—Pero he visto el gesto que puso cuando comparaste su ausencia en las reuniones con las de la Reina de Diamantes.

—Si, sé a qué apuntas. Cambiando de tema, se habla de una tiara de brillantes que será subastada en Sotheby's —le comentó con toda intención para captar la atención de su colega.

—Sí, lo leí esta mañana.

—Espero poder confirmar nuestras sospechas la próxima vez que nos encontremos. Por lo pronto, debemos centrarnos en la misión que tenemos entre manos: atraer a la Reina de Diamantes con la tiara como cebo, confío en que no podrá resistirse —aseguró Jack, pero en realidad se sentía algo confundido con los acontecimientos. No sabía si Violet era la célebre ladrona, pero algo había que hacer

para saberlo. Él prefería que no lo fuese o, de lo contrario, se enfrentaría a un gran dilema moral. Claro que, para descartarla, habría que correr el riesgo.

El comisario Thibault recibió al director de la casa de subastas, Ernest, en el despacho. Los unía una estrecha amistad, por eso le había pedido que colaborara con el asunto. Debían terminar de ponerse de acuerdo con respecto a cómo actuarían. Los agentes Jack y Jeremy estaban presentes para coordinar la operación. El director de la casa de subastas mantenía un gesto serio, preocupado por el devenir de los acontecimientos. La propuesta por parte del comisario lo había tomado por sorpresa, pero, una vez que le explicó los detalles de lo que querían hacer, el director se vio algo más relajado.

—Queremos atraer la atención de la ladrona hacia la tiara, Ernest. Para lograrlo le hemos dado cierta publicidad en los diarios, conscientes de que ella los leerá.

—Pareces muy seguro, Robert —comentó el director de la casa de subastas quien parecía perplejo ante la idea.

—Confiamos plenamente en que así será. No podrá resistirse a robarla. Los agentes Ambrose y O'Rourke, aquí presentes, han sido los encargados de llevar el caso desde el inicio. Conocen a la perfección lo que tramamos y estarán en la casa de subastas cuando la tiara se presente.

—¿Y si puja por ella?

Los tres agentes lo miraron con sorpresa al considerar la posibilidad, que honestamente ninguno había contemplado.

—¿Qué la compre? Me parecía extraño —comentó el comisario sin salir del asombro. Desvió la atención hacia Ambrose y O'Rourke en busca de una explicación.

—Creo que actuar así no forma parte de su carácter —intervino Jack mientras miraba al director de la casa de subastas—. Le gusta el riesgo, el peligro y burlar a la autoridad, como hizo con las joyas

de la soprano. Para ella, es una diversión que no logramos comprender. Pero estoy convencido de que intentará robarla, no comprarla. No le interesa, sería demasiado fácil para ella.

Ernest apretó los labios y asintió.

—Está bien. Ustedes la conocen. Si piensan que tratará de robarla, tomaremos todas las medidas de seguridad necesarias.

—Le recomiendo que lo haga antes de que llegue el día de la subasta —le advirtió Jack con aplomo.

* * *

—¿Cómo lo ves? —preguntó a Jeremy cuando estuvieron a solas.

—No creo que se atreva a comprarla, porque, como le has dicho al director, a la Reina de Diamantes le gusta el riesgo, el peligro de ver si logramos atraparla. No tendría aliciente alguno pujar por ella.

—Tendremos que estar atentos los días anteriores a la subasta.

—¿Qué harás para estar cerca de Violet? ¿No irás a meterse en su casa para no dejarla salir de allí? ¿O vas a montar guardia veinticuatro horas en la puerta para ver cuándo sale y adónde va?

Jack resopló y sacudió la cabeza.

—Ya pensaré en algo.

No sabía qué hacer con ella, pero estaba seguro de que evitaría que robase la tiara, para, de ese modo, no tener que atraparla. Presentía que era ella la ladrona. Y quería averiguarlo antes de actuar.

Capítulo 11

Había llegado la noche en la que Jack confiaba en hacerle ver a Violet que sería una locura intentar robar la tiara. Estaba convencido de que acudiría, acompañada de Anthony, a la presentación que se llevaría a cabo en la casa de subastas. Sería entonces cuando trataría, por todos los medios, que desistiera. A pesar de que no poseía pruebas contundentes, algo dentro de él le decía que ella era la Reina de Diamantes.

Llegó junto a Jeremy al edificio que albergaba las oficinas de la casa de subastas en la que se realizaría la presentación. No podía dejar de mirar en todas las direcciones en busca de ella, pero, de momento, no la veía.

—¿Nervioso?

La pregunta de Jeremy captó su atención. Lo estaba, sí. Porque no había visto aparecer a Violet aún.

—Me resulta extraño que no haya llegado. Ya he reconocido a varios nobles entre los invitados, solo falta que aparezca la joven reina Victoria —frivolizó para soportar la tensión que le provocaba la ausencia de Violet.

—¿Y si no aparece? ¿Y si sospecha que la vigilamos?

—¿Por qué debería pensarlo? Solo hablamos con ella en calidad de testigo por lo sucedido en casa los Brunswick. —Jack se encogió de hombros sin darle mayor importancia a las sospechas del otro oficial.

—Sí, pero reconoce que si resulta ser nuestra ladrona…

—Ya… ¿Quieres decirme que puede sospechar que la subasta es una trampa?

—No, pero quizá note que la observamos.

—No creo que… —Jack alzó la vista por encima de su compañero y se quedó petrificado. Jeremy se dio cuenta del gesto de él y giró para reconocer a Violet Adler acompañada por Anthony.

—Bueno, ahí está. Qué empiece el juego —comentó Jeremy a la vez que se apartaba unos pasos de su colega.

Jack sentía sequedad en la boca, y tuvo que inspirar hondo en un intento por recomponerse. Con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, permanecía como una estatua, mientras observaba a lady Adler saludar a otros invitados, ajena a su presencia; algo que agradecía porque le permitía observar cualquier movimiento con atención. Por un momento, la mirada de ella deambuló por el salón como si buscase algo o a alguien. Pareció encontrarlo al detenerse en él. Le dedicó una sonrisa enigmática y asintió a modo de saludo, pero no acudió a hablarle.

Jack tomó aire de nuevo, todavía no había logrado sosegarse. ¿Es que no podía controlarse a causa de la presencia de lady Adler? Era lo que esperaba y deseaba que sucediera, ¿no?

—En fin. Ahí está, se dirige a la vitrina—le mencionó Jeremy.

—Ya veo.

—¿Crees que, de ser ella, estaría tan loca cómo para robarla delante nuestro?

—Sea ella o no, recuerda cómo se hizo pasar por una simple camarera de hotel para llevarse las joyas de la soprano Elizabeth McCloud. Personalmente aún me pregunto cómo diablos llegó hasta la caja fuerte donde lord Brunswick guardaba el diamante —le recordó a Jeremy con la mirada entornada; nada ni nadie la detendría si no lo hacían ellos.

Jeremy elevó las cejas y asintió. Jack tenía razón. Podía sustraerla de la manera más inesperada, como lo había hecho con el diamante Athenea.

—Será mejor que estemos atentos.

Jack no perdía detalle de Violet mientras ella contemplaba la tiara. Estaba deslumbrante con aquel vestido en tono aguamarina que se ajustaba a su talle a la perfección. El cuello ascendía terminado en lo que parecía ser muselina; claro que él tampoco se consideraba un experto en telas y moda femenina. Solo sabía que le parecía atractiva y elegante.

Anthony y Violet se dirigieron a saludarlos. Una enigmática sonrisa le bailaba en los labios a medida que se acercaba. Parecía frágil, tímida y algo recelosa. Pero la conocía desde hacía años y sabía que ella no era esa clase de mujer. Cuando se detuvo a escasos pasos de él, el perfume que llevaba lo sometió una vez más.

—Caballeros; al parecer, nuestros pasos coinciden siempre en los mismos lugares.

—Estamos sin duda frente a una ocasión especial —le refirió Jack a la vez que inclinaba la cabeza.

—¿Están en calidad de agentes de Scotland Yard o como simples curiosos y aficionados a las joyas?

—Hemos asistido atraídos por la curiosidad, ¿verdad? —Jack volvió el rostro hacia Jeremy en busca de apoyo.

—Así es. Nosotros no podemos aspirar a comprar algo tan valioso y, como no vamos a pujar por la tiara mañana en la subasta, estamos aquí para verla —asintió él con naturalidad—. ¿Piensa pujar usted por ella, lady Adler?

Violet sonrió y sacudió la cabeza.

—He de pensarlo. Pero primero quería verla de cerca para comprobar si vale el precio de salida.

—Entiendo.

—¿Temen que puedan robarla?

La pregunta tomó desprevenidos a los agentes, que no supieron qué responderle.

—¿Por qué deberíamos temerlo? ¿Acaso espera que suceda?

Violet sonrió y luego apretó los labios, a la vez que sacudía la cabeza.

—Solo era una pregunta como cualquier otra. Pero admito que la curiosidad me gana en ocasiones. Imagino que puede ser un valioso botín y una irresistible tentación para la Reina de Diamantes.

Jack asintió con gesto serio, pero fingió no darle importancia.

—No creo que se atreva a intentar algo aquí.

—Yo asumiría lo mismo. —Sonrió de manera ladina antes de despedirse—. Si me disculpan, caballeros, iré a saludar a la duquesa de Norfolk, a quien acabo de ver.

No emitieron palabra. Se limitaron a asentir y la vieron alejarse en compañía de Anthony. Jack recompuso el gesto cuando logró soltar el aire acumulado. Más le valía serenarse si pretendía averiguar si ella era quien estaba detrás de los robos.

—¿Qué opinas? —Jeremy aguardó a tenerlos lejos para realizar la pregunta.

Jack pareció vacilar unos segundos, como si no estuviese seguro de qué responder.

—Pues que vino a echarle un vistazo a la tiara. Nada más, por el momento.

—¿Sigues pensando que es ella?

Jack suspiró.

—No lo sé. Hay razones para creerlo, pero ¿qué necesidad tendría de arriesgarse de ese modo? —Jack extendió los brazos con las palmas hacia arriba y una mirada de desconcierto.

—Tienes razón. A menos que la sorprendamos con la joya en la mano…

—Eso es algo que no vamos a lograr porque sea quién sea la persona que se oculta detrás de la Reina de Diamantes sabe cuidarse. De modo que será mejor que nos ocupemos de observar con atención la tiara.

Violet pasó gran parte de la velada saludando a conocidos que habían sido invitados a la presentación de la joya. Al verla reunida con varias damas, Anthony decidió alejarse de ella. Se acercó a la vitrina expositora donde se exponía la tiara que se subastaría al día siguiente. Permaneció absorto al contemplar el exquisito brillo de las

piedras preciosas que titilaban como estrellas en la noche. Sonrió al imaginar cómo intentaría adueñarse del tesoro. Era toda una locura que debería evitar a toda costa si pretendía que dejara de una maldita vez de arriesgarse. Si había querido estar allí, se debía a que planeaba hacerse con la tiara esa misma noche, cuando todo terminase y no quedase nadie en la casa de subastas. Al final acabarían por atraparla, y el escándalo sería mayúsculo. Solo él podría evitarlo, y sabía cómo hacerlo.

Jack terminó de hablar con unos viejos amigos cuando se fijó en la manera en cómo Anthony contemplaba la joya. Se acercó a él con paso lento, y midió la distancia entre ellos para no hacerse notar. Sin embargo, el mayordomo pareció intuir la cercanía de alguien y volvió el rostro. Asintió y esbozó una sonrisa al notar que se trataba del agente Ambrose.

—Una pieza realmente exquisita.

—Lo es, sin duda alguna. ¿Piensa pujar por ella mañana?

—Oh, no. No es mi intención —le aseguró con cierta ironía.

—¿Y ella? —Jack movió la cabeza e hizo un gesto en dirección a donde estaba Violet, rodeada de varias mujeres.

—No lo sé. Desconozco si planea hacerlo.

Jack se limitó a observarla en silencio. Parecía una especie de ángel, o una divinidad…

—Entiendo.

—Dígame la verdad, ¿están aquí en calidad de agentes? Intuyo que procuran salvaguardar la joya.

Jack sonrió con ironía.

—Un agente de Scotland Yard no deja de serlo a pesar de que se trate de un evento social. Créame.

—Lo entiendo. ¿Teme que roben la tiara? —Anthony hizo un leve movimiento con las cejas hacia la vitrina.

—Espero que no se le ocurra.

—¿Lo dice por la Reina de Diamantes? —le preguntó con la mirada entornada.

—Por cualquiera que se atreva, en especial ella: últimamente es quién más trabajo nos da.

—¿Qué le impide detenerla, Jack? Nos conocemos desde hace algunos años, así que, si me permite, le seré directo y franco.

El agente vio la sonrisa afable de quien fue ayuda de cámara de su amigo Maximilien.

—Sin duda que son muchos años.

—Bien, entonces, dada la amistad cordial que tenemos, le repito la pregunta, ¿por qué aún no la detuvo? —Anthony entrelazó las manos en la espalda y comenzó a caminar, mientras se alejaba de Jack y de la vitrina expositora.

Jack no comprendía a qué venía la pregunta. Frunció el ceño y sacudió la cabeza antes de seguir los pasos de Anthony hacia la parte trasera del edificio donde se encontraba la terraza.

—¿A quién se refiere?

Anthony se volvió y lo observó intrigado.

—¿A quién va a ser? A la ladrona que lo trae en jaque.

—No es tan sencillo.

—¿Esta seguro? Yo, en cambio, creo que en el fondo no desea hacerlo.

El agente abrió los ojos sorprendido, sentía que el hombre lo estaba insultando.

—¿De qué demonios me habla? No puedo detenerla porque desconozco quién es —le dejó en claro mientras notaba que los nervios comenzaban a dominarlo. Miró de pies a cabeza a Anthony y se preguntó si él trataba de hacerle ver algo—. ¿Es que acaso usted la conoce?

—Tal vez mejor que usted.

Jack se quedó inmóvil. Un escalofrío le recorrió la espalda hasta llegar a la nuca. Negó con la cabeza despacio en respuesta a lo que Anthony le insinuaba.

—¿Ella?

—Si lo sospecha, puede preguntarle.

Jack sentía que las palabras se le atascaban en la garganta. ¡No! No podía ser ella. Por más que Jeremy y él lo hubieran sospechado. No quería creerlo.

—Me está diciendo que Violet es….

—Dígame, ¿sigue enamorado de ella?

La pregunta mudó el gesto de Jack. Entrecerró los ojos sin apartarlos del rostro de Anthony. Estaba a punto de averiguar si Violet era la ladrona más buscada en todo Londres, y él le salía con un incidente de hacía años.

—¿Cómo…?

—Verá, además de ser el ayuda de cámara de Maximilien, también era su confidente.

—¿Se lo contó él?

—Intuyó que había algo extraño entre ambos cuando él comenzó a cortejar a lady Adler y notó que la actitud de usted hacia ella cambió de forma radical.

—Pero… —Jack parecía haber perdido la capacidad de hilar una oración. Se encontraba completamente conmocionado.

—Sabía que usted la amaba, y que solo se alejó de ella por lealtad a él.

Jack sacudió la cabeza y relajó los hombros, se sentía abatido al escuchar semejante confesión. El aire nocturno le golpeaba en el rostro. Se pasó la mano por la sien sin terminar de creer la historia de Anthony, pero, se trataba del hombre que estuvo al lado de Max en todo momento hasta que decidió quitarse la vida.

—Es verdad. Yo era consciente de que no podía aspirar a casarme con ella, de manera que me hice a un lado para que fuera él quien la desposase. Como usted sabe, no poseo un título nobiliario, ni tengo una fortuna, ni posesiones que ofrecer en el matrimonio. Él lo tenía todo.

—Todo, no.

—¿Cómo dice?

—Nunca tuvo lo que usted posee sin saberlo.

—¿De qué habla? —Jack estaba contrariado. Sintió cómo se aceleraba el pulso y que los latidos del corazón parecían dispararse como salvas de cañón.

—Nunca tuvo el amor de Violet.

—¿De qué habla? ¡Se casó con él! —¡Se había casado con él!

—Sin amarlo. Él mismo me lo confesó: era consciente de que ella sentía algo por otro hombre; al final, no le costó atar cabos. En una ocasión, me llegó a confesar que deseó que ella rechazase la oferta de matrimonio para que, entonces, usted pudiese declararse.

—Acabo de decirle cuál era y es mi situación social. Los padres de ella nunca lo habrían aprobado. ¡Ella aceptó la oferta de Max, después de todo! —le recordó mientras agitaba el brazo en el aire.

—Sí, pero solo lo hizo porque vio que usted nunca lo intentó.

—¿Acaso insinúa que ella esperaba que yo pidiera su mano? Habría sido el hazmerreír de la sociedad durante años por atreverme.

—No se lo discuto, pero ella lo habría visto como un gesto honrado. Aunque sus padres lo hubiesen rechazado.

Para esa mujer podría ser como tener el mundo en las manos, recordó las palabras de Violet la otra noche.

—¿Por qué aceptó a Max? ¿Por despecho hacia mí? —Jack sonrió burlón.

—En cierto modo. O porque no le quedó otra salida dada su posición social. Pero, a pesar de todo, juraría que ella aún lo ama. No ha dejado de hacerlo en todo este tiempo.

—Pues la forma en la que lo demuestra es algo cruel. ¿Robar joyas? ¿Obras de arte? No es el comportamiento adecuado.

—Lo hace porque siente que le falta algo. Aunque creo que, en el fondo, desea abandonar al personaje de la Reina de Diamantes.

—Lo puede hacer en cualquier momento, ¿no cree?

—Si le cuento todo esto es porque no quiero ver cómo se destruye a sí misma. Y porque le prometí a Maximilien que haría todo lo que estuviese en mis manos para cuidarla.

—¿A qué te refieres?

—Cuando a Max lo convocaron al frente, me pidió que, si él no volvía, le contase la verdad.

—Pero regresó…

—Lisiado, a un hogar frío, al lado de una esposa que no lo amaba, ya se lo he dicho.

Jack cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Maldita sea…

—Consideró que lo mejor sería devolverle el gesto que usted tuvo con él. Solo que, en esta ocasión, era consciente de que lady Adler sí sería feliz. Por eso mismo, le suplico que la detenga antes de que sea demasiado tarde. Soy consciente de que al revelarle la verdad me juego la confianza que ella me concede.

—Pero… —Al verla en el umbral se quedó mudo, seguía sin poder procesar con normalidad el hecho de que era dueña de una belleza absoluta. Se humedeció los labios sin poder hablar mientras la observaba caminar hacia ellos.

—No sabía que estabas aquí fuera —le dijo a Anthony.

—Jack y yo nos encontrábamos en medio de una conversación muy agradable en torno a la tiara. Me preguntó si va a pujar por ella, pero desconozco cuáles son sus intenciones, y quién mejor que usted para explicarlas. Lo dejo en buena compañía, agente Ambrose.

Violet quedó atónita al escucharlo, más todavía al verlo alejarse. Se encontraba a solas con Jack, quien tenía una expresión extraña. La contemplaba como si no la conociese. ¿De qué habría hablado con Anthony? Por un momento experimentó un temblor en el cuerpo, como un presagio de algo que no le iba a gustar.

—No esperaba verte por aquí. ¿Piensas pujar por la joya? —Jack comenzó a hablar de la subasta, para dejar a un lado el tema personal.

Violet entreabrió los labios con la intención de responder de inmediato, pero, al final, se limitó a sacudir la cabeza.

—Recibí una invitación de parte de la casa de subastas.

—Sí, nosotros también, pero un agente siempre se debe a su labor.

—¿Temes que puedan robarla? ¿Es el verdadero motivo de tu presencia?

Observó cómo elevaba una ceja con cierta suspicacia.

—Sí.

Violet dio un paso atrás al escucharlo.

—¿Temes que la Reina de Diamante haga una aparición durante la noche?

—Más bien, pienso que no se atreverá a hacerlo, ¿no crees? —Él arqueó las cejas en clara señal de sorpresa y regocijo. Estaba frente a él la mujer que tenía en jaque a Scotland Yard, que se burlaba de ellos con cada nueva acción. Al mismo tiempo, era la misma a la que él no había dejado de querer en años. Pero la conversación con Anthony había trastocado toda la información que él poseía hasta el punto de no saber a ciencia cierta qué demonios hacer.

Violet sonrió nerviosa al sentirse observada de una forma tan directa; no sabía cómo proceder ante el cambio de actitud de Jack. ¿Qué estaba sucediendo?

—No lo sé, yo no…

—¿Hasta cuándo vas a seguir con la farsa?

—¿De qué hablas? —Violet frunció el ceño, desconcertada.

—De tu secreto, lady Adler.

Ella dio un paso atrás y sacudió la cabeza. Los nervios se apoderaron de su cuerpo sin que ella pudiese evitarlo.

—¿De qué secreto me hablas? ¿Por qué me llamas así? —Lo miró de pies a cabeza con cierta arrogancia y frialdad.

Jack tomó aire antes de responder. Estaba a punto de arriesgarlo todo con tal de conocer la verdad.

—Sé qué eres la Reina de Diamantes. Desde ya te digo que no intentes hurtar la tiara o te detendré. ¿Quieres que protagonicemos un escándalo?

Ella levantó el mentón y entrecerró los ojos con un gesto desafiante. No iba a dejar que él la acusase sin más.

—No entiendo por qué piensas que yo puedo ser…

—¿Por qué lo haces? ¿Acaso buscas vengarte porque no solicité tu mano? —La observó abrir la boca para rebatirlo, pero lo único que le salió de los labios fue un leve gemido.

—¿De dónde has sacado eso? —Cambió el semblante en el momento en el que él se refirió al pasado. Quería mostrarse irónica ya que había herido su orgullo.

—Es la conclusión a la que he llegado luego de hablar con Anthony. Él es mucho más que el ayuda de cámara de Maximilien: también era su confidente. —El semblante de ella comenzó a cambiar de la rabia y la frialdad a la incredulidad. En un acto reflejo, se llevó la mano a los labios como si pretendiera ahogar el grito de asombro que la revelación le produjo.

—¿Qué te ha contado? —Bajó el tono de voz hasta convertirlo en un susurro. Sabía que el momento de la verdad había llegado y no iba a echarse atrás.

—Respóndeme primero una pregunta: ¿aceptaste casarte con Max a pesar de que no sentías nada por él? —Se acercó a ella y bajó la mirada hacia su rostro. El brillo enigmático en esos ojos parecía tenerlo hechizado—. ¿Por qué no lo rechazaste?

Ella se volvió de improvisto para tratar de recomponerse ante las preguntas del agente. El día había llegado pese a todo. Creyó que nunca tendría que enfrentarse con las cuentas del pasado, aun cuando quería saldarlas.

—No podía hacerlo. Mis padres lo habían aprobado; mi situación así lo demandaba, Jack. —Sintió las manos de él sobre sus brazos, la giró sobre sí misma para verla de frente. Un leve suspiro la delató ante él—. Yo esperaba que fueses tú el que pidiera mi mano, Jack —le espetó furiosa.

—Y pensé hacerlo, créeme.

—¿Qué te detuvo? —Por primera vez lo contempló con ternura; sin siquiera notar lo que hacía, posó la mano sobre el antebrazo de él.

—Sabes que no tengo nada que ofrecerte. Ya tuvimos la misma conversación en el palacio de Buckingham. Y también estaba Max… —Esbozó una tímida sonrisa llena de añoranza—. Deberías haberlo escuchado hablar de ti. Cuando supe que estaba enamorado y que iba a pedir tu mano, me di cuenta de que no tenía ninguna posibilidad. Nunca le dije lo que yo sentía.

—¿Por qué no lo hiciste?

Él la contempló con intensidad y sacudió la cabeza.

—¿Qué importancia tiene pensarlo, Violet? No pretendía que él se echase atrás. Para ser sincero conmigo mismo, era un mejor partido que yo.

Violet sacudió la cabeza.

—Te rendiste sin ni siquiera luchar por mí.

—¿Querías ser testigo de cómo tu padre me humillaba al recordarme cuál es mi posición social? ¿Cómo podía osar a mirarlo a la cara y pedirle tu mano? Violet, desciendes de un linaje aristocrático, tus padres siempre tuvieron amistades entre la nobleza inglesa. Ya te lo dije, no formo parte de una familia noble, ni poseo riquezas, ni nada por el estilo como sí poseía Max.

—Pero yo no lo amaba —le aseguró con dolor y arrepentimiento.

—Deberías haberlo hecho, porque él te quería —le recordó, estaba furioso consigo mismo y con ella por comportarse de una forma tan caprichosa.

—Lo sé, se esforzaba por complacerme cada minuto que pasábamos juntos. Era duro, Jack, estar casada con él cuando, por otra parte, estar enamorada de otro hombre. —Bajó la mirada como si no pretendiera delatarse de lo que decía.

Jack esbozó una media sonrisa al escuchar la confesión. Deslizó la mano por debajo del rostro de ella y la obligó a mirarlo.

—Más duro era verte con él y fingir que no me dolía.

—Por eso te alejaste… Cuando él marchó a combatir y volvió herido… Apenas pasaste por casa. Y cuando él decidió quitarse la vida…

—Eras la esposa de mi mejor amigo. No podía evitar quererte, a pesar de verte junto a él. Era una tortura constante que no llegaba a terminar con mi vida. —Le acarició la mejilla con suavidad, dejando que el pulgar recorriese el contorno del suave rostro.

Violet suspiró y se humedeció los labios como preludio. Lo vio inclinarse hacia ella y cerró los ojos para, por fin, hacer realidad aquel sueño tan anhelado. Los labios de él rozaron los de ella con timidez, sin exceso. Lo justo para dejarle en claro qué deseaba. Y cuando sintió que ella correspondía al beso, deseó estar a solas, en un lugar apartado de miradas indiscretas para poder rodearla por la cintura y atraerla contra el pecho para besarla como se merecía.

Ella experimentó un ligero vuelco en el corazón, un incesante aleteo en el estómago. Jadeó al apartarse de él para recuperar el decoro. Por fortuna, nadie parecía haberlos visto.

—Debo volver junto a Jeremy —le dijo. Ella asintió en silencio con modestia. No quería alejarse y dejarla sola después de besarla, pero no podía prolongar la situación o la gente murmuraría. Por otra parte, estaba el *alter ego* de lady Adler del que esperaba no volver a oír después de todo lo ocurrido.

Ella permaneció a solas en la terraza. De repente, el ligero aire que corría le pareció más frío. Le dio la impresión de que el cielo se cubría de nubarrones y de que la luna se ocultaba tras ellos como preludio de una desgracia. Cerró los ojos y suspiró mientras alejaba de la cabeza cualquier pensamiento que tuviese que ver con Jack. Sintió la humedad en los ojos y notó que no era capaz de contener las lágrimas.

—Señora…

La voz de Anthony detrás suyo la obligó a borrarlas de inmediato. Inspiró hondo y se volvió hacia el mayordomo. Él se fijó con atención en el semblante que presentaba. Tenía la mirada vidriosa y las mejillas encendidas la delataban. Tal vez debería hablar con ella como había hecho con Jack. O bien entregarle la carta que Maximilien dejó escrita un día antes de quitarse la vida. A lo mejor lo entendía todo y conseguía alejarla de una vida de deshonra.

Violet asintió y caminó hacia Anthony.
—Volvamos a casa.

Capítulo 12

Jack se reunió con Jeremy luego de haber conversado con Anthony y Violet. Seguía sin saber cómo reaccionar a la noticia del mayordomo: jamás habría imaginado que Max sabía lo que él sentía por lady Adler. Pero ¿qué podría hacer con ella ahora que las sospechas acerca de su doble identidad se habían confirmado?

—¿Qué ha sucedido? Por la expresión en tu rostro asumiré que nada bueno.

Jack tardó en reaccionar unos segundos.

—Hablé con Anthony.

—¿Te mencionó algo en relación a Violet y la Reina de Diamantes?

Jack mantenía la mirada fija en el suelo mientras consideraba si debía contarle que ella se lo había confirmado o bien hablarle de lo que se había enterado sobre Maximilien.

—Hablamos del pasado. De mi amistad con Max.

—Entonces no te contó nada relacionado con ella y los robos.

Lo miró fijamente un segundo.

—Es ella.

—¿Te lo confesó? —Jeremy entornó la mirada hacia su amigo.

—Anthony me preguntó por qué aún no la he detenido.

Jeremy se quedó con la boca abierta al escucharlo.

—Entonces, ¿te confirmó que es lady Adler?

Jack asintió.

—Anthony sabe que hoy hemos asistido al evento para vigilarla.

—¿Vas a hacerlo? ¿La vas a detener?

—No puedo hacerlo sin evidencia explícita. No me basta con la insinuación de Anthony. Tenemos pistas que la señalan, pero no son concluyentes. Solo podremos detenerla si la encontramos con las manos en la tiara, por ejemplo.

—¿Sabe que sospechamos de ella?

Jack asintió.

—Le advertí que, si trata de llevar a cabo otro robo, no me quedará más remedio que detenerla.

—¿Y qué te respondió? —Jeremy dio un paso al frente impactado por la magnitud de lo que sucedía.

—Nada, porque cambiamos de tema y pasamos a hablar sobre Max.

—¿Tú crees que lo intentará?

—Por su bien espero que no se le ocurra. —Jack resopló y sacudió la cabeza.

—¿La detendrías para entregarla a la justicia, Jack?

La mirada del oficial cambió el semblante de Jack.

—Prefiero no darle vueltas al asunto. Haré lo que tenga que hacer cuando llegue el momento. Creo que ya podemos retirarnos. Todo está tranquilo —dijo al comprobar que ella se había marchado.

Jeremy asintió convencido de que Jack tomaría la decisión correcta. Le había dejado claro que ante todo era un agente de Scotland Yard, y que el deber lo obligaba a detener a lady Adler si encontraba las pruebas para hacerlo.

* * *

Violet estaba furiosa por la manera en la que se había desarrollado la noche. Permanecía en silencio en el interior del carruaje de regreso a la mansión en las afueras. Incluso, se había limitado a mirar por la ventanilla para ignorar a Anthony alevosamente. El mayordomo, por su parte, aún no le había

comentado nada, sino que se limitaba a observarla de manera impasible. Suponía que estaba molesta por la conversación que había mantenido con Jack, pero ya no se podía hacer nada.

Cuando el carruaje se detuvo, Violet ni siquiera esperó a que le abrieran la puerta. Ella misma lo hizo para salir cuanto antes. Uno de los criados los recibió y los acompañó al interior de la casa.

—Puedes retirarte, Trevor. Ya me encargo yo de la señora.

Violet se dirigió a la biblioteca sin esperar a nadie. Se detuvo en el centro de la habitación con los brazos cruzados en torno al estómago. Cerró los ojos unos segundos con la intención de serenarse de una vez por todas, pero, al hacerlo, la imagen de Jack acercándose a ella para besarla la hizo tambalear, por lo que apoyó ambas manos sobre la mesa para sostenerse. Inclinó la cabeza hacia delante y la giró de un lado al otro. Aún no podía creer lo que había sucedido.

—¿Puedo saber qué la angustia, señora? —preguntó el mayordomo.

Al escuchar la voz de Anthony, se giró despacio hacia él para observarlo mientras lo fulminaba con la mirada.

—¿Qué le has contado?

El antiguo ayudante de su esposo mantenía las manos a la espalda y le devolvió la mirada sin inmutarse.

—¿Se refiere a Jack?

—Sí, a él me refiero. —Asintió de manera lenta, podía sentir cómo las pulsaciones de su corazón iban en aumento.

—Nada que él no sospechase a estas alturas. Bueno, tal vez hubo algo que desconocía por completo, al igual que usted.

Ella ladeó la cabeza hacia el mayordomo intrigada.

—¿A qué te refieres?

—Si me permite… —Lo vio dirigirse hacia una de las estanterías, tomar un libro y observó que retiraba del interior un sobre blanco que se prestó a entregarle—. Es para usted.

—¿Para mí? —La mirada de ella bailaba entre el rostro de él y el sobre que le tendía. Al obtenerlo leyó su nombre escrito con la letra de Maximilien.

Anthony devolvió el libro y se apartó de ella para permitirle cierta intimidad. En pocos segundos fue testigo de cómo el rostro de la señora reflejó las más diversas emociones a medida que leía la carta. La sorpresa inicial dio lugar a inquietud, desconcierto y perplejidad. Entrecerraba los ojos, fruncía el ceño, entreabría los labios y por último sacudía la cabeza como si no quisiese dar crédito a lo escrito.

Violet no podía creer que fuese una misiva de Maximilien. Ni tampoco lo que le allí le confesaba. Abrió la boca y dejó escapar un gemido ahogado al descubrir que él supo que no lo amaba, que sabía que, en verdad, quería a Jack. Que él, en un gesto que nunca creyó que podría devolverle, le dejó el camino libre para cortejarla y pedir su mano. Que había deseado que ella lo rechazara para que Jack tuviera una oportunidad. Cuando regresó del frente lisiado de por vida y asumió finalmente que ella no era feliz a su lado, había llegado a la conclusión de que lo mejor sería marcharse. Un soldado como él debía retirarse con honor. Sentía no haber sido él quien ocupase su corazón, pero, al irse, esperaba que ella no tardase en salir en busca de Jack. Estaba seguro de que él si la haría feliz.

Violet no pudo evitar que las lágrimas recorrieran sus mejillas. Alguna que otra cayó sobre el papel. Levantó la mirada y la dejó suspendida en el rostro de Anthony.

—Me pidió que se la entregase pasado un tiempo. No estaba seguro de cuándo sería el momento más idóneo para hacerlo.

—¿Tú conocías el contenido? ¿Lo sabías? —Violet extendió el brazo hacia él y el papel se agitó entre sus dedos.

—Me lo contó todo en una ocasión.

—¡Hubiese preferido que no lo hicieras nunca! ¡Prefería continuar en la ignorancia antes que saber que Max se quitó la vida por mí! Por mi culpa. —El dolor le arrasó el pecho mientras no era capaz de contener el llanto que le producía conocer semejante tragedia. En un

gesto de rabia barrió los objetos que había sobre la mesa, que cayeron contra la alfombra. Anthony notó como el tintero empapaba la misma, pero Violet no pudo registrarlo a causa de la conmoción que sentía.

—No, no lo hizo por usted, señora. Lo hizo porque un hombre como él no quería vivir impedido. Prefería retirarse con honor a que usted continuara infeliz a su lado, a que su vida ya no pudiera volver a ser la misma.

—Que no lo amase como él a mí, no quería decir que tenía que quitarse la vida, tampoco que no tuviera ningún afecto con él. Había aprendido a quererlo a mi manera, a nuestra particular manera. —Se abrazó como si el gesto pudiese mitigar el dolor que la desgarraba por dentro—. ¿Por qué me la das hoy, precisamente?

—Porque Jack conoció la misma información durante la noche.

Ella permaneció paralizada durante un momento, sin poder quitarle los ojos de encima a Anthony.

—¿Cómo reaccionó después de que le contaste?

—Estaba consternado igual que usted.

Violet tuvo que apoyar una mano sobre la mesa, convencida de que tantas emociones le provocarían un desmayo; se veía incapaz de reaccionar ante semejante revelación. Soltó la hoja sin notarlo, que planeó hasta caer sobre la alfombra. La noche le trajo demasiadas sorpresas: Maximilien sabía que ella no estaba enamorada de él, que tampoco podría ganar su cariño completo, porque ya amaba a Jack.

—Necesito estar a solas. Déjame por favor, ¡vete! —No se volvió para mirarlo, le dio la espalda, pero señaló la puerta mientras ella permanecía con los ojos cerrados e intentaba sosegarse.

—Como guste, señora.

Anthony era consciente del efecto que la carta había tenido en ella. No quería que sucediera, pero él creyó que era el momento para que conociera la verdad. Se sentía igual con respecto a Jack. No era justo que permanecieran separados cuando en realidad deberían haber estado juntos hacía años.

Violet se sentó a meditar sobre lo sucedido. Descansó el codo sobre el reposabrazos y se llevó la mano a los labios. ¿Cómo había sido posible que Anthony guardase el secreto durante tanto tiempo? ¿Por qué no se lo había contado antes? ¿Y con qué propósito se lo había dicho a Jack? Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, creyó que podría estallarle en mil pedazos de un momento a otro.

—Jack Ambrose…

Un calor extraño la invadió al pronunciar ese nombre. Poco a poco logró serenarse. Las pulsaciones y los latidos del corazón se fueron acompasando a un ritmo más lento. Se mordió el labio al recordar el beso que habían compartido. Al final, había revelado sus sentimientos pese al paso del tiempo, al igual que ella. Dejó la mirada fija en un punto y relajó los hombros. Recordó que Max sabía lo que sentían, y que en cierto modo había aprobado la relación. Comenzó a sonreír divertida, risueña, ebria de felicidad sin entender por qué. De repente, experimentó una violenta sacudida en el pecho al recordar que él sabía que ella era la Reina de Diamantes. Se lo había dicho sin reservas. La expresión que tenía cambió de inmediato. Entrecerró los ojos y vislumbró con la mente a la tiara de diamantes. Una pérfida sonrisa le bailó en los labios. Se incorporó de la silla como si el mismo diablo la poseyera y marchó hacia su habitación con un solo pensamiento: la tiara.

* * *

Jack no conseguía sacarse de la cabeza la idea de que Violet robaría la tiara. No sabía qué lo empujaba a pensarlo una y otra vez, pero así era. Deambulaba con las manos en los bolsillos del pantalón y la mirada fija en el suelo de madera. Si se le ocurría hacerlo, ambos tendrían que enfrentarse a una situación para nada beneficiosa. Se detuvo en seco y cruzó los brazos sobre el pecho con gesto serio. No creía que pudiera detenerla llegado el caso. Le

resultaría imposible al ser consciente de que aún sentía por ella lo mismo que entonces, cuando se le ocurrió la locura de solicitar casarse con ella. Pero, ahora, ella era viuda. No tenía que pedirle permiso a nadie, por lo que él solo tenía que reunir el valor necesario, el que le faltó en el pasado, y pedírselo. Levantó la mirada hacia el techo y sonrió. Sería la manera de conseguir que dejara de delinquir. Si aceptaba la propuesta, entonces ella dejaría de ser la Reina de Diamantes. Estaba convencido.

* * *

En la comisaría saltaron todas las alarmas cuando vieron aparecer a Ernest, el representante de la casa de subastas. La expresión desesperada que llevaba no dejaba lugar a duda sobre lo que había ocurrido. Entró corriendo y pidió hablar con el comisario con urgencia.

Cuando Jack se presentó en la comisaría y vio el revuelo que había, procuró no pensar en que hubiera ocurrido lo que él sospechaba.

—Lo ha vuelto a hacer —le dijo el comisario con voz autoritaria y una mirada que no dejaba lugar a dudas.

Sin embargo, Jack fingió no saber a qué se refería. No terminaba de creer que Violet, pese a todo, hubiera robado la tiara. No después de la conversación que mantuvieron la noche anterior.

—¿De quién me habla? ¿Qué ha vuelto a hacer?

—¿De quién voy a hablar? —le preguntó iracundo mientras miraba a Jack como si se burlara de él—. Robó la tiara y dejó un naipe en la vitrina. ¿Cómo diablos lo ha hecho? Teníamos medidas extraordinarias de seguridad. Es increíble… —El comisario apoyó las manos sobre la mesa y bajó la mirada.

Jack no podía creerlo, pero así era. Durante la noche, había sentido un pálpito que no lo había dejado tranquilo, como una especie de premonición. Estaba furioso con ella. Apretó los dientes y cerró las manos en puños que con gusto descargaría sobre alguien para soltar la impotencia.

—No se preocupe. Traeré de vuelta la tiara —dijo con una total seguridad que pasmó al comisario, quien ya no tenía capacidad de reacción, y solo pudo verlo salir del despacho como alma que se lleva el diablo.

Jack no se molestó ni en hablar con Jeremy cuando lo vio, sino que caminó a toda prisa hacia la calle y se subió a un carruaje.

—¡Dese prisa, es muy urgente!

En cuanto la viera… Oh, ¡por Dios! ¿Cómo se había atrevido? No podía confiar en ella después de todo. ¿Con qué cara la miraría ahora que sabía que había robado la tiara? Y él que pensaba pedirle permiso para cortejarla, ¿cómo diablos iba a hacerlo?

—¿Por qué lo ha hecho, señora? —Anthony sacudía la cabeza sin terminar de dar crédito a lo que acababa de descubrir. Allí, sobre la mesa de la biblioteca, se encontraba expuesta la famosa joya—. Sabe que Jack no tardará en presentarse aquí en cuanto se entere.

—Soy consciente de ello. No te inquietes, Anthony. Tengo todo bajo control, y tú mejor que nadie lo sabes.

—Pero ¿cómo puede decir eso? La arrestará y la llevará ante la justicia —Anthony se dirigió hacia ella con los brazos extendidos en clara señal de súplica.

—Si es lo que decide, que así sea. Pero tal vez te equivoques después de haberle contado la verdad sobre Maximilien y yo, ¿no crees?

—Pero ¿qué es lo que pretende?

El gesto de desconcierto de Anthony no logró que ella se inmutara. Sabía lo que podía suceder. Pero no le temía a la reacción de Jack.

Ni siquiera el sonido del timbre logró que ella cambiara el gesto; el mayordomo, en cambio, se veía abatido. Permaneció quieto a la espera de órdenes.

—Ve a abrir —le pidió con total naturalidad y aplomo.

—Señora…

—¿Prefieres que lo haga yo? —Ella elevó una ceja para dejar en claro su postura.

Anthony tomó aire y negó con la cabeza al verla relajada, como si esperara con tranquilidad el desarrollo de los acontecimientos.

Jack aguardaba delante de la puerta. Trataba de contener la rabia que sentía, aunque tal vez lo que más le dolía era la decepción que experimentaba porque ella lo había vuelto a hacer. Escuchó el sonido del cerrojo y, segundos después, Anthony aparecía ante él con cara de desesperación. Intercambiaron una mirada. Asintió mientras daba un paso al costado para dejarlo entrar.

—¿Dónde está ella?

El tono de la pregunta y el semblante que tenía le confirmaron a Anthony que no se trataba de una visita cordial.

—En la biblioteca.

Jack sabía que ella lo esperaba, que ella contaba con que él acudiría en cuanto conociese la noticia del robo. ¿Era un juego para ella? ¿Qué pensaría Max si pudiese verla? Se dirigió apresurado al lugar donde Anthony le había indicado. No se detuvo al encontrarla sentada detrás de la mesa, con las manos sobre los reposabrazos. Inspiró hondo para serenarse antes de enfrentarla.

—¿Por qué lo has hecho? —Decidió ir directo al grano, no tenía la intención de perder el tiempo con preámbulos.

—¿Vienes como amigo o como agente de Scotland Yard? —preguntó ella a la vez que elevaba las cejas con parsimonia. Le devolvió la mirada sin variar un ápice la postura.

Jack se pasó la mano por el rostro y luego agitó el brazo en su dirección.

—Si lo hago como agente tendré que detenerte. Y si lo hago como amigo tuyo y de Maximilien debería… —Desvió la atención del rostro de ella porque no sabía con exactitud qué decir. Ya había considerado que podría encontrarse atrapado en un conflicto de intereses; además, Jeremy se lo había recordado en repetidas ocasiones. Se fijó en la tiara; se le escapó un leve quejido—. No puedo creer que lo hayas hecho, Violet. ¿Por qué? Me obligas a tomar una decisión que…

—¿Qué no quieres?

—Eres culpable del robo y mi trabajo consiste en llevar a criminales ante la justicia. —Sacudió la cabeza mientras señalaba la joya con la mano. No tenía palabras adecuadas para el momento.

—¿Y si te dijera que alguien la dejó en mi puerta durante la mañana?

Jack se sonrojó ante el atrevimiento de continuar la mentira; luego, al cabo de unos segundos, se echó a reír.

—¿Te burlas de mí?

—Nunca lo he hecho, Jack.

—No es la impresión que me das. Has jugado conmigo durante todo este tiempo. Sabías que iba detrás de ti y aun así no te detuviste.

—Podría haberme burlado de ti cuando comprendí lo que sentías por mí. Podría haberte dicho a la cara que eras un completo necio al pensar que mi padre aceptaría tu propuesta de cortejarme—le espetó y clavó la mirada el él como si lo estuviese retando.

Él inspiró hondo para asimilar el comentario hostil sin perder el foco.

—Soy consciente de lo primero. Pero no entiendo como justificas tus actividades criminales.

Ella sonrió con cinismo.

—Luego te explicaré el motivo por el que lo hice —Lo observó fruncir el ceño contrariado—. Pero lo que nos atañe en este preciso instante es qué es lo que vas a hacer conmigo.

—¿Qué se supone que puedo hacer? ¿Largarme sin querer saber nada de todo el asunto? ¿Pretendes que mienta y diga que desconozco la verdadera personalidad de la Reina de Diamantes?

—Yo solo veo dos opciones.

—¿Dos? —Jack se mostró sorprendido por la manera en la que ella se dirigía a él. Estaba manejando la situación con destreza y con un aplomo encomiable.

—Puedes detenerme y llevarme ante la justicia, lo cuál sería un escándalo, pero podría afrontarlo con total normalidad. O bien, puedo enviarla a la comisaría de forma anónima. —Señaló la tiara mientras entornaba la mirada hacia la joya.

No pudo evitar observarla con atención, consciente de cuánto la deseaba. De que estaban los dos solos como si no hubiese pasado el tiempo. La alocada idea de pedirle que se casara con él le revoloteó en la mente. Tal vez, había llegado el momento de cometer una locura. Se acercó a ella rodeando la mesa, sin perder ningún detalle de la expresión en su rostro. Le tendió la mano para ayudarla a levantarse de la silla sin dejar de contemplarlo. Jack percibió el desconcierto en los ojos, en el ceño fruncido. Pero ni por un solo instante dejó de decirse que ella era la mujer más increíble que había conocido.

—¿Por qué debería dejarte libre?

—Porque en el fondo es lo que en verdad deseas hacer. —Le puso la mano en el corazón para dejarle claro a qué se refería.

Jack sonrió.

—Pareces conocerme muy bien.

—Sabes que es cierto; más después de lo que Anthony nos reveló.

Violet sintió cómo se le aceleraba el pulso por momentos, los nervios se adueñaron de su estómago, la debilidad al estar delante de él la superaba. Nunca se había sentido tan vulnerable en presencia de Maximilien, pero, en cambio, con Jack era distinto. No se sentía capaz de contenerse.

—¿Y si te propongo una tercera opción?

Ella abrió los ojos al máximo. Dejó escapar un gemido al comprender lo que le iba a proponer.

—¿De qué opción me hablas?

—De una que no realicé en su momento porque no tuve el valor necesario.

—¿Ahora has reunido el valor? ¿Por qué? —le preguntó desconcertada.

—Sí, he pensado seriamente al respecto y necesito saber cuál es tu respuesta.

—¿Y si no es la que esperas? —Se humedeció los labios dando por hecho lo que iba a proponerle. También era consciente de qué respondería.

—En tal caso, me marcharé. Diré que nunca estuve aquí esta mañana. Que no he visto la tiara, ni hemos tenido esta conversación.

—De acuerdo, escucharé tu propuesta.

—Violet Adler, ¿estarías dispuesta a compartir tu vida conmigo?

Ella le otorgó una sonrisa de oreja a oreja lo cual pareció desconcertar a Jack en un primer momento. Le había prometido que no se burlaría de él bajo ningún concepto.

—Has tardado unos años en hacerla, pero sin duda la espera valió la pena, Jack.

—Entonces….

Ella asintió convencida; lo esperaba hacía años.

Jack la rodeó por la cintura para atraerla hacia su pecho y estrecharla con fuerza. Se apoderó de sus labios con ternura y delicadeza en un principio, hasta que el beso se volvió más íntimo y él la alzó en brazos sin dejar de mirarla.

—Por esa puerta —le indicó ella, consciente de lo que iba a suceder.

Había una habitación junto a la biblioteca que ella comenzó a utilizar cuando enviudó. Le gustaba porque era lo bastante amplia y cómoda para una persona. No había una decoración ostentosa, ni

tampoco muchos muebles más que los que ella necesitaba para el día a día. Era la habitación que había utilizado su *alter ego* para arreglarse y planificar los robos sin ser molestada.

Jack se encontró en una situación que había anhelado durante mucho tiempo, y que nunca pensó que podía llegar a suceder. Pero allí estaba, con Violet en sus brazos, besándose y acariciándose al mismo tiempo que las prendas de ropa caían sobre el suelo. La piel de ambos se erizó con cada caricia y cada beso, al ritmo de la respiración descontrolada. Se contemplaron a los ojos un instante, como si ambos quisieran asegurarse de que lo que sucedía era real. Habían pasado los años, pero las emociones estaban a flor de piel. Ninguno quiso detenerse, ni tampoco parar a pensar si aquellas eran las formas. Eligieron compartir todos los sentimientos que se habían guardado en el pasado.

Jack se adentró en ella e intentó controlar sus impulsos por un segundo, pero, entonces, Violet lo instó a proseguir, a no detenerse. Durante unos instantes tuvieron la sensación de que solo existían ellos dos, no escuchaban nada que no fueran sus propias respiraciones y los gemidos predecesores del momento final al que llegaron agarrados de la mano, con miedo de caer en lo desconocido. Entonces el deseo y la pasión dieron paso a la ternura, al cariño y a una sensación de haber llevado a cabo una deuda pendiente hacía años.

Jack se dejó caer en la cama. Durante unos segundos, fijó la mirada en el techo. Luego, se volvió hacia ella y le retiró el pelo del rostro para acariciarla y trazar el contorno de esa cara. Lograron calmar la respiración a pesar de los latidos desbocados que aún sentían en el pecho.

Violet se cubrió con la colcha. Lo observó sonreír con timidez, como si ella solo pudiera mirar suspendida en el aire, pendiendo de los ojos de Jack.

—¿Por qué sonríes?

—Porque no llego a comprender cómo ha sucedido después de tanto tiempo, Violet. —Se incorporó para apoyar el codo sobre la almohada y colocó el rostro sobre la palma de la mano de ella.

—Porque nada logró borrar lo que sentíamos entonces.

—Sí, tienes razón. A pesar de que tú accediste a desposarte con Maximilien, yo… —Sacudió la cabeza sin entender cómo era posible que ninguna mujer hubiese conseguido borrar el recuerdo de Violet.

—Estábamos destinados a volver a encontrarnos. Max lo sabía.

—Sí, es extraño que no me dijese nada.

—Te apreciaba mucho, créeme. Soy consciente del dolor que le provocaba saberlo. Luego de leer la carta llegué a pensar que se marchó a la guerra con la intención de buscar la muerte. —Violet apartó la mirada al recordar el trágico destino de Maximilien.

—Lo sé. Aún no puedo creer que me devolvió el gesto que tuve con él cuando me hice a un lado para que te cortejase.

—Fue un gesto muy noble de tu parte. Y él lo sabía. —Violet inspiró hondo. Lo miró de manera casi intimidante—. ¿Qué va a suceder con nosotros?

—Lo primero que haré será pedirle a la Reina de Diamantes que se retire por completo.

Ella apretó los labios y asintió al percibir la mirada de él fija en ella, sin siquiera pestañear. El tono de voz había sido directo y no dejaba dudas sobre lo que haría si continuaba las aventuras nocturnas.

—Tienes mi palabra, el personaje ya no es necesario.

—¿Por qué lo dices? ¿Y los huérfanos del párroco Stapleton? —Jack se incorporó hasta quedarse sentado con la espalda apoyada contra el cabecero.

—Continuaré con mis donaciones como hice hasta ahora.

—Pero se supone que vendías los objetos robados a un perista y que, con el dinero, tú… —Se detuvo a mitad de la conclusión al verla reírse. Luego le pasó la mano por la mejilla con ternura.

—¿Esa es la conclusión a la que has llegado? Dime.

—¿Es que hay otra? ¿No lo hacías por ellos?

Al verla sacudir la cabeza y sonreír, Jack se sintió desconcertado por completo.

—En un principio, creé al personaje como una medida desesperada para procesar la pérdida de mi marido. Estaba ahogada en mi dolor y resentía a todos los que consideraba responsables de mi situación. Pero, cuando me enteré de que serías tú quien investigara el caso, comencé a hacerlo para captar tu atención, Jack.

—¿Mi atención? —Jack se quedó con la boca abierta sin entender qué había querido decir.

—Así es. Quería atraerte hacia mí para ver si tenías el valor de pedir mi mano, como de hecho hiciste hace un rato.

—Pero… ¿por qué hacerlo de esa forma?

—Soy una mujer respetada en la sociedad. Sería muy mal visto que la gente me viera ir detrás de ti. No podía solicitarte un baile, o un paseo, ni siquiera una simple conversación. En cuanto me metía en el personaje de la Reina de Diamantes, podía permitirme ser una mujer más atrevida, descarada y juguetona que lo único que quería era tu atención. En cuanto al orfanato y al párroco Stapleton, los ayudaré como lo he hecho todo este tiempo: con mis donaciones, que no procedían de vender lo que robaba.

—¿Y qué me dices de la gente a la que le has robado? ¿Qué me dices del diamante Athenea o de las joyas de la soprano?

Ella sonrió con picardía ante las preguntas.

—Serán devueltas a sus dueños.

—¿Cómo qué serán devueltas? Se supone que las vendiste…

—Eso te he hecho creer, pero no es verdad. Me alegra saber que mi plan dio resultado.

—¿Y dónde están? —Jack aún no podía creer que ella hablaba en serio.

—En un sitio seguro dentro de la casa.

—Pero el perista dijo que…

—Te comunicó lo que Anthony y yo le pedimos que dijera. Es un viejo conocido que se prestó a desempeñar el papel. Nosotros mismos extendimos el rumor entre la gente de la calle y dentro de

los pubs.

Jack ahogó la risa. Se pasó las manos por el rostro sin terminar de creerle, pero algo le decía que no bromeaba.

—Entonces, todo ha sido parte de un engaño. Un plan trazado a la perfección. —Sacudía la cabeza mientras la observaba sonreír con ternura.

—Una puesta en escena que te devolvió a mí, Jack. Estoy enamorada de ti hace años, desde mucho tiempo antes que Max pidiera mi mano. A él lo echo de menos y nunca podré recuperarme de lo que hizo, debo decir que, de no ser por su valiente decisión, no podría responder de manera afirmativa a tu propuesta.

—No puedo creer que hayas jugado conmigo todo este tiempo.

Ella se inclinó un poco sobre él y recorrió con el pulgar la mejilla.

—Un juego en el que ambos salimos ganadores, ¿no crees? Solo prométeme que nunca le dirás a nadie que yo era la ladrona más célebre de Londres —le pidió mientras sonreía divertida.

—Debo admitir que así fue. —Inspiró y relajó los hombros al verse derrotado una vez más. Le tomó la mano y se la llevó a los labios para depositar un beso en la palma—. Tu secreto está a salvo, no te preocupes. Desconozco quien se esconde detrás de la ladrona. Pero sí deberías devolver todo, como prometiste.

—Lo haremos, pero después. —Le rodeó el cuello con un brazo para atraerlo hacia ella. Quería recuperar el tiempo perdido y estaba convencida de que se encontraban en el momento idóneo para empezar. Ya habría tiempo para devolver lo robado, y hacer que Londres olvidara, por fin, a la Reina de Diamantes.

Capítulo 13

Sentados en la mesa del comedor con una taza de té, Jack tenía la cabeza llena de cuestiones. Pero la principal tenía que ver con la manera de actuar de Violet. La confesión que le había hecho con respecto a que todo lo sucedido había sido ideado para captar su atención y hacerle ver que estaba enamorada de él, lo tenía desconcertado.

—Es llamativo que hayas creado al personaje de la ladrona para llamar mi atención.

—Eres un agente de Scotland Yard… —le recordó mientras lo observaba por encima del borde de la taza, al tiempo que bebía.

—Lo sé, lo sé. Pero ¿por qué no lo insinuabas cuando conversábamos? Recuerdo la noche en el palacio de Buckingham o en casa de George y Emma; o las veces que vine a verte cuando quedaste viuda. ¿Por qué recurriste a ser una ladrona, Violet?

Ella sonrió.

—Ya te lo expliqué. A mi juicio, era la manera más idónea para que terminases por descubrirlo. El juego del gato y del ratón lo ha hecho más emocionante.

—Vaya. ¿No planeabas decirme que tú eras la Reina de Diamantes?

—Sí, solo que Anthony se me adelantó.

—Anthony…

—Él sabía que llegaría el día en el que tendría que dejar a mi otro yo atrás. Solo que el riesgo y la aventura se convirtieron en algo más poderoso que mi voluntad.

—Supongo que por eso me contó lo de Maximilien.

—Yo no sabía que él conocía mis sentimientos por ti. Ni que había deseado que lo rechazase cuando me propuso matrimonio. Pero lo hice por mis padres, por la sociedad… No podía convertirme en el centro de atención en las reuniones. Entiéndelo. También desconocía que Anthony sospechase de mis sentimientos hacia ti.

—Lo supongo. Claro que él siempre fue el confidente de Max. Al parecer, lo conocía mejor que yo, la información que nos reveló me dejó sin palabras. Nunca podría imaginar que Max lo supiese.

—Estaba al tanto de todo. Igual que Anthony.

Jack le sonrió con cariño y asintió.

—Dime, ¿cómo piensas devolver lo robado?

—Lo haré a través de un envío anónimo. Será Anthony quien se encargue de ello, no te preocupes. Lo tengo todo planeado desde hace tiempo para cuando llegase el momento.

—¿Y si nunca sucedía?

—Imposible.

—Pareces conocerme muy bien.

—En cuanto se difundiera la noticia de la desaparición de la tiara, vendrías. Más después de la conversación que mantuvimos en la casa de subastas. Era imposible que no te presentases aquí. Devolveré las cosas hoy mismo.

—Una cuestión más. —La observó asentir mientras dejaba la taza en el plato—. ¿Por qué dejaste de actuar como la Reina de Diamantes durante una temporada? No esperaba que volvieses al ruedo.

Ella sonrió.

—Me paré a pensar en si estaba haciendo lo correcto. Tal vez, al final, no fuera la forma de llamar tu atención. Por eso dejé los robos, aunque después de darle vueltas en mi cabeza, decidí retomarlos y entonces… —Sonrió feliz al verlo allí sentado frente a ella, asentía sin terminar de creer lo que escuchaba—. Me has dado tu palabra de que no revelarás mi secreto.

—Descuida, no lo haré. Y como no vas a volver a actuar, permanecerás como un recuerdo dentro de la sociedad londinense. Tal vez se te recuerde más a ti que a la renuncia de lord Melbourne.

—No lo creo.

—O, quizá, pases a ser una especie de heroína para las mujeres.

—¿Qué le contarás al comisario?

—Nada en particular. La pista de la Reina de Diamantes se ha esfumado como la niebla. Nunca se conocerá su identidad. —La tomó de la mano y la besó con cariño sin poder apartar la mirada de ella en ningún momento.

Una vez que todo estuvo aclarado entre ellos, Jack decidió que era el momento idóneo para regresar a la comisaría. No podía olvidarse de que había salido sin dar explicaciones de hacia dónde iba. Por el camino tuvo tiempo de meditar una excusa para darle al comisario. Sin embargo, a quien no pudo engañar fue a Jeremy, quien fue de los primeros en fijarse en la expresión de su rostro al llegar.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué demonios saliste corriendo de aquí? El comisario preguntó por ti toda la mañana, y yo no tengo idea de qué decirle.

—Tuve un presentimiento cuando dijo que habían robado la tiara.

—¿En serio? —El oficial bajó el tono y arqueó las cejas incrédulo.

—Sí, pero resultó ser una pista errónea.

—¿Y qué vas a decir? —Jeremy movió la cabeza en dirección al despacho del comisario. Jack se limitó a encogerse de hombros.

—Que me equivoqué.

La puerta del despacho del comisario Thibault se abrió al reconocer la voz de Jack. Se detuvo en el umbral a observarlo sorprendido de verlo de vuelta luego del exabrupto matutino.

—Agente Ambrose, ¿por qué diablos salió corriendo hoy temprano?

Jack vio al comisario caminar hacia él con los brazos cruzados sobre el pecho, el ceño fruncido y una mirada de incomprensión.

—Disculpe, señor. Es que tuve el presentimiento de saber quién podía ser el responsable del robo —respondió con tranquilidad mientras notaba el cambio en la expresión del comisario.

—¿Cómo? ¿Acaso descubrió quién es la Reina de Diamantes? —Dio un paso hacia él completamente perplejo.

—Creía señor, pero resultó no ser la persona de la que sospechaba. Anoche me di cuenta de que alguien en concreto pasó demasiado tiempo delante de la vitrina donde se encontraba expuesta la tiara.

—¿De quién se trataba?

Jack meditó la respuesta que iba a darle. Lanzó una mirada Jeremy quien se había incorporado en la silla y observaba con atención el desarrollo de los acontecimientos.

—Anthony, el hombre que acompaña en todo momento a lady Adler.

Durante unos segundos, nadie pudo emitir un sonido. El comisario miraba a Jack como si no estuviese en sus cabales.

—¿Se ha vuelto usted loco, agente Ambrose? ¿El que fue ayuda de cámara de su difunto esposo? —Lo miraba con los ojos abiertos como platos, sin dar fe a lo que oía.

Jack permanecía impasible, ya había considerado que su respuesta provocaría un gran revuelo, pero algo tenía que inventarse.

—Siento haberme equivocado.

—¿Acaso fue a molestar a lady Adler porque pensó que su hombre de confianza es un ladrón? Además, la última vez que la Reina de Diamantes actúo, quedó demostrado que era una mujer. ¿No se le ocurrirá ahora decirme que sospecha de ella? La propia lady Violet Adler. —El tono irónico y jocoso del comisario, junto con sus aspavientos provocaron un estallido de carcajadas en Jack.

—No, claro que no, señor. Una mujer como ella… ¿Por quién me toma? No sé qué me sucedió. Me dejé llevar por lo que vi e interpreté durante la noche.

El comisario Thibault sacudió la cabeza y agitó la mano delante de él para restar importancia al comentario.

—Deje de dar palos de ciego y céntrese. Es más, pienso apartarlos a Jeremy y a usted del caso. Creo que han dedicado demasiado tiempo y esfuerzos para atraparla, pero que un cambio de perspectiva les vendrá bien. Ya lo hablaremos.

—Por supuesto, señor.

Cuando la puerta del despacho se cerró, Jack respiró aliviado. Miró a Jeremy, que permanecía apoyado contra el canto de la mesa, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y los brazos sobre el pecho. Parecía aguardar una explicación.

—¿Lo decías en serio? ¿Lo de Anthony?

—Deberíamos buscar un pretexto para salir a dar un paseo. Te contaré lo que en realidad sucedió.

Unos minutos después, ambos abandonaban la comisaría con el pretexto de seguir una pista que hallaron en un caso antiguo. Una vez alejados del epicentro de la comisaría, Jeremy lo detuvo en seco y lo miró a la cara con seriedad.

—Es ella. ¿Verdad? —Vio a Jack asentir y soltó un suspiro de alivio.

—Ha prometido devolver todo lo robado.

—¿Qué? ¿Cómo lo va a hacer si se supone que lo vendió? —Jack disimuló la sonrisa ante el comentario del oficial —. ¿A qué viene la sonrisa? ¿Qué sucede?

—Viene a que no vendió nada.

—¿Qué?

—Guarda todos los objetos en su casa. Bueno, la tiara ya no porque Anthony se encargó de entregarla de forma anónima a la casa de subastas.

—Entonces, ¿regresará todo porque la hemos descubierto? ¿No piensas arrestarla?

Jack sacudió la cabeza.

—Es mejor que te cuente cuál era su plan y que luego extraigas tus propias conclusiones.

Luego de la conversación, Jeremy se quedó literalmente clavado en la mitad de la acera mientras observaba a Jack, como si acabara de inventarse semejante historia.

—Es increíble que lo haya hecho para tenerte cerca.

—Así es.

—Y dices que piensa devolver todo lo que robó.

—Sí, de hecho, vi a Anthony salir de la casa con la tiara en un cofre camino a la casa de subastas. A esta hora ya la habrá entregado.

—Me parece increíble que haya orquestado algo así, la verdad. En fin, adiós a la Reina de Diamantes… Cuando el comisario se entere, no necesitará retirarnos del caso.

—No importa, ahora podremos centrarnos en otros que tengan más relevancia.

—¿Qué vas a hacer con Violet?

Jack caminaba con la mirada puesta en la acera. Aún no habían hablado nada con respecto a cuándo sería la boda.

—Le pedí que sea mi esposa.

—¿Hablas en serio? —Jeremy lo sujetó por el brazo y lo volteó hacia él para saber que no era un invento.—. Vaya, después de todo el tiempo que ha pasado, vas a hacerlo.

—Sí. Esta vez no hay nada ni nadie que me lo impida.

—¡Enhorabuena! Imagino que nadie descubrirá jamás la identidad de la Reina de Diamantes.

—Por supuesto. Será nuestro secreto particular. Se retirará para siempre.

—Veremos qué cara pone el comisario cuando regrese lo robado.

—Supongo que respirará feliz una vez que lo sepa. Y pensar que nos iba a apartar del caso porque nos veía estancados…

Jack sonrió tranquilo por primera vez en mucho tiempo.

* * *

El comisario no podía dar crédito a lo que Ernest le relataba cuando Jack y Jeremy regresaron a la comisaría.

—¿Te han devuelto la tiara? ¿Cuándo? ¿Y quién lo hizo?

—Hace cosa de media hora, llegó un paquete sin remitente. Dentro venía la tiara protegida con sumo cuidado junto a una nota —le dijo mientras entregaba ambas al comisario.

Él tomó la nota y parpadeó anonadado como si no diera crédito a lo que leía. Luego enfocó la vista en Ernest.

—¿En serio?

—Tú mismo puedes verlo, Robert.

El comisario sacudió la cabeza sin terminar de creer lo que sucedía. Al ver que Jack y Jeremy habían regresado se dirigió hacia ellos.

—No van a creer lo que acaba de suceder.

Los dos agentes levantaron la mirada hacia el comisario.

—¿Qué sucede? —preguntó Jeremy, quien ya lo intuía dada la presencia del dueño de la casa de subastas.

—Lea —le tendió la nota a Jack para que lo hiciera en voz alta.

—"Me la llevé por error. Espero sepa disculparme. Atentamente".

—Esto venía con la nota.

Ambos agentes vieron el naipe de la baraja francesa que el comisario esgrimía en alto.

—¿A qué se refiere en concreto? ¿A la tiara? —preguntó Jack que ya se imaginaba la respuesta del comisario.

—Exacto. La ha devuelto a la casa de subastas. ¿Qué les parece?

Jack frunció los labios y encogió los hombros.

—Me deja sin palabras, la verdad —respondió mientras le pasaba la nota a Jeremy—. Tal vez está arrepentida y decidió devolverla.

—¿Se sentirá culpable?

—Es posible.

—¿Se imagina que devuelva todo lo que ha robado?

Jack inspiró hondo antes de hablar.

—Podría ser un comienzo. Tal vez nos vuelva a sorprender. —Dirigió una mirada a Jeremy en busca de apoyo.

—Sí, claro. ¿Por qué no?

—Eso nos impediría detenerla. No sabremos jamás quién diablos se encuentra en verdad detrás del naipe. —El comisario lo esgrimió con una mezcla de rabia e impotencia antes de dejarlo sobre la mesa.

—Sin duda alguna, pero, si lo piensas, es mejor así, ya que no nos tendrá en un constante revuelo para lograr atraparla.

—Sí, cierto —asintió el comisario a la vez que se rascaba el mentón con gesto pensativo—. Me da la impresión de que no quiere que la descubramos.

—Puede que nos hayamos acercado demasiado y se haya asustado —sugirió Jeremy con naturalidad mientras pasaba la mirada por los allí reunidos.

—Sí, es posible. No obstante, no podemos relajarnos. Ernest, celebro que tengas nuevamente en tus manos a la tiara.

Los dos agentes contemplaron al comisario mientras él volvía al despacho acompañado por el dueño de la casa de subastas.

—Si piensa devolverlo todo, el caso puede considerarse cerrado —comentó Jack de manera tajante al tiempo que daba un ligero golpe en la mesa.

—No me cabe la menor duda. Es la primera vez que lo logramos sin detener al infractor.

—Sí. Sería agradable que todos los casos se resuelvan así, ¿no crees?

Jeremy lucía una sonrisa abierta.

—¿Y que tú te quedes con tu *reina*? —le preguntó con sarcasmo.

—Te prometo que la próxima vez que una mujer esté implicada en un caso, te cederé el papel principal —dijo mientras le estrechaba la mano a su colega.

—La próxima vez… —repitió Jeremy entre risas—. Será mejor que echemos un vistazo al trabajo que nos quedó pendiente antes de todo este desorden.

* * *

Los periódicos no tardaron en mostrar en las portadas las devoluciones de las joyas. En la comisaría nadie daba crédito a lo que sucedía. Sobre todo, el comisario Thibault.

—¿Han leído la noticia? —les preguntó a Jack y a Jeremy al mismo tiempo que blandía un par de titulares que se encontraban sobre la mesa—. La Reina de Diamantes ha devuelto lo robado. ¿Pueden creerlo?

Jack echó un vistazo al diario y asintió con cara de sorpresa.

—Habíamos pensado que la devolución de la tiara podría ser un comienzo —comentó y recorrió con la mirada a ambos.

—Eso parece —asintió Jeremy mientras le alcanzaba los periódicos al comisario.

—Lástima que no sabremos quién era —se lamentó el comisario chasqueando la lengua con decepción—. Me habría gustado averiguar quién se esconde tras el naipe.

—Como Jack y yo expusimos, se trataba de una mujer inteligente, astuta y con los medios para lograr sus objetivos sin ser descubierta.

—Pero ¿por qué devolverlo? —preguntó el comisario intrigado.

—Tal vez solo era un juego para divertirse —sugirió Jack mientras encogía los hombros.

El comisario entrecerró los ojos y asintió.

—¿Una diversión?

—O tal vez un reto: tratar de burlar a Scotland Yard al dejar en claro que no hemos logrado atraparla, ni conocer su verdadera identidad —apuntó Jack con la intención de convencer a los demás. No iba a contarle a nadie que el verdadero motivo de la actuación de Violet era atraerlo.

—¿Quiere que archivemos el caso, señor? A fin de cuentas, todo parece indicar que nunca lograremos saber quién era.

Thibault frunció los labios y asintió.

—Creo que sí. Todo indica que no volverá a actuar. No obstante, nos mantendremos alertas por si decide regresar a la acción, señores.

Los agentes no tenían nada que agregar y observaron al comisario volverse hacia el despacho y desaparecer tras la puerta.

—Nunca lo sabrá —asintió Jeremy.

—No. Será el secreto mejor guardado de todos los tiempos.

—Al menos todo esto valió la pena, ¿no crees? La Reina de Diamantes logró su objetivo —asintió Jeremy sin apartar la mirada de Jack—. Sin duda ha demostrado un gran ingenio para llegar a ti.

—Tienes razón. En fin, caso cerrado. Ya has oído al comisario, tendremos que centrarnos en otros delitos.

—Esto no será lo mismo sin ella, Jack.

—Déjala tranquila. Lo prefiero así —le aseguró con una sonrisa—. No hay nada que no soporte más que no poder resolver un caso y lo sabes. Espero verte en casa de Violet dentro de unos días. Ha decidido anunciar nuestro compromiso.

—No me lo perdería por nada del mundo.

—Y ya de paso, podrías buscarte una compañera, ¿no crees que ya es hora?

Jeremy hizo oídos sordos al comentario y fingió repasar unos documentos que tenía sobre la mesa. Jack sonrió cuando notó el gesto de su amigo y colega, pero estaba convencido de que lo había escuchado. Ya tendría otra oportunidad de hablar del tema.

Epílogo

El ambiente festivo se respiraba en la mansión de lady Adler. La gente había acudido atraída por la noticia del compromiso entre ella y Jack Ambrose. Una parte de los invitados no se mostró sorprendida ya que sospechaban que algo sucedía entre ellos en secreto desde hacía años. Mucho antes de que ella aceptase la propuesta de matrimonio de Maximilien. Otros, en cambio, consideraron al compromiso como un descenso en la escala social para ella. Él no tenía una posición social elevada y quienes no lo conocían vieron al matrimonio como una forma oportunista de Jack para ascender en la escala social. En cualquier caso, se presentaron para oír los chismes que surgirían a raíz del compromiso.

Jack se paseaba entre los invitados para saludarlos. Entre ellos, no podían faltar Jeremy ni el comisario acompañado por Caroline. En un momento de la velada, ellos charlaron con Violet sobre el reciente caso de la Reina de Diamantes.

—Al final, todo quedó en la nada —explicó el comisario—. Todo el tiempo que invertimos en investigar los robos no sirvió en lo absoluto excepto para divertir a la criminal.

—¿Por qué asegura eso, comisario? —preguntó Violet.

—¿Qué sentido podría encontrarle? Devolvió todo lo que había robado. ¿Por qué no se lo quedó? Pues porque lo único que quería era divertirse a costa nuestra, los agentes de Scotland Yard —aseguró mientras paseaba la mirada por los acompañantes.

—Imagino que ese no sería el principal objetivo—insistió Violet y procuró ocultar la sonrisa cuando miró de reojo a Jack.

—Es usted muy condescendiente, lady Adler —opinó el comisario —. Por fortuna, no tendremos que ir tras ella, ya que se retiró oficialmente. ¿Qué otra conclusión podemos extraer del hecho de que haya devuelto el botín que acumuló?

—Tendrá algún motivo para hacerlo. Quizás, encontró algo que la mantiene ocupada y es más emocionante que robar. O bien ya logró lo que quería. Si me disculpan, saludaré al resto de los invitados.

—Tienes mucha suerte de haberla encontrado, Jack —comentó Caroline cuando la vio alejarse.

—Gracias.

—Se lo tenía bien guardado, Jack —ironizó Thibault a la vez que le guiñaba un ojo.

—Surgió con el tiempo, la verdad no esperaba este desenlace. Sucedió como con el caso de la Reina de Diamantes. Un final inesperado.

—Sin duda. Bueno, trabajo no nos faltará en su ausencia.

Jack asintió consciente de que así sería. No le faltaban casos por resolver, pero se sentía aliviado al saber que Violet ya no sería la protagonista en ellos.

La tarde dejó paso a la noche y, en un momento, Jack logró por fin encontrarse a solas con su amada. Parecían haberse puesto de acuerdo cuando ambos coincidieron en la terraza. Jack se quedó absorto al contemplar la silueta de ella en el umbral. La luz procedente del interior de la casa la recortaba y le resaltaba las formas del cuerpo. La observó dirigirse hacia él sin apuro y sin apartar la mirada. Cuando se encontraron frente a frente le dedicó una sonrisa enigmática.

—¿Por qué sonríes de esa manera?

—Por la forma en la que me miras. Hacía mucho tiempo que no lo hacías. Fue así como comprendí lo que sentías por mí.

Jack apretó los labios y asintió.

—Desconocía que mi mirada fuera tan explícita.

—No se trata solo de eso, sino también de tu sonrisa, tus caricias, tus besos… Es curioso que el paso del tiempo no borrara nada de lo que sentimos.

—Lo es, sin duda. Pero ¿qué podía hacer excepto ser paciente?

—No esperaba que, luego de tantos años y al ver cómo me casaba con Max, aún me quieras. No puedo creer que te mantuviste leal en tus sentimientos hacia mí, Jack —le rozó la mejilla con la mano, sin poder dejar de mirarlo.

—Ni yo mismo lo sé. En fin, no es momento para recordar el pasado, sino para vivir el presente y planificar el futuro, ¿no crees? Por cierto, me gustó como le respondiste al comisario cuando hablaron de la ladrona más perseguida de Londres. ¿En verdad no lo hacías para burlarte de Scotland Yard? —Elevó las cejas y la contempló con suspicacia.

—Pues claro que no. Incluso, escuché que algunas mujeres me consideraban una heroína.

—Espero que no hayas sentado un precedente en cuanto a los robos.

—No era mi intención, tenía otro objetivo en mente.

—Captar mi atención, pero ¡si siempre la has tenido!

—Pero te alejaste de mí cuando Max falleció. Eso colmó mi cabeza con dudas.

—Era duro para mí verte sola y no admitir que seguía enamorado de ti.

—Por eso creé a la Reina de Diamantes. Para que no te quedara otra opción más que ver la verdad y que no huyeras de mí una segunda vez.

Él sonrió al pensar en toda la trama que ella había ideado para estar justo en donde se encontraban. La rodeó por la cintura para atraerla un poco más hacia él, hechizado por su mirada.

—No era mi intención. De hecho, recuerdo que hice una oferta…

—Y yo acepté.

—Espero que no vuelvas a las andadas.

—¿Lo dices por los robos? —preguntó con picardía mientras él asentía convencido—. Ya tengo todo lo que quería. No necesito nada más, Jack —le susurró a la vez que levantaba el rostro para invitarlo a besarla de una vez por todas.

—¿Segura?

—Tanto como que fui consciente de que te robé el corazón la primera vez que te conocí.

—Sin duda tus dotes de ladrona ya empezaban a despuntar. Y por eso desde esta noche serás mi particular Reina de Corazones. —La vio sonreír durante un segundo antes de inclinarse sobre sus labios para hacerse con ellos de una manera lenta, dulce y tierna que le provocó a ella un gemido de felicidad.

Violet sintió que el pecho parecía expandirse, como si el corazón se agrandara a medida que el beso se prolongaba. Sí, no le cabía duda alguna, a pesar del paso de los años, Jack aún sentía lo mismo por ella. Se felicitó a sí misma una vez más por idear a la Reina de Diamantes para atraerlo, pero le gustó más el apodo que Jack acababa de regalarle: a partir de ahora sería la Reina de su Corazón.

Agradecimientos

A ti, querido lector, querida lectora, por elegir esta historia para divertirte, pasar un buen o lo que te haya hecho sentir. Que te anime a buscar y a leer alguna de mis otras historias. Agradezco tu confianza y tu tiempo.

A mi editora, por estar siempre ahí, tantos años colaborando para que mis historias sean mejores. Gracias, amiga.

A la persona que está a mi lado cada día y que me alienta a que siga escribiendo historias de amor buscando un *best seller*. Te quiero, niña.

No puedo dejar de mencionar a mis fieles Zeus y Hera, mis gatos, que me acompañan en esta carrera de fondo que es pasarse las horas solo frente a una pantalla creando historias.

A aquellas tres cosas que los Antiguos

consideraban imposibles

debería sumársele esta cuarta:

hallar un libro impreso sin erratas.

Alonso de Cartagena (1384-1456)